

TERCERA PARTE

HIJOS DE UN SOL SANGRANTE

Muchos creen que mi viaje comenzó en Khlennium, esa gran ciudad de maravillas. Olvidan que yo no era rey cuando comenzó mi misión. Nada de eso.

Creo que los hombres harían bien recordando que esta tarea no la iniciaron emperadores, sacerdotes, profetas ni generales. No comenzó en Khlennium ni en Kordel, ni vino de las grandes naciones del este o del feroz imperio del oeste.

Comenzó en un pueblo pequeño y sin importancia cuyo nombre no significará nada para vosotros. Comenzó con un joven, hijo de un herrero, que no destacaba en nada... excepto, quizá, en su habilidad para meterse en líos.

Comenzó conmigo.

16



Cuando Vin despertó, el dolor le dijo que Reen había vuelto a golpearla. ¿Qué había hecho? ¿Se había mostrado amistosa con uno de los otros miembros de la banda? ¿Había hecho algún comentario tonto, despertando la ira del jefe? Tenía que permanecer callada, siempre callada, apartada de los demás, sin llamar nunca la atención. De lo contrario, él le pegaba. Tenía que aprender, decía. Tenía que aprender...

Pero su dolor parecía demasiado fuerte. Había pasado mucho tiempo desde que podía recordar que algo le doliera tanto.

Tosió levemente, abrió los ojos. Yacía en una cama demasiado cómoda y un muchacho larguirucho estaba sentado junto a ella.

Lestibournes, pensó. Así se llama. *Estoy en el taller de Clubs.*

Lestibournes se puso en pie de un salto.

—¡Estás despierta!

Ella trató de hablar, pero solo volvió a toser, y el muchacho le dio a toda prisa un poco de agua. Vin bebió agradecida, haciendo una mueca por el dolor que sentía interiormente. De hecho, parecía como si le hubieran golpeado a conciencia todo el cuerpo.

—Lestibournes —balbució por fin.

—En ná deso ahora —dijo él—. Kelsier me lo ha cambiao. Ahora me llamo Fantasma.

—¿Fantasma? —preguntó Vin—. Te viene bien. ¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—Dos semanas —respondió el muchacho—. Espera aquí.

Se marchó corriendo y ella lo oyó llamar a alguien en la distancia.

¿*Dos semanas*? Bebió agua tratando de ordenar sus confusos recuerdos. El sol rojizo de la tarde asomaba por la ventana, iluminando la habitación. Puso a un lado el vaso, comprobó su costado y descubrió un gran vendaje blanco.

Ahí es donde me hirió el inquisidor, pensó. Debería estar muerta.

Tenía el costado magullado y lívido por el golpe en el tejado al caer y en su cuerpo una docena más de moratones, arañazos y cortes. En conjunto, tenía un aspecto terrible.

—¡Vin! —exclamó Dockson, entrando en la habitación—. ¡Estás despierta!

—Apenas —dijo Vin con un gruñido, tumbándose contra la almohada.

Dockson se echó a reír y se acercó para sentarse en el taburete de Lestibournes.

—¿Qué recuerdas?

—Casi todo, creo. Nos colamos en el palacio, pero había

inquisidores. Nos persiguieron y Kelsier luchó... —Se detuvo, mirando a Dockson—. ¿Kelsier? ¿Está...?

—Kell está bien. Escapó del incidente en mejor estado que tú. Conoce bastante bien el palacio, por los planos que hicimos hace tres años y...

Vin frunció el ceño al ver que Dockson se callaba.

—¿Qué?

—Dijo que los inquisidores no parecían muy empeñados en matarlo. Uno se encargó de él y enviaron a otros dos a perseguirte.

¿Por qué?, pensó Vin. ¿Querrán concentrar primero su energía en el enemigo más débil? ¿O existe otro motivo? Reflexionó, repasando los acontecimientos de aquella noche.

—Sazed —dijo por fin—. Me salvó. El inquisidor estaba a punto de matarme, pero... Dox, ¿qué es Sazed?

—¿Sazed? Esa pregunta debería responderla él.

—¿Está aquí?

—Tuvo que regresar a Fellise. Brisa y Kell siguen reclutando gente y Ham se marchó la semana pasada a inspeccionar nuestro ejército. No volverá al menos hasta dentro de un mes.

Vin asintió, mareada.

—Bébetelo el resto del agua —sugirió Dockson—. Tiene algo para el dolor.

Vin apuró el resto del vaso, luego se dio la vuelta y dejó que el sueño volviera a apoderarse de ella.

Kelsier estaba allí cuando despertó, sentado en el taburete junto a la cama, las manos unidas y los codos en las rodillas, observándola a la débil luz de una linterna. Sonrió cuando ella abrió los ojos.

—Bienvenida.

Ella echó inmediatamente mano al vaso de agua que había en la mesita de noche.

—¿Cómo va el trabajo?

Él se encogió de hombros.

—El ejército crece y Renoux ha empezado a comprar armas y suministros. Tu sugerencia en lo referente al Ministerio resultó ser buena: encontramos al contacto de Theron y casi hemos negociado un trato que nos permitirá colocar a alguien como acólito.

—¿Marsh? —preguntó Vin—. ¿Lo hará él?

Kelsier asintió.

—Siempre ha sentido cierta... fascinación por el Ministerio. Si hay un skaa que pueda imitar a un obligador, es él.

Vin asintió y tomó un sorbo de agua. Había algo diferente en Kelsier. Era sutil, una leve alteración en sus aires y actitud. Las cosas habían cambiado durante su enfermedad.

—Vin —dijo Kelsier, vacilante—. Te debo una disculpa. Casi te matan por mi culpa.

Vin hizo una mueca.

—No es culpa tuya. Te obligué a llevarme.

—No debería haberlo permitido. Mi primera decisión, la de hacerte volver, fue adecuada. Por favor, acepta mis disculpas.

Vin asintió.

—¿Qué necesitas que haga ahora? El trabajo tiene que continuar, ¿no?

Kelsier sonrió.

—Por supuesto. En cuanto estés lista, me gustaría que volvieras a Fellise. Hemos difundido la historia de que lady Valette está

enferma, pero empieza a haber rumores. Cuanto antes puedan verte en persona, mejor.

—Puedo ir mañana.

Kelsier se echó a reír.

—Lo dudo, pero podrás hacerlo pronto. Por ahora, solo descansa.

—Se incorporó, dispuesto a marcharse.

—¿Kelsier? —preguntó Vin, deteniéndolo. Él se volvió a mirarla. Vin se esforzó para formular lo que quería decir—. El palacio... los inquisidores... No somos invencibles, ¿no?

Se ruborizó. Parecía una estupidez cuando lo decía de esa forma.

Kelsier, sin embargo, sonrió. Parecía comprender lo que ella quería decir.

—No, Vin —contestó en voz baja—. Distamos mucho de serlo.

Vin contemplaba el paisaje que desfilaba ante la ventanilla de su carruaje. El vehículo, enviado desde la Mansión Renoux, supuestamente había llevado a lady Valette a dar un paseo por Luthadel. En realidad no recogió a Vin hasta que se detuvo brevemente junto a la calle de Clubs. Ahora, sin embargo, tenía abiertas las ventanillas, mostrándose de nuevo al mundo... suponiendo que a alguien le importara.

El carruaje regresó a Fellise. Kelsier tenía razón: tuvo que descansar tres días más en el taller de Clubs antes de sentirse lo bastante fuerte para hacer el viaje. En parte había esperado tan solo porque temía tener que debatirse bajo los vestidos de noble con los brazos magullados y el costado herido.

Con todo, se sentía bien estando de nuevo en pie. Había algo...

extraño en tener que estar recuperándose en cama. Tanto tiempo no se le daba a una ladrona corriente: los ladrones volvían pronto al trabajo o eran abandonados para que murieran. Los que no podían traer dinero para comer tampoco podían ocupar espacio en la guarida.

Pero esa no es la única forma en que vive la gente, pensó Vin. Todavía se sentía incómoda con ese conocimiento. A Kelsier y los demás no les había importado que ella agotara sus recursos, no habían explotado su debilidad, sino que la habían cuidado, velándola por turnos. El más notable de todos había sido Lestibournes. Vin ni siquiera creía conocerlo muy bien y, sin embargo, Kelsier le había contado que el muchacho se había pasado horas cuidándola durante su coma.

¿Qué se podía esperar de un mundo donde el jefe de la banda se preocupaba por los suyos? En los bajos fondos, cada persona era responsable de lo que le pasaba: el segmento más débil de la banda tenía que ser abandonado a su suerte para que los demás pudieran sobrevivir. Si una persona era capturada por el Ministerio, la abandonabas a su destino y esperabas que no te traicionara demasiado. No te preocupabas de si eras culpable de haberla puesto en peligro.

Están locos, respondió la voz de Reen. *Todo este plan acabará en desastre... y tu muerte será culpa tuya por no dejarlos cuando pudiste.*

Reen la abandonó cuando pudo. Tal vez sabía que los inquisidores la perseguirían por los poderes que poseía sin saberlo. Siempre comprendió cuándo tenía que marcharse: no era ningún

accidente, pensó, que no hubiera acabado masacrado con el resto de la banda de Camon.

Y, sin embargo, ignoró las palabras de Reen, dejando que el carruaje la condujera hacia Fellise. No es que se sintiera completamente segura en su puesto en la banda de Kelsier. De hecho, eso mismo la hacía sentirse más aprensiva. ¿Y si dejaban de necesitarla? ¿Y si se volvía inútil para ellos?

Tenía que demostrar que podía hacer lo que necesitaban que hiciera. Había bailes a los que asistir, una sociedad en la que infiltrarse. Tenía mucho trabajo que hacer; no podía permitirse pasarse más tiempo durmiendo.

Además, necesitaba regresar a sus sesiones de prácticas de alomancia. Solo habían hecho falta unos cuantos meses para que desarrollara una dependencia de sus poderes y anhelaba la libertad de saltar a través de las brumas, de tirar y empujar para abrirse paso a través de los cielos. Kredik Shaw le había enseñado que no era invencible... Pero la supervivencia de Kelsier con apenas un arañazo demostraba que era posible ser mucho mejor que ella. Vin necesitaba practicar, crecer en fuerza hasta que también pudiera escapar de los inquisidores como lo había hecho Kelsier.

El carruaje tomó una curva y se dirigió hacia Fellise. El familiar paisaje bucólico hizo que Vin sonriera. Se apoyó contra la ventanilla abierta, sintiendo la brisa. Con suerte, la gente de la calle comentaría que habían visto a lady Valette recorriendo la ciudad. Llegó a la Mansión Renoux poco después. Un palafrenero abrió la puerta y Vin se sorprendió al ver que el mismísimo lord Renoux esperaba ante el carruaje para ayudarla a bajar.

—¿Mi señor? —dijo Vin, ofreciéndole la mano—. Sin duda tienes

cosas más importantes que atender.

—Tonterías —respondió él—. Un lord debe tener tiempo para entretenerse con su sobrina favorita. ¿Qué tal el viaje?

¿Es que nunca se sale del personaje? No preguntó por la gente de Luthadel, ni dio muestra alguna de estar al corriente de sus heridas.

—Muy distraído, tío —dijo ella mientras subían las escalinatas hasta la mansión.

Vin agradeció que el peltre que ardía levemente en su estómago les diera fuerzas a sus piernas aún débiles. Kelsier le había advertido que no lo usara demasiado, no fuera a acabar dependiendo de su poder, pero no veía otra alternativa hasta que hubiera sanado.

—Magnífico —dijo Renoux—. Tal vez, cuando te encuentres mejor, deberíamos almorzar juntos en el balcón del jardín. Ha hecho calorillo últimamente, a pesar de que se acerca el invierno.

—Eso sería muy agradable —contestó Vin.

Antes, el porte del noble impostor la impresionaba. Sin embargo, cuando ella adoptaba la personalidad de lady Valette experimentaba la misma calma que antes. Vin la ladrona no era nada para un hombre como Renoux, pero Valette la noble era otra cuestión.

—Muy bien —dijo Renoux, deteniéndose en la entrada—. Sin embargo, dejémoslo para otro día. Por ahora, seguro que prefieres descansar de tu viaje.

—Lo cierto, mi señor, es que me gustaría visitar a Sazed. Hay unos asuntos que me gustaría discutir con el mayordomo.

—Ah —dijo Renoux—. Lo encontrarás en la biblioteca, trabajando en uno de mis proyectos.

—Gracias.

Renoux asintió y se marchó, dando golpecitos con su bastón de duelo contra el blanco suelo de mármol. Vin frunció el ceño, tratando de decidir si estaba completamente cuerdo. ¿Podía alguien de verdad adoptar de manera tan absoluta otra personalidad?

Tú lo haces, se recordó. Cuando te conviertes en lady Valette muestras un aspecto de ti misma completamente diferente.

Se dio la vuelta, avivando peltre para que la ayudara a subir las escaleras del ala norte. Cuando llegó arriba, lo apagó. Como decía Kelsier, era peligroso mantener los metales avivados demasiado tiempo; un alomántico podía volverse rápidamente dependiente.

Inspiró varias veces. Subir las escaleras había sido difícil, incluso con la ayuda del peltre. Luego recorrió el pasillo hasta la biblioteca. Sazed estaba sentado a un gran escritorio, junto a un pequeño brasero de carbón, escribiendo en un cuaderno. Llevaba su ropa habitual de mayordomo y un par de finas gafas en el puente de la nariz.

Vin se detuvo en la puerta y contempló al hombre que le había salvado la vida. *¿Por qué lleva gafas? Lo he visto leer sin ellas.* Parecía completamente absorto en su trabajo, estudiando periódicamente un gran tomo que había sobre la mesa y volviéndose luego para tomar notas en su cuaderno.

—Eres alomántico —dijo Vin en voz baja.

Sazed se detuvo, luego soltó su pluma y se volvió.

—¿Qué te hace decir eso, señora Vin?

—Llegaste a Luthadel demasiado rápido.

—Lord Renoux mantiene varios rápidos caballos mensajeros en sus establos. Podría haber cogido uno.

—Me encontraste en el palacio.

—Kelsier me contó sus planes y supuse con acierto que lo habías seguido. Localizarte fue un golpe de suerte, aunque casi tardé demasiado tiempo en conseguirlo.

Vin frunció el ceño.

—Mataste al inquisidor.

—¿Matarlo? —preguntó Sazed—. No, señora. Hace falta mucho más poder del que yo poseo para matar a una de esas monstruosidades. Me limité a... distraerlo, sin más.

Vin se quedó un momento más en la puerta, tratando de dilucidar por qué Sazed se mostraba tan ambiguo.

—Bien, ¿eres alomántico o no?

Él sonrió y luego sacó un taburete de debajo de la mesa.

—Por favor, siéntate.

Vin hizo lo que le pedía, cruzó la sala y se sentó en el taburete, de espaldas a una enorme estantería.

—¿Qué pensarías si te dijera que no soy alomántico? —preguntó Sazed.

—Pensaría que estás mintiendo.

—¿Te he mentado alguna vez?

—Los mejores mentirosos son aquellos que dicen la verdad la mayor parte de las veces.

Sazed sonrió, mirándola a través de sus gafas.

—Es verdad. Sin embargo, ¿qué pruebas tienes de que yo sea alomántico?

—Hiciste cosas que no podrían hacerse sin recurrir a la alomancia.

—¿Sí? ¿Nacida de la bruma desde hace dos meses y ya sabes

todo lo que puede hacerse?

Vin guardó silencio. Hasta hacía muy poco, no sabía gran cosa sobre la alomancia. Tal vez había más cosas de las que había supuesto.

Siempre hay otro secreto. Las palabras de Kelsier.

—Bien —dijo con cierta parsimonia—, ¿qué es exactamente un «guardador»?

Sazed sonrió.

—Esa es una pregunta bastante más inteligente, señora. Los guardadores son... almacenes. Recordamos las cosas para que puedan ser utilizadas en el futuro.

—Como las religiones.

Sazed asintió.

—Las verdades religiosas son mi especialidad concreta.

—Pero ¿también recuerdas otras cosas?

Sazed asintió de nuevo.

—¿Como cuáles?

—Bueno —dijo Sazed, cerrando el tomo que estaba estudiando—. Idiomas, por ejemplo.

Vin reconoció de inmediato la portada cubierta de glifos.

—¡El libro que encontré en el palacio! ¿Cómo lo has conseguido?

—Me lo encontré cuando te estaba buscando —dijo el terrisano—. Está escrito en un idioma muy antiguo, un idioma que no se habla desde hace casi un milenio.

—Pero ¿tú lo hablas?

Sazed asintió.

—Lo suficiente para traducirlo, creo.

—¿Y... cuántos idiomas conoces?

—Ciento setenta y dos —dijo Sazed—. La mayoría, como el khleni, ya no se habla. El movimiento unificador del lord Legislador en el siglo quinto se aseguró de eso. El idioma que ahora habla la gente es en realidad un lejano dialecto de Terris, el lenguaje de mi tierra natal.

Ciento setenta y dos, pensó Vin, sorprendida.

—Eso... parece imposible. Ningún hombre puede recordar tantos.

—Un hombre, no —dijo Sazed—. Un guardador, sí. Lo que yo hago es similar a la alomancia, pero no es lo mismo. Tú extraes poder de los metales. Yo... los uso para crear memorias.

—¿Cómo?

Sazed negó con la cabeza.

—Quizás en otro momento, señora. Los de mi clase... preferimos mantener nuestros secretos. El lord Legislador nos da caza con notable y confusa pasión. Somos mucho menos amenazadores que los nacidos de la bruma... y, sin embargo, él ignora a los alománticos y prefiere destruirnos. Odiando al pueblo de Terris por nuestra causa.

—¿Odiar? —preguntó Vin—. Se os trata mejor que a los skaa. Se os ofrecen puestos respetables.

—Eso es cierto, señora. Pero, en cierto modo, los skaa son más libres. La mayoría de los terrisanos son educados desde que nacen para ser criados. Quedamos muy pocos y los criadores del lord Legislador controlan nuestra reproducción. Ningún mayordomo terrisano puede tener familia, ni engendrar hijos.

Vin hizo una mueca.

—Eso parece muy difícil de conseguir.

Sazed hizo una pausa, colocando una mano sobre la portada del

libro.

—En absoluto —respondió, el ceño fruncido—. Todos los mayordomos terrisanos son eunucos, niña. Creía que lo sabías.

Vin se quedó helada. Luego se ruborizó hasta las cejas.

—Yo... yo... lo siento.

—No es necesario que te disculpes, de verdad. Me castraron poco después de nacer, como es común hacer con todos aquellos que serán mayordomos. A menudo, pienso que cambiaría con gusto mi vida por la de un skaa corriente. Los de mi pueblo son menos que esclavos... son autómatas fabricados, creados por programas reproductores, entrenados desde la cuna para cumplir los deseos del lord Legislador.

Vin continuó ruborizándose, maldiciendo su falta de tacto. ¿Por qué no se lo había contado nadie? Sazed, sin embargo, no parecía ofendido: nunca parecía enfadarse por nada.

Quizá sea una función de su... estado, pensó Vin. Eso es lo que deben de querer los criadores. Mayordomos dóciles de temperamento manso.

—Pero —dijo, frunciendo el ceño— tú eres un rebelde, Sazed. Estás combatiendo al lord Legislador.

—Soy algo parecido a una desviación —contestó Sazed—. Y mi pueblo no está tan completamente sometido como el lord Legislador cree. Ocultamos a los guardadores ante sus mismos ojos y algunos de nosotros incluso tenemos el valor de romper nuestro entrenamiento.

Hizo una pausa, luego sacudió la cabeza.

—Sin embargo, no es fácil. Somos un pueblo débil, señora. Estamos ansiosos por hacer lo que se nos dice, nos sometemos

rápidamente. Incluso yo, a quien tú llamas rebelde, busqué inmediatamente un puesto como mayordomo servil. No somos tan valientes como nos gustaría.

—Fuiste lo suficientemente valiente para salvarme —dijo Vin.

Sazed sonrió.

—Ah, pero también en eso hubo un elemento de obediencia. Le prometí a maese Kelsier que me encargaría de tu seguridad.

Ah, pensó ella. Se había preguntado si Sazed tenía un motivo para sus acciones. Después de todo, ¿quién arriesgaría su vida con la única intención de salvarla? Permaneció sentada un momento, pensativa, y Sazed volvió a su libro. Finalmente, volvió a hablar, atrayendo la atención del terrisano.

—¿Sazed?

—¿Sí, señora?

—¿Quién traicionó a Kelsier hace tres años?

Sazed se detuvo, luego soltó su pluma.

—Los hechos no están claros, señora. Casi toda la banda supone que fue Mare.

—¿Mare? ¿La esposa de Kelsier?

Sazed asintió.

—Al parecer, era la única persona que pudo haberlo hecho. Además, el mismo lord Legislador la implicó.

—Pero ¿no la enviaron también a los Pozos?

—Murió allí —dijo Sazed—. Maese Kelsier no suele hablar de los Pozos, pero siento que las cicatrices que lleva de ese horrible lugar deben de ser mucho más profundas que las que se ven en sus brazos. No creo que llegara a saber nunca si ella fue la traidora o no.

—Mi hermano decía que cualquiera puede traicionarte, si tiene ocasión y un buen motivo.

Sazed frunció el ceño.

—Aunque eso fuera cierto, yo no querría vivir creyéndolo.

Parece mejor que lo que le pasó a Kelsier: ser entregado al lord Legislador por alguien a quien creías amar.

—Kelsier está distinto últimamente —dijo Vin—. Parece más reservado. ¿Es porque se siente culpable por lo que me ha pasado?

—Sospecho que es en parte por eso —dijo Sazed—. Sin embargo, también se está dando cuenta de que hay una gran diferencia entre liderar una pequeña banda de ladrones y organizar una gran rebelión. No puede correr los riesgos que corría antes. El proceso le está cambiando a mejor, creo.

Vin no estaba tan segura. No obstante, guardó silencio, advirtiéndole con frustración lo cansada que estaba. Incluso estar sentada en un taburete le parecía agotador.

—Ve a dormir, señora —dijo Sazed, tomando su pluma y marcando con un dedo el punto de lectura—. Has sobrevivido a algo que debería haberte matado. Dale a tu cuerpo las gracias que se merece: déjalo descansar.

Vin asintió, cansada, luego se puso en pie y lo dejó escribiendo silenciosamente a la luz de la tarde.

A veces me pregunto qué habría sucedido si me hubiera quedado allí, en aquella perezosa aldea de mi nacimiento. Habría sido herrero, como mi padre. Tal vez habría tenido familia, hijos propios.

Tal vez otra persona habría tenido que llevar esta terrible carga. Alguien que pudiera soportarla mejor que yo. Alguien que mereciera ser un héroe.



Antes de llegar a la Mansión Renoux, Vin nunca había visto un jardín cultivado. Al realizar algunos robos o en misiones de exploración había visto de vez en cuando plantas ornamentales, pero nunca les había prestado demasiada atención: como muchos intereses de los nobles, le parecían frívolas.

No había advertido lo hermosas que podían ser las plantas cuando se las atendía con cuidado. El balcón de la Mansión Renoux era una estructura pequeña y ovalada que asomaba a los campos. Los jardines no eran muy grandes: requerían demasiada agua y atenciones para ser otra cosa que una fina franja a lo largo de la parte trasera del edificio.

Con todo, eran maravillosos. En vez de los tonos blancos y marrones corrientes, las plantas cultivadas poseían colores más intensos y vibrantes: rojo, naranja y amarillo concentrados en las hojas. Los jardineros las habían plantado para que formaran pautas hermosas e intrincadas. Más cerca del balcón, árboles exóticos con pintorescas hojas amarillas daban sombra y protegían de las lluvias

de ceniza. Era un invierno muy benigno y la mayoría de los árboles todavía conservaba el follaje. El aire era fresco y el rumor de las ramas al viento, relajante.

Casi tan relajante que hacía que Vin se olvidara de lo molesta que estaba.

—¿Quieres más té, niña? —preguntó lord Renoux. No esperó su respuesta; se limitó a hacerle una seña a un sirviente, el cual se apresuró y volvió a llenarle la taza.

Vin estaba sentada en un mullido cojín, en una silla de mimbre diseñada para ser cómoda. Durante las cuatro últimas semanas había visto satisfechos todos sus deseos y caprichos. Los criados lo limpiaban todo, la atendían, la alimentaban e incluso la ayudaban a bañarse. Renoux se encargaba de que le dieran todo cuanto pedía, y desde luego no esperaban que hiciera nada trabajoso, peligroso ni remotamente inconveniente.

En otras palabras, su vida era enloquecedoramente aburrida. Antes su estancia en la Mansión Renoux había consistido en lecciones con Sazed y entrenamiento con Kelsier. Dormía de día y solo tenía un contacto mínimo con el personal de la mansión.

Sin embargo, la alomancia (o al menos los saltos nocturnos) le estaba prohibida ahora. Su herida no estaba completamente cicatrizada y si se movía mucho se le abriría. Sazed le impartía lecciones de vez en cuando, pero invertía casi todo su tiempo en la traducción del libro. Se pasaba largas horas en la biblioteca, enfrascado en sus páginas con extraño entusiasmo.

Ha encontrado un nuevo pozo de sabiduría, pensó Vin. Para un guardador, eso debe de ser tan embriagador como una especia callejera.

Bebió su té con contenida petulancia, mirando a los criados. Parecían aves carroñeras que esperaban cualquier oportunidad para hacer que se sintiera lo más cómoda (y frustrada) posible.

Renoux tampoco era de mucha ayuda. Su idea de «almorzar» con Vin era sentarse y atender sus propios asuntos (anotar números en libros de cuentas o dictar cartas) mientras comía. Para él parecía importante que ella asistiera, pero rara vez le prestaba atención aparte de preguntarle cómo le había ido el día.

Sin embargo, se obligaba a representar el papel de primorosa noble. Lord Renoux había contratado a algunos sirvientes nuevos que no estaban enterados del complot; no personal de la casa, sino jardineros y obreros. A Kelsier y Renoux les preocupaba que las otras casas recelaran si no podían colocar al menos a unos cuantos sirvientes-espías en las posesiones de Renoux. Kelsier no lo veía como un peligro para el trabajo, pero eso significaba que Vin tenía que mantener su falsa personalidad siempre que era posible.

No puedo creer que la gente viva así, pensó mientras algunos criados empezaban a retirar la comida. *¿Cómo pueden las mujeres nobles ocupar sus días con tanto vacío? ¡No me extraña que todo el mundo esté ansioso por acudir a esos bailes!*

—¿Es agradable tu estancia, querida? —preguntó Renoux, asomando la cabeza tras otro libro de cuentas.

—Sí, tío —respondió Vin con los labios apretados—. Bastante.

—Deberías ir de compras pronto —dijo Renoux, mirándola—. ¿Te gustaría visitar la calle Kenton? Para comprar unos pendientes nuevos que sustituyan esa perla corriente que llevas.

Vin se llevó la mano al lóbulo donde todavía llevaba el pendiente de su madre.

—No —dijo—. Conservaré este.

Renoux frunció el ceño, pero no dijo nada más, pues un criado se acercó y llamó su atención.

—Mi señor, acaba de llegar un carruaje de Luthadel.

Vin se irguió. Era la forma que tenía el criado de decir que había llegado un miembro del grupo.

—Ah, muy bien —dijo Renoux—. Trae a los ocupantes hasta aquí, Tawnson.

—Sí, mi señor.

Unos cuantos minutos más tarde, Kelsier, Brisa, Yeden y Dockson llegaron al balcón. Renoux despidió discretamente a los criados, quienes cerraron las puertas de cristal y los dejaron a solas. Varios hombres ocuparon sus puestos en el interior, vigilando para asegurarse de que nadie inadecuado tuviera oportunidad de escuchar nada.

—¿Interrumpimos vuestra comida? —preguntó Dockson.

—¡No! —respondió Vin rápidamente, cortando la respuesta de lord Renoux—. Sentaos, por favor.

Kelsier se acercó al borde del balcón y se asomó para contemplar los jardines y los terrenos.

—Bonita vista tienes desde aquí.

—Kelsier, ¿es eso aconsejable? —preguntó Renoux—. Algunos de los jardineros son hombres por quienes no puedo hablar.

Kelsier se echó a reír.

—Si pueden reconocerme desde esta distancia, se merecen más de lo que les pagan las Grandes Casas.

Sin embargo, se apartó del balcón, se acercó a la mesa y le dio la vuelta a una silla para sentarse a horcajadas. Durante las últimas

semanas había regresado a su antiguo yo. Sin embargo, todavía había cambios. Celebraba reuniones más a menudo y discutía más sus planes con el grupo. También parecía diferente, más... reflexivo.

Sazed tenía razón, pensó Vin. Nuestro ataque al palacio puede que fuera casi mortal para mí, pero ha cambiado a Kelsier a mejor.

—Pensamos celebrar nuestra reunión aquí esta semana —dijo Dockson—, ya que vosotros dos apenas participáis.

—Muy atento por tu parte, maese Dockson —respondió lord Renoux—. Pero tu preocupación es innecesaria. Estamos bien...

—No —interrumpió Vin—. No estamos bien. Algunos necesitamos información. ¿Qué pasa con el grupo? ¿Cómo va el reclutamiento?

Renoux la miró con desaprobación. Sin embargo, Vin lo ignoró. *No es un lord de verdad, se dijo. Es solo otro miembro de la banda. ¡Mi opinión cuenta tanto como la suya! Ahora que los criados se han ido, puedo hablar como quiera.*

Kelsier se echó a reír.

—Bueno, el cautiverio la ha vuelto un poco más habladora, al menos.

—No tengo nada que hacer —dijo Vin—. Me estoy volviendo loca. Brisa colocó su copa de vino sobre la mesa.

—Algunos considerarían tu situación envidiable, Vin.

—Entonces deben de estar locos ya.

—Bueno, casi todos son nobles —dijo Kelsier—. Así que, sí, están bastante locos.

—El trabajo —recordó Vin—. ¿Qué está pasando?

—El reclutamiento sigue yendo demasiado lento —contestó Dockson—. Pero estamos mejorando.

—Tal vez tengamos que sacrificar parte de nuestra seguridad por

conseguir mayor número de hombres —dijo Yeden.

Eso también es un cambio, pensó ella, impresionada por la medida de Yeden. Había empezado a vestir no trajes de caballero como Dockson o Brisa, pero sí ropa más bonita: una casaca y pantalones de buen corte, con una camisa abotonada, todo limpio de hollín.

—Eso no puede evitarse, Yeden —dijo Kelsier—. Por fortuna, Ham va bien con las tropas. Recibí un mensaje suyo hace unos cuantos días. Está impresionado con sus progresos.

Brisa hizo una mueca.

—Cuidado... Ham tiende a ser un poco optimista con este tipo de cosas. Si el ejército estuviera compuesto por mudos cojos, alabaría su equilibrio y su capacidad auditiva.

—Me gustaría ver el ejército —dijo Yeden ansiosamente.

—Pronto —prometió Kelsier.

—Deberíamos poder infiltrar a Marsh en el Ministerio este mismo mes —dijo Dockson, haciendo un gesto de saludo a Sazed cuando el terrisano pasó entre los centinelas y salió al balcón—. Es de esperar que Marsh pueda arrojar algo de luz sobre cómo tratar con los inquisidores de acero.

Vin se estremeció.

—Son un problema —reconoció Brisa—. Considerando lo que un par de ellos os hicieron a vosotros dos, no envidio tener que tomar el palacio con ellos dentro. Son tan peligrosos como un nacido de la bruma.

—Más —dijo Vin en voz baja.

—¿Puede el ejército luchar de verdad contra ellos? —preguntó

Yeden, incómodo—. Quiero decir, se supone que son inmortales, ¿no?

—Marsh encontrará la respuesta —prometió Kelsier.

Yeden hizo una pausa y luego asintió, aceptando la palabra de Kelsier.

Sí, cambiado, desde luego, pensó Vin. Parecía que ni siquiera Yeden podía resistirse al carisma de Kelsier durante un periodo prolongado de tiempo.

—Mientras tanto, espero enterarme de qué ha descubierto Sazed sobre el lord Legislador —dijo Kelsier.

Sazed se sentó, colocando su libro sobre la mesa.

—Os diré lo que puedo, aunque este no es el libro que creí que era al principio. Pensé que la señora Vin había recuperado el texto de alguna religión antigua... pero es de naturaleza más mundana.

—¿Mundana? —preguntó Dockson—. ¿Cómo?

—Es un diario, maese Dockson —dijo Sazed—. Un archivo que parece haber sido escrito por el lord Legislador en persona... o más bien, por el hombre que se convirtió en el lord Legislador. Incluso las enseñanzas del Ministerio son que, antes de la Ascensión, era un hombre mortal.

»Este libro nos cuenta su vida antes de su batalla final en el Pozo de la Ascensión hace mil años. Sobre todo, es un registro de sus viajes: una narración de la gente a la que conoció, de los lugares que visitó y de las penurias a las que se enfrentó durante su búsqueda.

—Interesante —dijo Brisa—, pero ¿en qué nos ayuda?

—No estoy seguro, maese Ladrian. Sin embargo, creo que comprender la historia verdadera antes de la Ascensión será útil.

Como mínimo, nos dará información sobre la mente del lord Legislador.

Kelsier se encogió de hombros.

—El Ministerio lo considera importante... Vin dijo que lo encontró en una especie de altar en el complejo central del palacio.

—Lo cual, por supuesto, no plantea ninguna duda sobre su autenticidad —advirtió Brisa.

—No creo que sea una falsificación, maese Ladrian —dijo Sazed—. Es muy detallado, sobre todo acerca de asuntos importantes... como portadores y suministros. Además, el lord Legislador que describe es un hombre lleno de conflictos. Si el Ministerio fuera a crear un libro de oración, presentaría a su dios con más... divinidad, creo.

—Querré leerlo cuando hayas terminado, Sazed —dijo Dockson.

—Y yo —dijo Brisa.

—Algunos aprendices de Clubs trabajan ocasionalmente como escribanos —comentó Kelsier—. Haremos que realicen una copia para cada uno de vosotros.

—Muy útiles, ese grupito —comentó Dockson.

Kelsier asintió.

—¿Dónde nos deja eso?

El grupo guardó silencio, luego Dockson hizo un gesto hacia Vin.

—Con la nobleza.

Kelsier frunció levemente el ceño.

—Puedo volver a trabajar —dijo Vin rápidamente—. Ya casi estoy curada.

Kelsier le dirigió una mirada a Sazed, quien alzó una ceja.

Comprobaba su herida periódicamente. Al parecer, no le gustaba lo que veía.

—Kell —dijo Vin—, me estoy volviendo loca. Crecí siendo ladrona, peleando por comida y sitio... no puedo quedarme sentada y dejar que esos criados me mimen.

Además, tengo que demostrar que todavía puedo ser útil para esta banda.

—Bien —dijo Kelsier—. Eres uno de los motivos por los que hemos venido hoy. Este fin de semana hay un baile que...

—Iré.

Kelsier alzó un dedo.

—Escúchame, Vin. Has sufrido mucho últimamente y esta infiltración podría ser peligrosa.

—Kelsier, toda mi vida ha sido peligrosa. Yo voy.

Kelsier no parecía convencido.

—Tiene que hacerlo ella, Kell —dijo Dockson—. Para empezar, los nobles empezarán a recelar si no comienza a asistir de nuevo a las fiestas. Además, necesitamos saber qué ve. Tener criados actuando como espías entre el personal no es lo mismo que tenerla a ella espiando a los amos. Lo sabes.

—Muy bien —dijo Kelsier por fin—. Pero tienes que prometer que no usarás alomancia física hasta que Sazed lo autorice.

Vin seguía sin poder creer lo ansiosa que estaba por acudir al baile. Esa noche, en su habitación, examinó los diferentes vestidos que Dockson había encontrado para ella. Como se había visto

obligada a vestir como una noble un mes seguido, empezaba a sentir que los vestidos eran un poquito más cómodos que antes.

No es que no sean frívolos, por supuesto, pensó, inspeccionando los cuatro vestidos. *Todos esos encajes, las capas de tejido... Una camisa sencilla y unos pantalones son mucho más prácticos.*

Sin embargo, había algo especial en los vestidos, en su belleza, como en los jardines de fuera. Cuando los miraba como elementos estáticos, como una planta solitaria, los vestidos eran solo levemente impresionantes. Pero cuando pensaba en asistir al baile, los vestidos adquirirían un nuevo significado. Eran hermosos y la harían hermosa. Eran el rostro que mostraría a la corte, y quería elegir el adecuado.

Me pregunto si Elend Venture estará allí... ¿No había dicho Sazed que la mayoría de los jóvenes aristócratas normalmente asistían a todos los bailes?

Pasó la mano por un vestido negro con bordados de plata. Hacía juego con su pelo, pero ¿no era demasiado oscuro? La mayoría de las mujeres llevaba vestidos de colores, mientras que los tonos más apagados se reservaban para los trajes masculinos. Contempló un vestido amarillo, pero le parecía demasiado... chillón. Y el blanco tenía demasiados adornos.

Quedaba el rojo. El escote era más bajo (no es que tuviera mucho que enseñar), pero era precioso. De gasa, con mangas abombadas de redecilla transparente en algunos sitios, le gustaba. Pero parecía tan... descarado. Acarició el suave tejido con los dedos, imaginándose con el vestido puesto.

¿Cómo he llegado a esto?, pensó. *¡Con esta cosa será imposible ocultarme! Estas creaciones de organdí no son para mí.*

Y sin embargo... parte de ella anhelaba volver al baile. La vida diaria de una mujer noble la frustraba, pero los recuerdos de aquella noche eran agradables. Las bellas parejas bailando, la perfecta atmósfera y la música, las maravillosas vidrieras...

Ya ni siquiera me doy cuenta de cuándo llevo perfume, advirtió con sorpresa. Prefería bañarse en agua perfumada cada día y los criados incluso perfumaban sus ropas. Todo era sutil, naturalmente, pero suficiente para descubrirla mientras se escabullía de algún sitio.

Le había crecido el pelo, que la peluquera de Renoux había recortado con mucho cuidado para que le cayera alrededor de las orejas, rizándolo levemente. Ya no se veía tan delgaducha en el espejo, a pesar de su larga enfermedad: las comidas regulares le habían hecho ganar peso.

Me estoy convirtiendo en... Vin hizo una pausa. No sabía en qué se estaba convirtiendo. Desde luego, no en una noble. Las nobles no podían salir a acechar de noche. Sin embargo, ya no era tampoco Vin la ladronzuela. Era una...

Nacida de la bruma.

Vin volvió a colocar cuidadosamente el vestido rojo sobre la cama y cruzó la habitación para asomarse a la ventana. El sol estaba a punto de ponerse; pronto saldrían las brumas. Aunque, como de costumbre, Sazed colocaría guardias para asegurarse de que no saliera a correr ninguna aventura alomántica sin permiso. Ella no se había quejado de las precauciones. Sazed tenía razón: sin vigilancia, lo más probable era que hubiese roto su promesa hacía tiempo.

Vio un atisbo de movimiento a su derecha y apenas pudo

distinguir a una figura asomada al balcón del jardín. Kelsier. Vin se detuvo un instante, luego salió de su habitación.

Kelsier se volvió. Ella se detuvo porque no quería interrumpirlo, pero él le dirigió una de sus sonrisas características. Vin se reunió con él en la balaustrada de madera tallada.

Kelsier se volvió a mirar hacia el oeste: no a los terrenos de la mansión, sino más allá. Hacia las tierras yermas iluminadas por el sol poniente de las afueras de la ciudad.

—¿No te parece que están mal, Vin?

—¿Mal?

Kelsier asintió.

—Las plantas secas, el sol abrasador, el cielo negro de humo.

Vin se encogió de hombros.

—¿Cómo pueden esas cosas estar bien o mal? Son como son.

—Supongo. Pero creo que ver las cosas así es parte de lo que lo hace estar mal. El mundo no debería ser así.

Vin frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

Kelsier se metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó un papel. Lo desplegó con suavidad y se lo entregó a Vin.

Ella lo aceptó, sujetándolo con cuidado. Era tan viejo y gastado que parecía a punto de romperse por los pliegues. No contenía ninguna palabra, solo una imagen antigua y desgastada de una forma extraña... algo parecido a una planta, aunque se trataba de una planta que Vin no había visto nunca. No tenía un tallo grueso y sus hojas eran demasiado delicadas. En la parte superior tenía una extraña colección de hojas que eran de un color diferente al resto.

—Se llama flor —dijo Kelsier—. Solían crecer en las plantas antes

de la Ascensión. Aparecen descripciones de ellas en los antiguos poemas e historias... cosas que solo los guardadores y los sabios rebeldes conocen ya. Al parecer, estas plantas eran hermosas y tenían un olor agradable.

—¿Plantas que huelen? —preguntó Vin—. ¿Como la fruta?

—Algo parecido, creo. Según algunos de los informes estas flores se convertían en frutos, en los días anteriores a la Ascensión.

Vin guardó silencio, el ceño fruncido, tratando de imaginar una cosa semejante.

—Ese dibujo pertenecía a mi esposa, Mare —dijo Kelsier en voz baja—. Dockson lo encontró entre sus cosas después de que nos capturaran. Lo conservó, esperando que regresáramos. Me lo dio después de que escapara.

Vin volvió a mirar el dibujo.

—A Mare le fascinaban los tiempos anteriores a la Ascensión —dijo Kelsier, todavía contemplando los jardines. En la distancia, el sol acariciaba el horizonte y se volvía de un rojo aún más intenso—. Coleccionaba cosas como este papel: dibujos y descripciones de los viejos tiempos. Creo que esa fascinación (junto con el hecho de que era una ojo de estaño) la condujo a los bajos fondos, y a mí. Ella fue quien me presentó a Sazed, aunque en esa época no lo incluí en mi banda. No le interesaba robar.

Vin dobló el papel.

—¿Y sigues guardando este dibujo? ¿Después... después de lo que ella te hizo?

Kelsier guardó silencio un momento. Luego la miró.

—Has estado escuchando otra vez detrás de las puertas, ¿eh? En fin, no te preocupes. Supongo que es de todos sabido.

En la distancia, el sol se convirtió en una llamarada y su luz rojiza encendió nubes y humo por igual.

—Sí, conservo esa flor —dijo Kelsier—. En realidad no estoy seguro de por qué. Pero... ¿dejas de amar a alguien porque te traiciona? No lo creo. Eso es lo que hace que la traición duela tanto: el dolor, la frustración, la furia... y yo seguía amándola. Y la amo todavía.

—¿Cómo? —preguntó Vin—. ¿Cómo puedes? ¿Y cómo puedes fiarte ya de nadie? ¿No aprendiste de lo que te hizo?

Kelsier se encogió de hombros.

—Creo... creo que si me dieran la opción entre amar a Mare, traición incluida, y no haberla conocido nunca, elegiría amarla. Me arriesgué y perdí, pero el riesgo mereció la pena. Lo mismo pasa con mis amigos. El recelo es sano en nuestra profesión... pero solo hasta cierto punto. Prefiero confiar en mis hombres que preocuparme sobre lo que pasará si me traicionan.

—Eso parece una tontería.

—¿Es una tontería la felicidad? —preguntó Kelsier, volviéndose hacia ella—. ¿Dónde has sido más feliz, Vin? ¿En mi banda o con Camon?

Vin no dijo nada.

—No sé con seguridad si Mare me traicionó —dijo Kelsier, mirando de nuevo la puesta de sol—. Ella siempre dijo que no lo había hecho.

—Y la enviaron a los Pozos, ¿no? —dijo Vin—. Eso no tiene sentido, si se alió con el lord Legislador.

Kelsier negó con la cabeza, todavía contemplando la distancia.

—Apareció por los Pozos unas semanas después de que me

enviaran a mí: nos separaron después de nuestra captura. No sé qué sucedió durante ese intervalo, o por qué acabaron por enviarla a los Pozos. El hecho de que ella fuera enviada a morir da a entender que tal vez no me traicionó, pero... —Se volvió hacia Vin—. No lo oíste cuando nos capturó, Vin. El lord Legislador... le dio las gracias. Le dio las gracias por traicionarme. Sus palabras, pronunciadas con una extraña sensación de sinceridad, se mezclaron con la forma en que el plan fue trazado... bueno, resultó difícil creer a Mare. Pero eso no cambió mi amor... no en lo más profundo. Casi me morí cuando ella murió un año más tarde, tras una paliza de los capataces de los Pozos. Esa noche, después de que se llevaran el cadáver, rompí.

—¿Te volviste loco? —preguntó Vin.

—No. Romper es un término alomántico. Nuestros poderes están latentes al principio... solo brotan después de un hecho traumático. Algo intenso... algo casi letal. Los filósofos dicen que un hombre no puede dominar los metales hasta que ha visto la muerte y la ha rechazado.

—Entonces... ¿cuándo me pasó a mí?

Kelsier se encogió de hombros.

—Es difícil decirlo. Creciendo como lo hiciste, seguro que hubo oportunidades de sobra para que rompieras. —Asintió como para sí—. En mi caso fue esa noche. Solo en los Pozos, los brazos sangrando por el trabajo del día. Mare estaba muerta y yo temí ser responsable... porque mi falta de fe acabó con sus fuerzas y su voluntad. Ella murió sabiendo que yo cuestionaba su lealtad. Tal vez, si la hubiera amado de verdad, no la habría puesto en duda. No lo sé.

—Pero tú no moriste.

Kelsier sacudió la cabeza.

—Decidí que vería cumplido su sueño. Crearía un mundo donde hubiese flores de nuevo, un mundo con plantas verdes, un mundo donde no cayera hollín del cielo... —Guardó silencio, luego suspiró—. Lo sé. Estoy loco.

—Lo cierto es que tiene sentido —dijo Vin en voz baja—. Por fin.

Kelsier sonrió. El sol se hundió por detrás del horizonte y, aunque su luz era todavía un fulgor por el oeste, las brumas empezaron a aparecer. Se extendían como tentáculos transparentes en el cielo, enroscándose adelante y atrás, ampliándose, bailando, mezclándose.

—Mare quería hijos —dijo Kelsier de repente—. Cuando nos casamos, hace una década y media. Yo... no estaba de acuerdo. Quería convertirme en el ladrón skaa más famoso de todos los tiempos, y no podía dedicarme a cosas que me pusieran freno.

»Quizá sea buena cosa que no tuviéramos hijos. El lord Legislador podría haberlos encontrado y los hubiese matado. O tal vez no... Dox y los demás sobrevivieron. Ahora, a veces, desearía tener algo de ella conmigo. Un hijo. Una hija, tal vez, con el mismo pelo oscuro de Mare y su testarudez.

Hizo una pausa y miró a Vin.

—No quiero ser responsable de que te pase algo, Vin. No otra vez.

Vin frunció el ceño.

—No voy a seguir más tiempo encerrada en esta mansión.

—No, supongo que no. Si intentamos retenerte más, es probable que aparezcas una noche por la guarida de Clubs después de haber

hecho algo muy peligroso. Nos parecemos demasiado, tú y yo. Pero... ten cuidado.

Vin asintió.

—Lo tendré.

Se quedaron allí unos cuantos minutos más, viendo concentrarse la bruma. Finalmente, Kelsier se irguió y se desperezó.

—Bueno, por si sirve de algo, me alegro de que decidieras unirte a nosotros, Vin.

Ella se encogió de hombros.

—Si te digo la verdad, me gustaría ver una de esas flores personalmente.

Podríamos decir que las circunstancias me obligaron a dejar atrás mi hogar. Sin duda, si me hubiera quedado, estaría muerto. Durante aquellos días (huyendo sin saber por qué, llevando una carga que no comprendía), supuse que me perdería en Khlennium y buscaría una vida para no llamar la atención.

Empiezo a comprender poco a poco que el anonimato, como tantas otras cosas, es algo que he perdido para siempre.



Decidió llevar el vestido rojo. Era desde luego la opción más atrevida, pero le pareció bien. Después de todo, ocultaba su verdadero yo tras una apariencia aristocrática; cuanto más visible fuera esa apariencia, más fácil le resultaría esconderse.

Un lacayo abrió la puerta del carruaje. Vin tomó aire, el pecho un poco confinado por el corsé especial que llevaba para ocultar sus vendajes, aceptó la mano del hombre y bajó. Se alisó el vestido, hizo un gesto a Sazed y se unió a los otros aristócratas que subían la escalinata del Torreón de Elariel. Era un poco más pequeña que la de la Casa Venture. Aquel torreón, sin embargo, al parecer tenía un salón de baile aparte, mientras que la Casa Venture celebraba sus eventos en el enorme salón principal.

Vin miró a las otras nobles y sintió que un poco de su confianza se desvanecía. Su vestido era precioso, pero las otras mujeres disponían de algo más que simple ropa. Sus cabellos largos y ondulados, así como sus aires de suficiencia, hacían juego con sus

figuras enjoradas. Llenaban la parte superior de sus vestidos con curvas voluptuosas y se movían con elegancia en el esplendor de gasas de los pliegues inferiores. Vin ocasionalmente llegaba a ver los pies de las mujeres, que no llevaban zapatillas sencillas como las suyas sino zapatos de tacón alto.

—¿Por qué no tengo zapatos como esos? —preguntó en voz baja mientras subía las escaleras alfombradas.

—Hay que practicar para usar tacones, señora —respondió Sazed—. Como apenas has tenido tiempo de aprender a bailar, pensamos que sería mejor que usaras zapatos planos de momento.

Vin frunció el ceño, pero aceptó la explicación. Sin embargo, el hecho de que Sazed hubiera mencionado el baile aumentó su incomodidad. Recordó los fluidos movimientos de los bailarines de su última fiesta. Ella no podía imitarlos: apenas sabía los pasos básicos.

Eso no importará, pensó. No me verán a mí: verán a lady Valette. Se supone que es novata e insegura y todo el mundo cree que ha estado enferma últimamente. Tendrá sentido que sea mala bailarina.

Con ese pensamiento en mente, llegó a lo alto de las escaleras sintiéndose un poco más segura.

—Debo decir, señora, que pareces mucho menos nerviosa esta vez —dijo Sazed—. De hecho, pareces entusiasmada. Esa es la actitud correcta que debe mostrar Valette.

—Gracias —sonrió ella. Sazed tenía razón: estaba entusiasmada. Entusiasmada por ser de nuevo parte del trabajo, incluso de encontrarse en medio de la nobleza, con todo su esplendor y su gracia.

Llegaron al edificio que albergaba el salón de baile, una de las

varias alas bajas que surgían de la fortaleza principal, y un sirviente tomó su chal. Vin se detuvo un momento en la puerta, esperando mientras Sazed elegía su mesa y su comida.

El salón Elariel era muy distinto del majestuoso salón Venture. Solo tenía una planta y, aunque contaba con un montón de vidrieras, todas estaban en el techo. Claraboyas en forma de rosetón brillaban en lo alto, iluminadas por pequeñas candilejas en el tejado. Cada mesa estaba adornada con velas y, a pesar de la luz cenital, había cierta penumbra de intimidad en toda la sala. Parecía... privada, a pesar de la numerosa gente que asistía a la fiesta.

Aquella sala había sido obviamente arreglada para que así fuera. Una pista de baile ocupaba el centro, mejor iluminada que el resto. Había dos filas de mesas alrededor de la pista: la primera estaba solo a un palmo de altura sobre la pista, la otra más apartada y al doble de altura.

Un criado la acompañó hasta su mesa, al fondo de la sala. Vin se sentó, Sazed ocupó su puesto de costumbre junto a ella y esperaron a que llegara la comida.

—¿Cómo se supone que voy a conseguir exactamente la información que quiere Kelsier? —preguntó ella en voz baja, escrutando la oscura sala.

Los intensos colores cristalinos de arriba proyectaban pautas sobre las mesas y la gente, creando una atmósfera impresionante, aunque costaba distinguir las caras. ¿Estaría Elend en alguna parte?

—Esta noche, algunos hombres deberían invitarte a bailar —dijo Sazed—. Acepta sus invitaciones... así tendrás un pretexto para buscarlos más tarde y mezclarte con sus grupos. No tendrás que

participar en las conversaciones: solo tienes que escuchar. En bailes futuros, quizás algunos jóvenes empiecen a pedirte que los acompañes. Entonces podrás sentarte a su mesa y enterarte de todo.

—¿Quieres decir acompañar a un hombre toda la noche?

Sazed asintió.

—No es extraño. Balarías solo con él toda la noche también.

Vin frunció el ceño. Sin embargo, dejó correr el asunto y se volvió para inspeccionar de nuevo la sala. *Lo más probable es que ni siquiera esté aquí; dijo que evitaba los bailes cuando le era posible. Y aunque estuviera, andará por ahí, por su cuenta. Ni siquiera le...*

Sonó un golpe sordo cuando alguien dejó caer un puñado de libros sobre la mesa. Vin dio un respingo, sobresaltada, y se volvió a tiempo de ver a Elend Venture acercar una silla y sentarse de manera relajada. Se acomodó en el asiento, se volvió hacia un candelabro situado junto a la mesa y abrió un libro para empezar a leer.

Sazed frunció el ceño. Vin ocultó una sonrisa, mirando a Elend. Seguía pareciendo que no se había molestado en peinarse y de nuevo llevaba los botones sin abrochar. Su atuendo no era pobretón, pero tampoco tan rico como los otros que había en la fiesta. Parecía haber sido cortado para que le quedara suelto y cómodo, desafiando la moda tradicional bien ajustada.

Elend hojeó su libro. Vin esperó pacientemente a que reparara en ella, pero él continuó leyendo. Por fin, Vin alzó una ceja

—No recuerdo haberle dado permiso para sentarse a mi mesa, lord Venture —dijo.

—No me hagas caso —dijo Elend, sin alzar la cabeza—. Tienes

una mesa grande. Hay espacio de sobra para los dos.

—Para nosotros dos, tal vez. Pero no estoy tan segura de que quepan todos estos libros. ¿Dónde van a poner mi comida los criados?

—Hay un poco de espacio a tu izquierda —respondió Elend como si tal cosa.

La expresión de preocupación de Sazed aumentó. Dio un paso adelante, recogió los libros y los colocó en el suelo junto a la silla de Elend.

El joven continuó leyendo. Sin embargo, alzó una mano.

—¿Ves? Por eso nunca recurro a sirvientes terrisanos. Son insufriblemente eficaces.

—Sazed no es insufrible —dijo Vin con frialdad—. Es un buen amigo y, probablemente, mejor persona de lo que tú llegarás a serlo jamás, lord Venture.

Elend alzó finalmente la cabeza.

—Lo siento —dijo con sinceridad—. Pido disculpas.

Vin asintió. Sin embargo, Elend abrió su libro y se puso a leer de nuevo.

¿Por qué se sienta conmigo si solo va a leer?

—¿Qué hacías en estas fiestas antes de tenerme a mí para molestarme? —preguntó, molesta.

—Pero ¿cómo puedo estar molestándote? De verdad, Valette. Estoy aquí sentado, leyendo para mí.

—En *mi* mesa. Estoy segura de que podrías conseguir una propia: eres el heredero Venture. No es que fueras muy claro al respecto durante nuestro último encuentro.

—Cierto —dijo Elend—. Sin embargo, recuerdo haberte dicho que

los Venture son muy molestos. Solo intento adecuarme a la descripción.

—¡Tú eres quien hizo esa descripción!

—Acertada, ¿verdad? —dijo Elend, sonriendo mientras leía.

Vin suspiró, frustrada.

Elend miró por encima del libro.

—Llevas un vestido alucinante. Es casi tan bonito como tú.

Vin no supo qué decir y se quedó levemente boquiabierta. Elend sonrió con malicia, luego volvió a su libro, con chispitas en los ojos, como para indicar que solo había hecho el comentario porque sabía la reacción que iba a causarle.

Sazed permaneció de pie junto a la mesa sin molestarse en disimular su desaprobación. Sin embargo, no dijo nada. Elend era demasiado importante para que un simple criado pudiera reprenderlo.

Vin acabó por encontrar la lengua.

—¿Cómo es, lord Venture, que un hombre en edad casadera como tú acude solo a estos bailes?

—Qué va, no es así. Mi familia suele tener una chica u otra haciendo cola para acompañarme. Hoy le toca a lady Stase Blanches: es esa del vestido verde que está sentada en la fila más baja, allí enfrente.

Vin la buscó con la mirada. Lady Blanches era una rubia preciosa. No paraba de mirar hacia la mesa, ocultando su malestar.

Vin se ruborizó y apartó la mirada.

—Hummm, ¿no deberías estar allí con ella?

—Tal vez —dijo Elend—. Pero, mira, te voy a confesar un secreto. La verdad es que no soy muy caballeroso. Además, yo no la he

invitado: hasta que subí al carruaje no me informaron de quién era mi acompañante.

—Ya veo.

—Mi conducta, de todas formas, es deplorable. Desgraciadamente, tengo tendencia a esos arrebatos de comportamiento deplorable. Mira, por ejemplo, mi afición a leer en la mesa. Discúlpame un momento: voy a buscar algo de beber.

Se levantó, se guardó el libro en el bolsillo y se acercó a una de las mesas donde servían bebidas. Vin lo vio marchar, a la vez molesta y divertida.

—Esto no es bueno, señora —dijo Sazed en voz baja.

—No está tan mal.

—Te está utilizando, señora. Lord Venture es célebre por su actitud rebelde y estafalaria. Mucha gente lo repudia... precisamente porque hace cosas como esta.

—¿Como esta?

—Se sienta contigo porque sabe que molestará a su familia —dijo Sazed—. Ay, niña, no deseo causarte dolor, pero debes comprender las costumbres de la corte. A este joven no le interesas sentimentalmente. Es un lord joven y arrogante, molesto por las restricciones de su padre..., así que se rebela, y actúa de manera ruda y ofensiva. Sabe que su padre cederá si sigue actuando de esa manera el tiempo suficiente.

Vin sintió que el estómago le daba un vuelco. *Seguro que Sazed tiene razón, por supuesto. ¿Por qué si no iba a buscarme Elend? Soy exactamente lo que necesita: alguien de cuna lo bastante baja para molestar a su padre, pero lo suficientemente inexperta para no ver la verdad.*

Llegó la cena, pero Vin ya no tenía mucho apetito. Empezó a picotear la comida cuando regresó Elend y depositó sobre la mesa una gran copa con una bebida. Se la fue tomando mientras leía.

Veamos cómo reacciona si no interrumpo su lectura, pensó Vin, molesta, recordando sus lecciones y comiendo con la elegancia propia de una dama. No era una cena copiosa (consistía principalmente en ricos vegetales con mantequilla) y cuanto antes terminara, antes podría ponerse a bailar. Al menos no tendría que estar sentada con Elend Venture.

El joven lord se detuvo varias veces mientras ella comía, mirando por encima de su libro. Obviamente, esperaba que dijese algo, pero ella no lo hizo. Sin embargo, mientras comía, su furia se fue apaciguando. Miró a Elend, estudiando su aspecto levemente desaliñado, observando la ansiedad con la que leía su libro. ¿Podía realmente ese hombre dedicarse al retorcido tipo de manipulación que daba a entender Sazed? ¿De verdad la estaba utilizando?

Cualquiera te traicionará, susurró Reen. *Todos te traicionarán*.

Elend parecía tan... auténtico. Parecía una persona real, no una fachada ni una máscara. Y desde luego parecía deseoso de que ella hablara con él. Vin consideró una victoria personal que él finalmente soltara el libro y la mirara.

—¿Por qué estás aquí, Valette? —preguntó.

—¿Aquí en la fiesta?

—No, aquí en Luthadel.

—Porque es el centro de todo.

Elend frunció el ceño.

—Supongo que lo es, en efecto. Pero el imperio es un lugar demasiado grande para tener un centro tan pequeño. Creo que en

realidad no comprendemos lo enorme que es. ¿Cuánto tardaste en llegar aquí?

Vin sintió un momento de pánico, pero las lecciones de Sazed acudieron veloces a su mente.

—Casi unos dos meses por el canal, con algunas paradas.

—Mucho tiempo —dijo Elend—. Dicen que se tarda medio año en viajar desde un extremo del imperio al otro, y, sin embargo, la mayoría lo ignoramos todo, excepto que este pedacito es el centro.

—Yo... —Vin guardó silencio. Con Reen había recorrido todo el Dominio Central. Sin embargo, era el más pequeño de los dominios y nunca había visitado los lugares más exóticos del imperio. La zona central era buena para los ladrones; curiosamente, el sitio más cercano al lord Legislador era también el más corrupto, además de ser el que congregaba las mayores fortunas.

—¿Y qué te parece entonces la ciudad?

Vin vaciló.

—Está... sucia —dijo con sinceridad. Un criado llegó para retirar el plato vacío—. Está sucia y llena de gente. Tratan terriblemente a los skaa, pero supongo que es así en todas partes.

Elend ladeó la cabeza, dirigiéndole una extraña mirada.

No tendría que haber mencionado a los skaa. No es típico de los nobles.

Él se inclinó hacia delante.

—¿Crees que aquí tratan a los skaa peor que a los de tu plantación? Siempre creí que estaban mejor en la ciudad.

—Hummm... No estoy segura. No iba muy a menudo a los campos.

—¿Así que no te relacionabas mucho con ellos?

Vin se encogió de hombros.

—¿Por qué importa? Solo son skaa.

—Eso es lo que decimos siempre. Pero no lo sé. Tal vez soy demasiado curioso, pero me interesan. ¿Los has oído hablar alguna vez entre sí? ¿Hablan como personas corrientes?

—¿Qué? —preguntó Vin—. Pues claro que sí. ¿Cómo si no iban a hablar?

—Bueno, ya sabes lo que enseña el Ministerio.

Ella no lo sabía. Sin embargo, si tenía que ver con los skaa, seguro que no se trataba de nada favorable.

—Tengo por norma no creer nunca del todo nada de lo que dice el Ministerio.

Elend ladeó de nuevo la cabeza.

—No eres... lo que esperaba, lady Valette.

—La gente rara vez lo es.

—Háblame de los skaa de las plantaciones. ¿Cómo son?

Vin se encogió de hombros.

—Como los skaa de cualquier otra parte.

—¿Son inteligentes?

—Algunos lo son.

—Pero no como tú y yo, ¿no?

Vin se detuvo. *¿Cómo respondería una noble?*

—No, por supuesto que no. Son solo skaa. ¿Por qué te interesan tanto?

Elend parecía... decepcionado.

—Por ningún motivo —dijo, volviendo a acomodarse en su silla y abriendo su libro—. Creo que algunos de aquellos hombres de allí quieren invitarte a bailar.

Vin se volvió y vio que, en efecto, había un grupo de jóvenes de pie, a cierta distancia de la mesa. Apartaron la mirada en cuanto se giró. Al cabo de un instante uno de los hombres señaló hacia otra mesa; luego se acercó e invitó a bailar a una joven dama.

—Varias personas se han fijado en ti, mi señora —dijo Sazed—. Sin embargo, no se acercan. La presencia de lord Venture los intimida, creo.

Elend bufó.

—Deberían saber que soy cualquier cosa menos intimidatorio.

Vin frunció el ceño, pero Elend continuó leyendo. ¡*Bien!*, pensó, volviéndose de nuevo hacia los jóvenes. Miró a uno de ellos a los ojos y le dedicó una leve sonrisa.

Unos instantes después, el joven se acercó. Le habló con mucha formalidad, estirado.

—Lady Renoux, soy lord Melend Liese. ¿Querría bailar conmigo?

Vin miró a Elend, pero este no levantó la cabeza de su libro.

—Me encantaría, lord Liese —respondió, tomando la mano del joven y levantándose.

Él la condujo a la pista de baile y, mientras se dirigían hacia allí, el nerviosismo de Vin regresó. De repente, una semana de práctica no le pareció suficiente. La música cesó, permitiendo que las parejas entraran en la pista o la abandonaran, y lord Liese la guio hacia delante.

Vin combatió su paranoia, recordándose que todo el mundo veía el vestido y el rango, no a ella. Miró a los ojos de lord Liese y, para su sorpresa, vio aprensión.

Comenzó la música y, con ella, el baile. El rostro de lord Liese adquirió una expresión de consternación. Ella notó su palma

sudando en sus manos. *¡Vaya, pero si está casi tan nervioso como yo! Quizás incluso más.*

Liese era más joven que Elend, más de la edad de Vin. No debía de tener mucha experiencia en bailes; desde luego, no parecía que hubiera bailado mucho. Se concentraba tanto en los pasos que los movimientos eran rígidos.

Tiene sentido, advirtió Vin, relajándose y dejando que su cuerpo se moviera según le había enseñado Sazed. *Los experimentados no me invitarían a bailar, no siendo tan novata: no me prestan atención.*

—Lord Liese —dijo Vin—. ¿Qué sabe de Elend Venture?

Liese alzó la cabeza.

—Hummm, yo...

—No se concentre tanto en el baile. Mi instructor dice que fluiré de modo más natural si no se intenta con tanto empeño.

Él se ruborizó.

¡Por el lord Legislador!, pensó Vin. *¿Tan novato es este chico?*

—Hummm, lord Venture... —dijo Liese—. No sé. Es una persona muy importante. Mucho más importante que yo.

—No deje que su linaje le intimide. Por lo que he visto, es bastante inofensivo.

—No sé, mi señora. Venture es una casa muy influyente.

—Sí, bueno, pero Elend no hace honor a esa reputación. Parece aficionado a ignorar a quienes lo acompañan... ¿Hace eso con todo el mundo?

Liese se encogió de hombros, bailando de manera más natural ahora que estaban charlando.

—No lo sé. Usted... parece conocerlo bastante mejor que yo, mi señora.

—Yo... —Vin se calló. Sentía como si lo conociera bien, mucho mejor que a ningún hombre después de dos breves encuentros. Sin embargo, no podía explicárselo muy bien a Liese.

Pero tal vez... ¿No dijo Renoux que había visto a Elend una vez?

—Bueno, Elend es amigo de la familia —dijo Vin mientras giraban bajo una cristalina claraboya.

—¿Ah, sí?

—Sí. Mi tío fue muy amable al pedirle a Elend que me vigilara en estas fiestas, y hasta ahora ha sido un encanto. Pero desearía que prestara menos atención a esos libros suyos y más a presentarme.

Liese estiró el cuello y pareció un poco menos inseguro.

—Vaya. En fin, tiene sentido.

—Pues claro. Elend ha sido como un hermano mayor para mí durante mi estancia aquí en Luthadel.

Liese sonrió.

—Le pregunto por él porque no habla mucho de sí mismo —dijo Vin.

—Los Venture han estado todos muy callados últimamente —dijo Liese—. Desde el ataque a su torreón hace unos cuantos meses.

Vin asintió.

—¿Qué se sabe de eso?

Liese negó con la cabeza.

—Nadie me cuenta nada. —Bajó la mirada para contemplar sus pies—. Baila usted muy bien, lady Renoux. Debe de haber asistido a muchos bailes en su ciudad natal.

—Me halaga, mi señor.

—No, de veras. Es usted tan... grácil.

Vin sonrió, sintiendo un leve arrebató de confianza.

—Sí —dijo Liese, casi para sí—. No es en absoluto como dijo lady Shan... —Calló, sacudiéndose levemente, como si acabara de darse cuenta de lo que estaba diciendo.

—¿Qué? —dijo Vin.

—Nada —respondió Liese, ruborizándose aún más—. Lo siento. No es nada.

Lady Shan, pensó Vin. *Recuerda ese nombre.*

Sondeó un poco más a Liese mientras seguían bailando, pero quedó claro que él era demasiado inexperto para saber gran cosa. Eso sí, consideraba que la tensión estaba creciendo entre las casas; aunque los bailes continuaban, había cada vez más ausencias, pues había quien no asistía a las fiestas celebradas por sus rivales políticos.

Cuando terminó el baile, Vin dio por buenos sus esfuerzos. Quizá no hubiese descubierto nada que resultara de mucho valor para Kelsier, pero Liese era solo el principio. Ya llegaría a gente más importante.

Lo cual significa que voy a tener que asistir a muchos bailes más, pensó mientras Liese la conducía de vuelta a su mesa. No es que los bailes en sí mismos fueran desagradables, sobre todo ahora que confiaba más en su capacidad para bailar. Sin embargo, más bailes significaban menos oportunidades para estar ahí fuera, entre las brumas.

Sazed no me permite ir, de todas formas, pensó con un suspiro, y sonrió amablemente mientras Liese hacía una reverencia y se retiraba.

Elend había esparcido sus libros sobre la mesa y su parte estaba

iluminada por varios candelabros más... aparentemente de otras mesas.

Bueno, al menos tenemos el robo en común, pensó.

Elend estaba encorvado sobre la mesa, haciendo anotaciones en un librito de bolsillo. No levantó la cabeza mientras ella se sentaba. A Sazed no se lo veía por ninguna parte.

—He enviado al terrisano a cenar —dijo Elend, distraído, mientras escribía—. No hay necesidad de que pase hambre mientras tú revoloteas por ahí.

Vin alzó una ceja, mirando los libros que dominaban la mesa. Elend apartó un tomo, dejándolo abierto por una página concreta y acercó otro.

—Y bien, ¿qué tal el bailoteo?

—La verdad es que ha sido divertido.

—Creía que no eras muy buena bailarina.

—No lo era —dijo Vin—. He practicado. Puede que esta información te parezca sorprendente, pero sentarse al fondo de una sala a leer libros no ayuda exactamente a ser mejor bailarín.

—¿Eso es una proposición? —preguntó Elend, apartando su libro y seleccionando otro—. No es propio de una dama invitar a bailar a un hombre, ya sabes.

—Por favor, no quisiera distraerte de tu lectura —dijo Vin, volviendo un libro hacia ella. Hizo una mueca: el texto estaba escrito a mano, con letra pequeña e intrincada—. Además, bailar contigo estropearía todo el trabajo que acabo de hacer.

Elend se detuvo. Por fin alzó la cabeza.

—¿Trabajo?

—Sí. Sazed tenía razón: intimidas a lord Liese y yo también, por

asociación. Podría ser desastroso para la vida social de una dama joven que todos los hombres la creyeran fuera de su alcance por el mero hecho de que un lord molesto decida estudiar en su mesa.

—Así que... —dijo Elend.

—Así que me he limitado a contarle que me estabas enseñando las costumbres de la corte. Como si fueras un... hermano mayor.

—¿Hermano mayor? —preguntó Elend, frunciendo el ceño.

—Mucho mayor —sonrió Vin—. Quiero decir, al menos me doblas la edad.

—Te doblo la... Valette, tengo *veintiún* años. A menos que seas una niña de diez años *muy* madura, no te «doblo la edad».

—Las matemáticas nunca se me han dado muy bien —dijo ella como si tal cosa.

Elend suspiró y puso los ojos en blanco. Cerca, lord Liese charlaba tranquilamente con su grupo de amigos, señalando hacia ellos. Con suerte, uno la invitaría a bailar pronto.

—¿Conoces a una tal lady Shan? —preguntó Vin como quien no quiere la cosa mientras esperaba.

Sorprendentemente, Elend alzó la cabeza.

—¿Shan Elariel?

—Supongo. ¿Quién es?

Elend volvió a su libro.

—Nadie importante.

Vin alzó una ceja.

—Elend, solo llevo unos meses haciendo esto, pero incluso yo sé que no hay que fiarse de un comentario así.

—Bueno... Puede que esté comprometido con ella.

—¿Tienes una prometida? —preguntó Vin, exasperada.

—No estoy seguro del todo. Hace como un año que no hacemos nada al respecto. Es probable que todo el mundo se haya olvidado del asunto a estas alturas.

Magnífico, pensó Vin.

Un momento después, uno de los amigos de Liese se acercó. Contenta por librarse del frustrante heredero Venture, Vin se levantó, aceptando la mano del joven lord. Mientras se dirigía a la pista, miró a Elend y lo pilló mirándola por encima del libro. Inmediatamente volvió a su lectura con aire declaradamente indiferente.

Vin se sentó a la mesa, considerablemente agotada. Resistió la tentación de quitarse los zapatos y frotarse los pies; sospechaba que no sería muy propio de una dama. Encendió con cuidado su cobre, luego quemó peltre, reforzando su cuerpo y reduciendo un poco su fatiga.

Dejó que el peltre, y luego el cobre, se agotaran. Kelsier le había asegurado que con el cobre encendido no podría ser identificada como alomántica. Vin no estaba tan segura. Con el peltre ardiendo, sus reacciones eran demasiado rápidas, su cuerpo demasiado fuerte. Le parecía que una persona observadora podría advertir esas anomalías, fuera alomántica o no.

Con el peltre agotado, su fatiga regresó. Había estado intentando últimamente no depender tanto del peltre. La herida solo le dolía mucho si se giraba sin cuidado, y quería recuperar fuerzas por su cuenta, si podía.

En cierto modo, el cansancio de esa noche era bueno: el

resultado de bailar mucho tiempo. Ahora que los jóvenes consideraban a Elend una especie de guardián y no un interés romántico, no dudaban en invitar a Vin a bailar. Y, temerosa de hacer una declaración política inadecuada al negarse, Vin había accedido a todas las peticiones. Unos cuantos meses antes se hubiese reído de la idea de sentirse agotada por bailar. Sin embargo, los pies destrozados, el costado dolorido y las piernas pesadas se sumaban al esfuerzo de memorizar nombres y casas (por no mencionar el de mantener la conversación inane de sus compañeros de baile), que la había dejado mentalmente exhausta.

Menos mal que Sazed me hace llevar zapatos planos en vez de con tacón, pensó con un suspiro, mientras bebía zumo helado. El terrisano no había vuelto todavía de su cena. Y Elend tampoco estaba en la mesa, aunque sus libros aún la cubrían.

Vin miró los tomos. Tal vez si la veían leyendo, los jóvenes la dejaran en paz un rato. Acercó y revisó los libros en busca de un candidato probable. El que más le interesaba (el cuadernito encuadernado en cuero de Elend) no estaba.

Se llevó un grueso tomo azul a su lado de la mesa. Lo había escogido porque tenía la letra grande: ¿tan caro era el papel que los escribas necesitaban introducir el mayor número posible de renglones por página? Vin suspiró y repasó el volumen.

No puedo creer que la gente lea libros tan grandes, pensó. A pesar del tamaño de la letra, cada página estaba llena de palabras. Harían falta días y días para leerlo entero. Reen le había enseñado a leer para que pudiera descifrar contratos, escribir notas y tal vez hacerse pasar por noble. Sin embargo, su formación no se había extendido a textos tan largos.

Prácticas históricas en la norma política imperial, decía la primera página. Los capítulos llevaban por título cosas como «El programa de gobierno del siglo V» y «El ascenso de las plantaciones de skaa». Hojeó el libro hasta el final, suponiendo que sería lo más importante. El último capítulo se titulaba «Estructura política actual». Empezó a leer:

Hasta ahora el sistema de plantaciones ha producido un gobierno mucho más estable que los métodos previos. La estructura de Dominios con cada lord provincial al mando de sus skaa y responsable de ellos ha engendrado un entorno competitivo donde la disciplina se mantiene de manera férrea.

El lord Legislador al parecer encuentra preocupante este sistema a causa de la libertad que permite a la aristocracia. Sin embargo, la relativa falta de rebeliones organizadas es indudablemente interesante; durante los doscientos años que el sistema lleva en funcionamiento, no ha habido ningún levantamiento importante en los Cinco Dominios Interiores.

Naturalmente, este sistema político es solo una extensión del gran gobierno teocrático. La independencia de la aristocracia ha sido templada por un renovado vigor en la aplicación de la ley por parte de los obligadores. No hay lord, por pequeño que sea, que se considere por encima de la ley. Cualquiera puede recibir la visita de un inquisidor.

Vin frunció el ceño. Aunque el texto era árido, le sorprendió que el lord Legislador permitiera semejantes discusiones analíticas sobre su imperio. Se acomodó en su asiento con el libro en las manos, pero ya no siguió leyendo. Estaba demasiado agotada por las horas que había pasado intentando sonsacar información a sus compañeros de baile.

Por desgracia, la política no prestaba atención a su cansancio. Aunque hizo todo lo posible por parecer absorta en el libro de Elend, una figura se acercó a su mesa.

Vin suspiró, preparándose para otro baile. No obstante, enseguida advirtió que el recién llegado no era un noble, sino un mayordomo

terrivano. Como Sazed, llevaba ropas de capas superpuestas en V y le gustaban mucho las joyas.

—¿Lady Valette Renoux? —preguntó el hombre, con voz levemente cargada de acento.

—Sí —respondió Vin, vacilante.

—Mi señora, lady Shan Elariel requiere su presencia en su mesa.

¿*Requiere?*, pensó Vin. No le gustó el tono y tenía pocos deseos de conocer a la exprometida de Elend. Por desgracia, la Casa Elariel era una de las Grandes Casas más poderosas: seguro que no se trataba de alguien a quien se pudiera ignorar por capricho.

El terrivano esperó.

—Muy bien —dijo Vin, levantándose con toda la gracia de la que fue capaz.

El terrivano la condujo hacia una mesa cercana. La mesa estaba bien atendida, con cinco mujeres sentadas a su alrededor, y Vin localizó a Shan de inmediato. Lady Elariel era obviamente la escultural mujer de largo pelo oscuro. No participaba en la conversación, pero parecía dominarla de todas formas. Sus brazos chispeaban con brazaletes de color lavanda a juego con su vestido. Volvió sus ojos despectivos hacia Vin mientras se acercaba.

Aquellos ojos oscuros, sin embargo, eran penetrantes. Vin se sintió desnuda ante ellos, despojada de su hermoso vestido, reducida a una sucia chica callejera una vez más.

—Discúlpennos, señoras —dijo Shan. Las mujeres hicieron de inmediato lo que se les ordenaba y se levantaron de la mesa a toda prisa.

Shan tomó un tenedor y empezó a diseccionar y devorar meticulosamente una pequeña tarta. Vin se quedó allí de pie,

insegura, mientras el mayordomo terrisano ocupaba su puesto tras la silla de Shan.

—Puedes sentarte —dijo Shan.

Me siento de nuevo una skaa, pensó Vin, sentándose. *¿También las nobles se tratan unas a otras de esta manera?*

—Te encuentras en una posición envidiable, niña.

—¿Cómo es eso?

—Dirígete a mí como lady Shan —dijo Shan, sin cambiar su tono—. O, tal vez, «Alteza». Shan esperó con expectación, dando bocaditos a la tarta. Finalmente, Vin dijo:

—¿Cómo es eso, Alteza?

—Porque el joven lord Venture ha decidido utilizarte en sus juegos. Eso significa que tienes la oportunidad de ser también utilizada por mí.

Vin frunció el ceño. *Acuérdate de seguir interpretando tu papel. Eres Valette, que se deja intimidar fácilmente.*

—¿No sería mejor no ser utilizada por nadie, Alteza? —dijo Vin con cuidado.

—Tonterías —replicó Shan—. Incluso una simple inculta como tú debe ver la importancia de ser útil a sus superiores. —Shan dijo incluso el insulto sin vehemencia: parecía dar por hecho que Vin iba a mostrarse de acuerdo.

Vin estaba desconcertada. Ningún otro miembro de la nobleza la había tratado de aquella manera. Naturalmente, el único miembro de una Gran Casa que había conocido hasta ahora era Elend.

—Confío por tu expresión sumisa que aceptas tu lugar —dijo Shan—. Compórtate bien, niña, y tal vez te deje unirme a mi séquito. Podrías aprender mucho de las damas de Luthadel.

—¿Como qué? —preguntó Vin, tratando de apartar la brusquedad de su voz.

—Mírate en el espejo alguna vez, niña. Tienes un pelo que parece como si hubieras pasado por una enfermedad terrible y estás tan delgada que el vestido te cuelga como un saco. Ser una noble en Luthadel requiere... perfección. No eso —dijo agitando la mano despectivamente.

Vin se ruborizó. Había un extraño poder en la actitud despreciativa de esa mujer. Con un sobresalto, Vin advirtió que Shan le recordaba a algunos jefes de banda que había conocido, como Camon: hombres que golpeaban a una persona sin esperar ninguna resistencia. Todo el mundo sabía que resistirse a esos hombres solo empeoraría los golpes.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó.

Shan alzó una ceja apartando el tenedor y dejando la tarta a medio comer. El terrisano recogió el plato y se marchó con él.

—Eres un poquito obtusa, ¿no?

Vin guardó silencio.

—¿Qué quiere *Su Alteza* de mí?

—Te lo diré alguna vez... suponiendo que lord Venture decida seguir jugando contigo.

Vin capotó un levísimo destello de odio en sus ojos cuando pronunció el nombre de Elend.

—Por ahora —continuó Shan—, cuéntame la conversación que has tenido con él esta noche.

Vin abrió la boca para responder. Pero... algo estaba mal. Solo captó una leve fluctuación. Ni siquiera la hubiese advertido sin la formación de Brisa.

¿Una aplacadora? Interesante.

Shan estaba intentando volverla complaciente. ¿Para que hablara, tal vez? Vin empezó a contarle su conversación con Elend, sin revelar nada interesante. Sin embargo, seguía pareciéndole extraña la manera en que Shan jugaba con sus emociones. Con el rabillo del ojo Vin vio que el terrisano de Shan regresaba de las cocinas. Sin embargo, no volvió a la mesa sino que se encaminó en la dirección opuesta.

Hacia la mesa de Vin. Se detuvo junto a ella y empezó a curiosear entre los libros de Elend.

Sea lo que sea lo que quiere, no puedo dejar que lo encuentre.

Vin se levantó de repente, provocando por fin una reacción en Shan, que alzó sorprendida la cabeza.

—¡Acabo de recordar que le he dicho a mi terrisano que se encontrara conmigo en mi mesa! ¡Se preocupará si no estoy sentada allí!

—Ay, por el amor del lord Legislador —murmuró Shan entre dientes—. Niña, no hay ninguna necesidad...

—Lo siento, Alteza. Tengo que irme.

Quizá fuera demasiado evidente, pero no se le ocurría otra salida. Vin ensayó una reverencia y se retiró de la mesa de Shan, dejándola atrás. El terrisano era bueno: cuando Vin estaba solo a unos pocos pasos de la mesa de Shan ya había reparado en ella y continuaba su camino, con movimientos impasibles y seguros.

Vin regresó a su mesa, preguntándose si se habría puesto en evidencia al dejar tan bruscamente a Shan. Sin embargo, estaba demasiado cansada para que le importase. Cuando advirtió que un

grupo de jóvenes la miraba, se sentó a toda prisa y abrió uno de los libros de Elend.

Por fortuna, la añagaza funcionó mejor esta vez. Los jóvenes acabaron por darse media vuelta y dejarla en paz, y Vin pudo relajarse un poco con el libro abierto delante. Se hacía tarde y el salón de baile empezaba a vaciarse lentamente.

Los libros, pensó con el ceño fruncido, levantando su copa de zumo para tomar un sorbo. *¿Para qué los quiere el terrisano?*

Escrutó la mesa, tratando de decidir si había tocado algo, pero Elend había dejado los libros en tal estado de desorden que era difícil decirlo. Sin embargo, un librito que asomaba bajo otro tomo llamó su atención. La mayoría de los textos estaban abiertos por una página específica, y ella había visto a Elend repasándolos. Aquel libro, sin embargo, estaba cerrado... y no recordaba que él lo hubiera abierto. Estaba allí desde antes (lo reconoció porque era mucho más fino que los otros), de modo que el terrisano no lo había dejado.

Curiosa, sacó el libro de debajo del otro. Tenía una negra cubierta de cuero y en el lomo ponía *Pautas climatológicas del Dominio Norte*. Vin frunció el ceño, volviendo el libro en sus manos. No había página de créditos ni aparecía ningún autor. Comenzaba directamente con el texto.

Cuando nos referimos al Imperio Final en su totalidad, hay un hecho inconfundible. Para tratarse de una nación gobernada por una divinidad autoproclamada, el imperio ha experimentado un aterrador número de colosales errores de liderazgo. La mayoría han sido ocultados con éxito y solo pueden encontrarse en las mentes de metal de los feruquimistas o en las páginas de los textos prohibidos. Sin embargo, solo hace falta mirar al pasado cercano para advertir errores como la Masacre de Devane, la revisión de la Doctrina de la Profundidad y la recolocación de los pueblos de Renate.

El lord Legislador no envejece. Eso, al menos, es innegable. Este texto, sin embargo, se propone demostrar que no es en modo alguno infalible. Durante los días anteriores a la Ascensión, la humanidad sufrió el caos y la incertidumbre causados por un interminable ciclo de reyes, emperadores y otros monarcas. Se podría pensar que ahora, con un único gobernante inmortal, la sociedad tendría por fin una oportunidad para encontrar estabilidad e iluminación. La notable falta de esos atributos en el Imperio Final es el fracaso más oneroso del lord Legislador.

Vin se quedó mirando la página. Algunas de las palabras la superaban, pero comprendió lo que quería decir el autor. Estaba diciendo...

Cerró el libro y lo dejó rápidamente en su sitio. ¿Qué sucedería si los obligadores descubrían que Elend poseía un texto semejante? Miró hacia los lados. Los obligadores estaban, naturalmente, confraternizando con la multitud, como en cualquier otro baile. Se los distinguía por sus túnicas grises y sus rostros tatuados. Muchos estaban sentados a las mesas de las mujeres nobles. ¿Amigos o espías del lord Legislador? Nadie parecía demasiado cómodo cuando había un obligador cerca.

¿Qué está haciendo Elend con un libro como ese? ¿Un noble poderoso como él? ¿Por qué lee textos que acusan al lord Legislador?

Una mano se posó sobre su hombro y Vin se volvió instintivamente, el peltre y el cobre ardiendo en su estómago.

—Caramba —dijo Elend, dando un paso atrás y alzando la mano—. ¿No te ha dicho nadie lo quisquillosa que eres, Valette?

Vin se relajó, se acomodó en su silla y apagó sus metales. Elend se dirigió a su sitio y se sentó.

—¿Disfrutando de Heberen?

Vin frunció el ceño y Elend señaló con la cabeza el libro grande y grueso que todavía tenía plantado delante.

—No. Es aburrido. Solo fingía leer para que me dejaran en paz un rato.

Elend se echó a reír.

—Ahora verás cómo tu astucia viene a jugarte una mala pasada.

Vin alzó una ceja mientras Elend empezaba a recoger sus libros y los apilaba sobre la mesa. No pareció advertir que ella había movido el libro «climatológico», pero lo deslizó con cuidado en medio del montón.

Vin apartó la mirada del libro. *Quizá no debería hablarle de Shan... no hasta que hable con Sazed.*

—Creo que mi astucia me ha servido bien —dijo en cambio—. Después de todo, he venido al baile a bailar.

—A mí bailar me parece aburridísimo.

—No puedes permanecer apartado eternamente de la corte, lord Venture: eres el heredero de una casa muy importante.

Él suspiró, se desperezó y se arrellanó en su asiento.

—Supongo que tienes razón —dijo, con sorprendente franqueza—. Pero cuanto más lo aplazo, más se molesta mi padre. Eso, en sí, es un objetivo digno.

—No es el único al que haces daño. ¿Qué hay de esas muchachas que nunca son invitadas a bailar porque tú estás demasiado ocupado repasando tus libros?

—Que yo recuerde —dijo Elend, colocando el último libro encima del montón—, alguien estaba fingiendo leer para *evitar* tener que bailar. No creo que las damas tengan ningún problema para encontrar acompañantes más amistosos que yo.

Vin alzó una ceja.

—No he tenido problemas porque soy nueva y mi rango es bajo. Sospecho que las damas que están más a tu altura tienen problemas para encontrar acompañante, amistoso o no. Tal como yo lo entiendo, los nobles se sienten incómodos bailando con mujeres que están por encima de su rango.

Elend guardó silencio, buscando obviamente una contestación.

Vin se inclinó hacia delante.

—¿Qué pasa, Elend Venture? ¿Por qué te empeñas con tanto ahínco en eludir tu deber?

—¿Deber? —preguntó Elend, inclinándose hacia ella—. Valette, esto no es deber. Este baile... es inconsecuencia y distracción. Una pérdida de tiempo.

—¿Y las mujeres? ¿También lo son?

—¿Las mujeres? Las mujeres son... como tormentas. Son hermosas de contemplar y a veces agradables de escuchar... pero la mayor parte de las veces son solo una molestia.

Vin notó que se quedaba boquiabierta. Entonces advirtió el brillo en los ojos de él, la sonrisita en las comisuras de sus labios, y tuvo que sonreír también.

—¡Solo dices esas cosas para provocarme!

La sonrisa se hizo más amplia.

—Eso me hace encantador. —Se levantó, mirándola con aprecio—. Ah, Valette. No permitas que te engañen para que acabes tomándote demasiado en serio. No merece la pena. Pero debo despedirme. Trata de no dejar pasar meses entre los bailes a los que asistas en el futuro.

Vin sonrió.

—Me lo pensaré.

—Por favor, que así sea —dijo Elend, agachándose y recogiendo el montón de libros. Se tambaleó un momento, luego recuperó el equilibrio y se asomó por un lado—. Quién sabe, tal vez un día de estos consigas que me ponga a bailar.

Vin sonrió, hizo un gesto con la cabeza cuando el noble se dio media vuelta y se marchó rodeando la segunda planta de la pista de baile. Se encontró con otros dos jóvenes y Vin vio con curiosidad cómo uno de ellos le daba una palmada amistosa en el hombro y luego se hacía con la mitad de los libros. Los tres se marcharon juntos, charlando.

Vin no reconoció a los recién llegados. Se quedó allí sentada, pensativa, hasta que Sazed apareció por fin en un lateral y Vin lo llamó con un gesto impaciente. Sazed se acercó sin prisas.

—¿Quiénes son esos hombres que están con lord Venture? —preguntó, señalando a Elend.

Sazed entornó los ojos tras sus gafas.

—Vaya... Uno de ellos es lord Jastes Lekal. El otro es un Hasting, aunque no conozco su nombre.

—Pareces sorprendido.

—Las Casas Lekal y Hasting son rivales políticas de la Casa Venture, señora. Los nobles suelen visitarse en fiestas más pequeñas tras los bailes, para hacer alianzas... —El terrisano hizo una pausa y se volvió hacia ella—. Creo que maese Kelsier querrá enterarse de esto. Es hora de marcharnos.

—Estoy de acuerdo. Y mis pies también. Vámonos.

Sazed asintió y los dos se dirigieron hacia la puerta.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Vin mientras

esperaban a que un criado le trajera su chal.

—He regresado varias veces, señora —dijo Sazed—. Pero siempre estabas bailando. Me ha parecido mejor hablar con los criados que estar de pie detrás de tu mesa.

Vin asintió, aceptó su chal y ambos bajaron las escaleras alfombradas, Sazed detrás. El paso de Vin era rápido: quería volver y contarle a Kelsier los nombres que había memorizado antes de olvidar la lista entera. Se detuvo en el rellano, esperando a que un criado trajera su carruaje. Mientras lo hacía, notó algo extraño. Una pequeña perturbación tenía lugar a poca distancia entre las brumas. Dio un paso adelante, pero Sazed colocó una mano sobre su hombro, reteniéndola. Una dama no se internaría en las brumas.

Recurrió al cobre y el estaño, pero esperó: la perturbación se acercaba. Un guardia salió de la bruma tirando de una forma pequeña que se debatía: un niño skaa con la ropa sucia y la cara manchada de hollín. El soldado hizo ante Vin una amplia reverencia, pidiéndole disculpas mientras se acercaba a uno de los capitanes de la guardia. Vin quemó estaño para oír lo que decían.

—Un pinche de las cocinas —dijo el soldado—. Trató de pedir limosna a uno de los nobles que iba en un carruaje cuando se ha detenido a esperar a que abrieran las verjas.

El capitán se limitó a asentir con la cabeza. El soldado se llevó a su cautivo entre las brumas camino del lejano patio. El niño se debatía y el soldado gruñó, molesto, agarrándolo con fuerza. Vin lo vio marchar mientras Sazed mantenía la mano sobre su hombro, como intentando retenerla. Naturalmente, no podía ayudar al niño. No debería haber...

En la bruma, más allá de la vista de la gente corriente, el soldado

sacó una daga y le cortó la garganta al pequeño. Vin dio un respingo, anonadada, mientras los sonidos de la resistencia del niño se apagaban. El guardia dejó caer el cuerpo, luego lo agarró por una pierna y empezó a arrastrarlo.

Vin se quedó allí de pie, conmocionada, mientras llegaba su carruaje.

—Señora —la instó Sazed, pero ella no reaccionó.

Lo han matado, pensó. Aquí mismo, a unos pocos pasos de donde los nobles esperan sus carruajes. Como si... la muerte no fuera nada extraordinario. Solo otro skaa sacrificado. Como un animal.

O menos que un animal. Nadie mataría un cerdo en el patio de una fortaleza. La postura del guardia mientras llevaba a cabo el asesinato indicaba que estaba demasiado molesto por la resistencia del niño para esperar a estar en un sitio más adecuado. Si otros nobles habían advertido lo sucedido no prestaron atención y continuaron charlando mientras esperaban. De hecho, parecían charlar un poco más ahora que los gritos habían cesado.

—Señora —repitió Sazed, empujándola hacia delante.

Ella permitió que la llevara hasta el carruaje, su mente todavía distraída. El contraste le parecía imposible. La agradable nobleza, bailando, dentro de una habitación que resplandecía con luces y vestidos. Muerte en el patio. ¿No les importaba? ¿No sabían?

Esto es el Imperio Final, Vin, se dijo mientras el carruaje se ponía en marcha. No olvides la ceniza porque veas un poco de seda. Si esa gente de ahí dentro supiera que eres una skaa, te habrían matado con la misma facilidad que a ese pobre niño.

Fue un pensamiento amargo que la mantuvo absorta durante todo

el viaje de regreso a Fellise.

Kwaan y yo nos conocimos por casualidad... aunque supongo que él diría que fue la «providencia».

He conocido a muchos otros filósofos desde aquel día. Son, cada uno de ellos, hombres de gran sabiduría y sorprendente sagacidad. Hombres de una importancia casi palpable.

No es así Kwaan. En cierto modo, era tan improbable que fuese profeta como yo héroe. Nunca tuvo un aire de sabiduría ceremoniosa; tampoco era un erudito religioso. La primera vez que nos vimos, estaba investigando uno de sus ridículos intereses en la gran biblioteca de Khlenni; creo que trataba de determinar si los árboles pueden pensar o no.

Que fuera quien finalmente descubrió al gran Héroe de la profecía de Terris es un asunto que me habría dado risa si los hechos hubieran sucedido de manera algo distinta.



Kelsier percibió a otro alomántico latiendo entre las brumas. Las vibraciones lo sacudieron como olas rítmicas que besaran una orilla tranquila. Eran débiles, pero inconfundibles.

Se agazapó sobre el muro bajo de un jardín escuchando las vibraciones. La bruma blanca continuaba su normal y plácido revoloteo, indiferente, pero la que estaba más cerca de su cuerpo se enroscaba en la corriente alomántica normal alrededor de sus miembros.

Kelsier escrutó la noche, avivando estaño y buscando al otro alomántico. Le pareció ver a una figura agazapada sobre un muro distante, pero no podía estar seguro. Sin embargo, reconocía las

vibraciones alománticas. Cada metal, cuando ardía, emitía una señal clara, reconocible para aquellos experimentados con el bronce. El hombre lejano quemó estaño, como hicieron los otros cuatro que Kelsier había sentido ocultos alrededor del Torreón de Tekiel. Los cinco ojos de estaño formaban un círculo vigilando la noche en busca de intrusos.

Kelsier sonrió. Las Grandes Casas se estaban poniendo nerviosas. Mantener a cinco ojos de estaño de guardia no sería tan complicado para una casa como Tekiel, pero a los alománticos de los nobles no les haría ninguna gracia verse obligados a actuar como simples guardias. Y si había cinco ojos de estaño a la vez, era muy probable que varios violentos, lanzamonedas y atraedores estuvieran también de servicio. Luthadel se hallaba en silencioso estado de alerta.

De hecho, las Grandes Casas estaban tan inquietas que Kelsier tenía problemas para encontrar huecos en sus defensas. Era un solo hombre y aunque fuese un nacido de la bruma tenía sus límites. Su éxito hasta el momento había que atribuirlo al factor sorpresa. Sin embargo, con cinco ojos de estaño de guardia, Kelsier no podría acercarse mucho al torreón sin correr un serio riesgo de ser sorprendido.

Por fortuna, Kelsier no necesitaba poner a prueba las defensas de Tekiel esa noche. Se arrastró por la muralla hasta los terrenos exteriores. Se detuvo junto al pozo del jardín y (quemando bronce para asegurarse de que no había alománticos cerca) se acercó a unos arbustos para recoger un gran saco. Era tan pesado que tuvo que quemar peltre para echárselo al hombro. Se detuvo un

momento en la noche, tratando de escuchar sonidos en la bruma, y luego cargó con el saco hasta el torreón.

Se detuvo junto a un gran porche encalado próximo a un pequeño estanque. Allí, descargó el saco y dejó caer al suelo su contenido, un cadáver reciente.

El cuerpo, de un tal lord Charrs Entrone, rodó hasta detenerse boca abajo, con las heridas de dagas gemelas brillando en su espalda. Kelsier había emboscado al hombre medio borracho en la calle de un barrio skaa y había librado al mundo de otro noble. Lord Entrone, en particular, no sería añorado: era famoso por su retorcido sentido del placer. Las peleas de skaa, por ejemplo, eran una de sus diversiones favoritas. Dedicado a ellas había ido a pasar la noche.

Entrone, y no por coincidencia, era un importante aliado político de la Casa Tekiel. Kelsier dejó el cadáver tendido en un charco de su propia sangre. Los jardineros lo encontrarían y, cuando los criados se enteraran de la muerte, la obstinación de los nobles no podría mantenerla en secreto. El asesinato provocaría un clamor y la culpa sería achacada a la Casa Izenry, rival de la Casa Tekiel. Sin embargo, la muerte inesperada y sospechosa de Entrone haría recelar a la Casa Tekiel. Si empezaban a hacer indagaciones, descubrirían que quien había apostado contra Entrone la noche de la pelea de skaa había sido Crews Geffenry, un hombre cuya casa había solicitado a los Tekiel una alianza más fuerte. Crews era un nacido de la bruma reputado y un experto con los cuchillos.

Y así comenzaría la intriga. ¿El asesinato era responsabilidad de la Casa Izenry o tal vez un intento de la Casa Geffenry para alarmar aún más a Tekiel y animarlo a buscar alianzas con la baja nobleza?

¿O había una tercera casa que quería reforzar la rivalidad entre Tekiel e Izenry?

Kelsier saltó del muro del jardín rascándose la barba falsa que llevaba. En realidad no importaba a quién decidiera echar la culpa la Casa Tekiel; el verdadero propósito de Kelsier era hacerlos dudar y preocuparse, recelar y malinterpretar sus actos. El caos era su mejor aliado para alentar una guerra entre casas. Cuando esa guerra estallara por fin, cada noble muerto sería una persona menos a quien los skaa tendrían que enfrentarse en su rebelión.

En cuanto Kelsier se encontró a cierta distancia del Torreón de Tekiel, lanzó una moneda y se subió a los tejados. De vez en cuando, se preguntaba qué pensaba la gente de las casas por las que pasaba al oír pasos en sus tejados. ¿Sabían que los nacidos de la bruma convertían sus viviendas en una conveniente carretera, un lugar por donde moverse sin ser molestados por guardias o ladrones? ¿O atribuían los golpes a los siempre aterradores espectros?

No deben de darse ni cuenta. Las personas cuerdas ya duermen cuando salen las brumas. Aterrizó en un tejado a dos aguas, recuperó su reloj de bolsillo del hueco donde lo había dejado, comprobó la hora y luego lo guardó de nuevo, junto con el peligroso metal del que estaba hecho. Muchos nobles llevaban metal de manera ostentosa, una bravata estúpida. Habían heredado la costumbre directamente del lord Legislador. A Kelsier, sin embargo, no le gustaba llevar encima ningún metal (reloj, anillo o brazalete) innecesario.

Se lanzó de nuevo al aire, dirigiéndose hacia los Laberintos de Hollín, un barrio skaa situado al norte de la ciudad. Luthadel era

enorme y se extendía en todas direcciones; cada pocas décadas se añadían nuevos barrios y la muralla de la ciudad se ampliaba con el sudor y el esfuerzo de la mano de obra skaa. Con la llegada de la moderna era de los canales, la piedra se había vuelto relativamente barata y fácil de trasladar.

Me pregunto por qué se preocupa por la muralla, pensó Kelsier, moviéndose por los tejados en paralelo a la enorme estructura. ¿Quién va a atacar? El lord Legislador lo controla todo. Ni siquiera las islas occidentales resisten ya.

Hacía siglos que no había una verdadera guerra en el Imperio Final. La «rebelión» ocasional consistía en unos cuantos miles de hombres ocultos en montañas o cuevas que realizaban ataques esporádicos. Ni siquiera la rebelión de Yeden se basaba mucho en la fuerza: contaban con que el caos de una guerra entre casas, mezclado con la confusión estratégica de la Guarnición de Luthadel les diera una oportunidad. En una campaña extensa, Kelsier perdería. El lord Legislador y el Ministerio de Acero podían reunir literalmente a millones de soldados si era necesario.

Naturalmente, tenía otro plan. Kelsier no hablaba de él y apenas se atrevía a considerarlo. Tal vez no hubiera ocasión de llevarlo a cabo. Pero si se daba...

Saltó al suelo en los Laberintos de Hollín, luego se arrebujó en su capa y caminó por la calle con paso confiado. Su contacto estaba sentado a la puerta de un taller cerrado, fumando tranquilamente una pipa. Kelsier alzó una ceja: el tabaco era un lujo caro. O bien Hoid era un manirroto, o bien tenía tanto éxito como había dado a entender Dockson.

Hoid apartó la pipa y se puso en pie... aunque eso no lo convirtió

en mucho más alto. Delgado y calvo, ensayó una profunda reverencia.

—Saludos, mi señor.

Kelsier se paró ante el hombre, los brazos ocultos bajo la capa de bruma. No le interesaba que un informador callejero se diera cuenta de que el «noble» desconocido con el que se reunía tenía en los brazos las cicatrices de Hathsin.

—Vienes bien recomendado —dijo Kelsier, imitando el acento despectivo de un noble.

—Soy uno de los mejores, mi señor.

Todo el que es capaz de sobrevivir tanto como tú debe de ser bueno, pensó Kelsier. A los lores no les gustaba la idea de que otros hombres conocieran sus secretos. Los informadores no solían vivir mucho.

—Necesito saber algo, informador —prosiguió Kelsier—. Pero primero debes jurar que nunca le hablarás a nadie de este encuentro.

—Por supuesto, mi señor —dijo Hoid. Lo más probable era que terminase faltando a su palabra antes de que la noche tocase a su fin: otro motivo por el que los informadores no solían vivir mucho—. Está, sin embargo, el asunto del pago...

—Tendrás tu dinero, skaa —replicó Kelsier.

—Por supuesto, mi señor —dijo Hoid, agachando rápidamente la cabeza—. Pediste información sobre la Casa Renoux, creo...

—Sí. ¿Qué se sabe? ¿Con qué casas está aliada? Debo saber esas cosas.

—En realidad no hay mucho que saber, mi señor. Lord Renoux es nuevo en la zona, y es un hombre cuidadoso. No tiene ni aliados ni

enemigos por el momento... Está comprando gran número de armas y armaduras, aunque quizá lo haga para una amplia gama de casas y mercaderes, a fin de congraciarse con todos. Una sabia táctica. Tendrá, tal vez, un exceso de mercancía, pero también un exceso de amigos, ¿no?

Kelsier bufó.

—No veo por qué debería pagarte por eso.

—Tendrá demasiada mercancía, mi señor —dijo Hoid rápidamente—. Podrías sacar un buen beneficio de saber que Renoux consigna con pérdidas.

—No soy ningún mercader, skaa —dijo Kelsier—. ¡No me importan los beneficios ni las consignaciones!

Dejemos que se lo trague. Ahora piensa que pertenezco a una Gran Casa... Naturalmente, si no lo ha sospechado ya por la capa, entonces no se merece la reputación que tiene.

—Por supuesto, mi señor —se apresuró a decir Hoid—. Hay más, claro...

Ah, ahora lo veremos. ¿Se sabe en la calle que la Casa Renoux está relacionada con los rumores de rebelión? Si alguien había descubierto ese secreto, entonces el grupo de Kelsier corría un serio peligro.

Hoid tosió con suavidad, tendiendo la mano.

—¡Hombre insufrible! —gruñó Kelsier lanzando una bolsa de monedas a los pies de Hoid.

—Sí, mi señor —dijo Hoid, cayendo de rodillas y rebuscando con la mano—. Pido disculpas, mi señor. Mi vista es débil. Apenas puedo ver mis propios dedos delante de la cara.

Astuto, pensó Kelsier mientras Hoid encontraba la bolsa y la

guardaba. El comentario sobre su agudeza visual era, naturalmente, mentira: nadie llegaba muy lejos en los bajos fondos con semejante impedimento. Sin embargo, un noble que creyera que su informador era medio ciego temería menos ser identificado. No es que a Kelsier le preocupara: llevaba uno de los mejores disfraces de Dockson. Además de la barba, llevaba una nariz falsa pero realista, plataformas en los zapatos y maquillaje para aclararse la tez.

—¿Has dicho que había más? Te lo juro, skaa, si no merece la pena...

—La merece —dijo Hoid rápidamente—. Lord Renoux está considerando una unión entre su sobrina, lady Valette, y lord Elend Venture.

Kelsier se quedó parado. *No me esperaba esto...*

—Eso es una tontería. Venture está *muy* por encima de Renoux.

—Se vio a los dos jóvenes hablando, y largamente, en el baile de los Venture hace un mes.

Kelsier se rio, despectivo.

—Eso lo sabe todo el mundo. No significó nada.

—¿No? —preguntó Hoid—. ¿Sabe todo el mundo que lord Elend Venture habló muy bien de la muchacha a sus amigos, un grupo de nobles filósofos que frecuentan la Pluma Rota?

—Los jóvenes hablan de mujeres —dijo Kelsier—. No significa nada. Devuélveme esas monedas.

—¡Espera! —dijo Hoid, aprensivo por primera vez—. Hay más. Lord Renoux y lord Venture han tenido tratos secretos.

¿Qué?

—Es cierto —continuó Hoid—. Es una noticia fresca... Yo mismo la he oído hace apenas una hora. Hay una relación entre Renoux y

Venture. Y, por algún motivo, lord Renoux ha podido conseguir que asignaran a Elend Venture para que vigilara a lady Valette en los bailes —bajó la voz—. Incluso se susurra que lord Renoux ejerce algún tipo de... presión sobre la Casa Venture.

¿Qué sucedió anoche en el baile?, pensó Kelsier. Sin embargo, en voz alta, dijo:

—Todo eso parece muy poca cosa, skaa. ¿No tienes nada más que tontas especulaciones?

—No sobre la Casa Renoux, mi señor —dijo Hoid—. ¡Lo intenté, pero tu interés por esa casa carece de sentido! Deberías buscar una casa más centrada en la política. Como, por ejemplo, la Casa Elariel...

Kelsier frunció el ceño. Al mencionar a Elariel, Hoid estaba dando a entender que tenía información importante que valdría el pago de Kelsier. Parecía que los secretos de la Casa Renoux estaban a salvo. Era el momento de pasar a hablar de otras casas, para que Hoid no recelara del interés de Kelsier en Renoux.

—Muy bien —dijo Kelsier—. Pero si esto no merece mi tiempo...

—Lo merece, mi señor. Lady Shan Elariel es una aplacadora.

—¿Pruebas?

—La sentí tocar mis emociones, mi señor —dijo Hoid—. Durante un incendio en el Torreón de Elariel hace una semana, ella estuvo allí calmando las emociones de los criados.

Kelsier había provocado ese incendio. Por desgracia, no se había extendido más allá de las casetas de los guardias.

—¿Qué más?

—La Casa Elariel le ha dado recientemente permiso para usar sus poderes en actos de la corte —dijo Hoid—. Temen una guerra entre

casas y desean que establezca todas las alianzas posibles. Siempre lleva un sobrecito de recortes de latón en el guante derecho. Que un buscador se acerque a ella en un baile y ya verás. ¡Mi señor, no miento! Mi vida como informador depende únicamente de mi reputación. Shan Elardiel es una aplacadora.

Kelsier calló, como si reflexionara. La información le resultaba inútil, pero su verdadero propósito (averiguar cosas sobre la Casa Renoux) ya había sido satisfecho. Hoid se había ganado sus monedas, se diera cuenta o no.

Kelsier sonrió. *Ahora a sembrar un poco más de caos.*

—¿Qué hay de la relación encubierta de Shan con Salmen Tekiel?
—preguntó, escogiendo al azar el nombre de un joven noble—. ¿Crees que usó sus poderes para ganar su favor?

—Bueno, mi señor —se apresuró a responder Hoid—, sin duda.

Kelsier pudo ver el brillo de excitación en sus ojos: creía que Kelsier le había dado un jugoso bocado de chismorreó político gratis.

—Tal vez fue ella quien garantizó a Elardiel el trato con la Casa Hasting la semana pasada —murmuró Kelsier. No había habido semejante trato.

—Lo más probable, mi señor.

—Muy bien, skaa. Te has ganado tus monedas. Tal vez te llame en otra ocasión.

—Gracias, mi señor —dijo Hoid, haciendo una profunda reverencia.

Kelsier dejó caer una moneda y se lanzó al aire. Mientras aterrizaba en un tejado vio a Hoid abalanzarse para recogerla del suelo. No tuvo ningún problema para localizarla, a pesar de su

«vista débil». Kelsier sonrió, luego continuó su camino. Hoid no había mencionado la tardanza de Kelsier, pero el protagonista de su siguiente cita no sería tan comprensivo.

Se dirigió al este, hacia la plaza Ahlstrom. Se quitó la capa mientras avanzaba, luego se despojó del chaleco revelando la ajada camisa que ocultaba. Saltó a un callejón, donde dejó la capa y el chaleco, y luego recogió de la esquina dos puñados de ceniza. Frotó los copos oscuros y crujientes sobre sus brazos, enmascarando sus cicatrices, y luego los roció por su cara y su falsa barba.

El hombre que salió del callejón segundos más tarde era muy distinto del noble que se había reunido con Hoid. La barba, antes limpia, era ahora una maraña a la que le faltaban unos cuantos mechones, lo que le daba un aspecto enfermizo. Kelsier avanzó a trompicones, fingiendo ser cojo de una pierna, y llamó a una figura en sombras que esperaba cerca de la silenciosa fuente de la plaza.

—¿Mi señor? —preguntó Kelsier con voz rasposa—. Mi señor, ¿eres tú?

Lord Straff Venture, jefe de la Casa Venture, era un hombre imponente, incluso entre los nobles. Kelsier distinguió a un par de guardias a su lado; el lord no parecía impresionado en lo más mínimo por las brumas: era bien sabido que era un ojo de estaño. Venture avanzó con firmeza, golpeando el suelo con el bastón de duelo.

—¡Llegas tarde, skaa! —exclamó.

—Mi señor, yo... yo... ¡estaba esperando en el callejón, mi señor, como acordamos!

—¡No acordamos nada de eso!

—Lo siento, mi señor —repitió Kelsier, haciendo una reverencia y

tropezando a causa de su pierna «coja»—. Lo siento, lo siento. Estaba en el callejón. No pretendía haceros esperar.

—¿No podías vernos, hombre?

—Lo siento, mi señor. Mi vista... no es muy buena, ya sabes. Apenas puedo ver mis propias manos delante de mi cara. —*Gracias por el apunte, Hoid.*

Venture bufó, tendió su bastón a un guardia y abofeteó a Kelsier con fuerza.

Kelsier cayó tambaleándose al suelo, sujetándose la mejilla.

—Lo siento, mi señor —murmuró de nuevo.

—La próxima vez que me hagas esperar, será el bastón —dijo Venture, cortante.

Bueno, ya sé adónde iré la próxima vez que necesite un cadáver que dejar en el jardín de alguien, pensó Kelsier, poniéndose en pie, tambaleante.

—Ahora, vayamos al grano. ¿Cuál es esa noticia importante que prometiste darme?

—Tiene que ver con la Casa Erikell, mi señor —dijo Kelsier—. Sé que Su Alteza ha tenido tratos con ellos en el pasado.

—¿Y?

—Bueno, mi señor, te están estafando descaradamente. ¡Han estado vendiendo sus espadas y bastones a la Casa Tekiel por la mitad del precio que tú has estado pagando!

—¿Tienes pruebas?

—Solo hay que mirar al nuevo armamento de Tekiel, mi señor. Mi palabra es sincera. ¡No tengo nada más que mi reputación! Si no tengo eso, no tengo mi vida.

Y no mentía. O, al menos, no del todo. Sería inútil que Kelsier

difundiera información que Venture no pudiera corroborar o descartar con facilidad. Parte de lo que decía era cierto: Tekiel le estaba dando una ligera ventaja a Erikell. Kelsier la estaba exagerando, naturalmente. Si jugaba bien sus cartas, propiciaría la ruptura entre Erikell y Venture, y al mismo tiempo lograría que Venture se sintiera celoso de Tekiel. Y, si Venture acudía a Renoux en busca de armas en vez de a Erikell... Bueno, eso sería un beneficio colateral.

Straff Venture hizo una mueca. Su casa era poderosa, increíblemente poderosa, y no dependía de ninguna industria o empresa específica para mantener sus riquezas. Era muy difícil conseguir una posición semejante en el Imperio Final, considerando los impuestos del lord Legislador y el coste del atium. Por eso Venture era también una poderosa herramienta para Kelsier. Si podía ofrecerle a aquel hombre la mezcla adecuada de verdad y ficción...

—Eso me sirve de poco —dijo Venture de pronto—. Veamos cuánto sabes realmente, informador. Háblame del Superviviente de Hathsin.

Kelsier se quedó de una pieza.

—¿Disculpa, mi señor?

—¿Quieres cobrar? —preguntó Venture—. Bien, háblame del Superviviente. Según los rumores ha vuelto a Luthadel.

—Solo son rumores, mi señor —dijo Kelsier rápidamente—. Nunca he visto a ese Superviviente, pero dudo que esté en Luthadel... si es que vive siquiera.

—He oído decir que está planeando una rebelión skaa.

—Siempre hay necios susurrando que va a haber una rebelión

skaa, mi señor —dijo Kelsier—. Y siempre hay quienes intentan usar el nombre del Superviviente, pero no creo que ningún hombre pueda haber sobrevivido a los Pozos. Podría indagar al respecto, si lo deseas, pero me temo que te decepcionará lo que encuentre. El Superviviente está muerto: el lord Legislador no permite ese tipo de errores.

—Cierto —reflexionó Venture—. Pero los skaa parecen convencidos con los rumores referidos a un Undécimo metal. ¿Has oído algo de eso, informador?

—Ah, sí —dijo Kelsier, disimulando la sorpresa—. Una leyenda, mi señor.

—Una leyenda de la que yo nunca había oído nada —dijo Venture—. Y presto *mucha* atención a esas cosas. No hay tal «leyenda». Alguien muy listo está manipulando a los skaa.

—Ah... interesante conclusión, mi señor.

—En efecto —dijo Venture—. Y, suponiendo que el Superviviente muriera en los Pozos, y si alguien se hubiera apoderado de su cadáver... sus huesos... siempre hay maneras de imitar el aspecto de un hombre. ¿Sabes de lo que hablo?

—Sí, mi señor.

—Investiga eso —dijo Venture—. No me importan tus chismorreos: tráeme algo sobre ese hombre, o lo que sea, que dirige a los skaa. *Entonces* recibirás algunas monedas más.

Venture se volvió en la oscuridad, hizo un gesto a sus hombres y dejó atrás a un pensativo Kelsier.

Kelsier llegó a la Mansión Renoux poco después; el camino de

clavos entre Fellise y Luthadel permitía viajar rápidamente entre ambas ciudades. Él no había colocado esos clavos, ni sabía quién lo había hecho. A menudo se preguntaba qué haría si, mientras viajaba por el camino de clavos se encontraba con otro nacido de la bruma que viajara en dirección contraria.

Lo más probable es que nos ignorásemos el uno al otro, pensó Kelsier mientras aterrizaba en el patio de la Mansión Renoux. *En eso somos bastante buenos.*

Vislumbró a través de la bruma la mansión iluminada por linternas mientras su capa recuperada se agitaba suavemente con el viento. El carruaje vacío indicaba que Vin y Sazed habían regresado de la Casa Elariel. Kelsier los encontró dentro, esperándolo en un salón y hablando tranquilamente con lord Renoux.

—Veo que tienes otro aspecto —comentó Vin mientras Kelsier entraba en la habitación. Todavía llevaba su hermoso vestido rojo, aunque estaba sentada en una postura muy poco adecuada para una dama, con las piernas dobladas en el asiento.

Kelsier sonrió para sí. *Hace unas cuantas semanas se habría quitado ese vestido nada más regresar. Acabaremos por convertirla en una dama.* Tomó asiento y se mesó la falsa barba manchada de hollín.

—¿Te refieres a esto? He oído decir que la barba va a volver a ponerse de moda. Intento mantenerme al día.

Vin hizo una mueca.

—Al día en la moda de los mendigos, tal vez.

—¿Cómo te ha ido la noche, Kelsier? —preguntó lord Renoux.

Kelsier se encogió de hombros.

—Como la mayoría de las noches. Por fortuna, parece que la

Casa Renoux sigue libre de sospechas... aunque yo me he convertido en una preocupación para algunos nobles.

—¿Tú? —preguntó Renoux.

Kelsier asintió mientras un criado le traía un paño húmedo y caliente para limpiarse la cara y los brazos... aunque Kelsier no estaba seguro de si los criados se preocupaban de su comodidad o de que la ceniza manchara los muebles. Se limpió los brazos, revelando las blancas cicatrices, y luego empezó a quitarse la barba.

—Parece que los skaa se han enterado de lo del Undécimo metal —continuó—. Algunos nobles han oído los rumores crecientes y los más inteligentes empiezan a preocuparse.

—¿Cómo nos afecta esto? —preguntó Renoux.

Kelsier se encogió de hombros.

—Difundiremos rumores contrarios para hacer que los nobles se concentren más en sí mismos y menos en mí. Aunque lo más divertido es que lord Venture me animó a buscar información sobre mí mismo. Un hombre podría confundirse con este tipo de juego escénico... No sé tú, Renoux.

—Soy quien soy —dijo el kandra, sucinto.

Kelsier volvió a encogerse de hombros y se volvió hacia Vin y Sazed.

—¿Cómo os ha ido la noche?

—Frustrante —dijo Vin con acritud.

—La señora Vin está un poco molesta —dijo Sazed—. Cuando volvíamos de Luthadel, me contó los secretos que había recopilado mientras bailaba.

Kelsier se echó a reír.

—¿Poca cosa de interés?

—¡Sazed ya lo sabía todo! —exclamó Vin—. ¡Me he pasado horas dando vueltas y parloteando con esos hombres, y todo para nada!

—Para nada no, Vin —dijo Kelsier, quitándose los restos de la barba falsa—. Has hecho algunos contactos, te han visto y has puesto en práctica tus chismorreos. En cuanto a la información... Bueno, nadie va a decirte nada importante todavía. Dales un poco de tiempo.

—¿Cuánto?

—Ahora que te encuentras mejor, podrás asistir a los bailes con mayor regularidad. Dentro de unos cuantos meses deberías haber establecido suficientes contactos para empezar a buscar la información que necesitamos.

Vin asintió, suspirando. Sin embargo, no parecía tan reacia como antes a la idea de asistir regularmente a bailes.

Sazed se aclaró la garganta.

—Maese Kelsier, creo que tengo que mencionar algo. En nuestra mesa estuvo sentado lord Elend Venture casi toda la noche, aunque la señora Vin encontró un modo de hacer que sus atenciones fueran menos amenazadoras para la corte.

—Sí, eso tengo entendido —respondió Kelsier—. ¿Qué le dijiste a esa gente, Vin? ¿Que Renoux y Venture son amigos?

Vin palideció ligeramente.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy misteriosamente poderoso —dijo Kelsier con un gesto de indiferencia—. De cualquier manera, todo el mundo piensa que la Casa Renoux y la Casa Venture han hecho acuerdos comerciales

secretos. Deben de suponer que Venture ha estado acumulando armas.

Vin frunció el ceño.

—No pretendía llegar tan lejos...

Kelsier asintió, mientras se quitaba el pegamento de la barbilla.

—Así es la corte, Vin. Las cosas pueden escurrirse pronto de las manos. Sin embargo, no es un gran problema... aunque vas a tener que ser muy cuidadoso cuando trates con la Casa Venture, lord Renoux. Habrá que ver qué tipo de reacción provocan los comentarios de Vin.

Lord Renoux asintió.

—De acuerdo.

Kelsier bostezó.

—Ahora, si no hay nada más, hacer de noble y de mendigo en una misma noche me ha dejado agotado...

—Hay una cosa más, maese Kelsier —dijo Sazed—. Al final de la velada, la señora Vin vio a lord Elend salir del baile con dos jóvenes lores de las Casas Lecal y Hasting.

Kelsier se detuvo y frunció el ceño.

—Una extraña combinación.

—Eso pensé yo —dijo Sazed.

—Quizás intente incordiar a su padre —murmuró Kelsier—. Confraternizar con el enemigo en público...

—Tal vez. Pero los tres parecían buenos amigos.

Kelsier asintió. Se puso en pie.

—Investiga eso, Sazed. Cabe la posibilidad de que lord Venture y su hijo estén jugando con todos nosotros.

—Sí, maese Kelsier.

Kelsier salió de la habitación, se desperezó y entregó su capa de bruma a un criado. Mientras subía la escalera este oyó rápidos pasos. Se volvió para descubrir que Vin lo seguía, el deslumbrante vestido rojo recogido para no tropezar en los escalones.

—Kelsier —dijo en voz baja—. Hay algo más. Algo que me gustaría contarte.

Kelsier alzó una ceja. *¿Algo que no quiere que ni siquiera Sazed oiga?*

—A mi habitación —dijo, y ella lo siguió hasta la cámara—. ¿De qué se trata? —preguntó mientras cerraba la puerta tras ella.

—Lord Elend —dijo Vin, bajando la cabeza, como cohibida—. Sazed no lo aprecia, así que no quería mencionar esto delante de los demás. Pero he encontrado algo extraño esta noche.

—¿Qué? —preguntó Kelsier con curiosidad, apoyado en su escritorio.

—Elend llevaba un puñado de libros.

Nombre de pila, pensó Kelsier con desaprobación. *Se está enamorando del muchacho.*

—Es sabido que lee mucho —continuó Vin—, pero alguno de esos libros... bueno, cuando se fue, les eché un vistazo.

Buena chica. Las calles te dieron al menos un puñado de buenos instintos.

—Uno de ellos llamó mi atención. Por el título iba de algo sobre el clima, pero las palabras del interior hablaban del Imperio Final y sus defectos.

Kelsier alzó una ceja.

—¿Qué decía exactamente?

Vin se encogió de hombros.

—Algo así como que puesto que el lord Legislador es inmortal su imperio debería ser más avanzado y pacífico.

Kelsier sonrió.

—*El libro del Falso Amanecer*... cualquier guardador podría citártelo entero. No creo que quede ningún ejemplar físico. Su autor, Deluse Couvre, escribió algunos otros libros aún más condenatorios. Aunque no blasfemó contra la alomancia, los obligadores hicieron una excepción en su caso y lo colgaron de un gancho de todas formas.

—Bueno —dijo Vin—. Elend tiene un ejemplar. Creo que una de las nobles intentaba encontrar el libro. Vi a uno de sus servidores rebuscar entre ellos.

—¿Qué noble?

—Shan Elariel.

Kelsier asintió.

—Su exprometida. Debe de estar buscando algo con lo que chantajear al muchacho.

—Creo que es alomántica, Kelsier.

Kelsier asintió, distraído, mientras reflexionaba sobre la información.

—Es una aplacadora. Quizás haya tenido una buena idea con esos libros: si el heredero Venture está leyendo un título como *Falso Amanecer*, por no mencionar que es lo suficientemente idiota como para llevarlo encima...

—¿Tan peligroso es?

Kelsier se encogió de hombros.

—Moderadamente. Es un libro antiguo y no alienta a la rebelión, así que podría pasar.

Kelsier frunció el ceño.

—El libro parecía bastante crítico con el lord Legislador. ¿Permite que la nobleza lea esas cosas?

—En realidad no les «permite» nada. Más bien, a veces ignora lo que hacen. Los libros prohibidos son un asunto peliagudo, Vin: cuanto más alboroto cree el Ministerio con un texto, más atención llamará y más gente se sentirá tentada de leerlo. *Falso amanecer* es un libro intenso y, al no prohibirlo, el Ministerio lo condenó al anonimato.

Vin asintió lentamente.

—Además, el lord Legislador es mucho más permisivo con la nobleza que con los skaa. Los considera hijos de sus amigos y aliados muertos; los hombres que supuestamente lo ayudaron a derrotar la Profundidad. Ocasionalmente les permite salirse con la suya en asuntos como leer textos comprometidos o asesinar a familiares.

—Entonces... ¿el libro no es motivo de preocupación? —preguntó Vin.

Kelsier se encogió de hombros.

—Tampoco diría eso. Si el joven Elend tiene *Falso Amanecer*, puede que también tenga otros libros prohibidos. Si los obligadores tuvieran pruebas de ello, entregarían al joven Elend a los inquisidores... sea noble o no. La cuestión es: ¿cómo nos aseguramos de que eso suceda? Si el heredero Venture fuera ejecutado, la confusión política de Luthadel aumentaría.

Vin palideció visiblemente.

Ah, pensó Kelsier con un suspiro interno. *Decididamente, se está enamorando de él. Tendría que haberlo previsto. ¿Enviar a una*

chica joven y bonita entre los nobles? Un buitre u otro tenía que lanzarse sobre ella.

—¡No te lo he dicho para que lo hagamos matar, Kelsier! —dijo ella—. Me había parecido que tal vez... bueno, está leyendo libros prohibidos y parece un buen hombre. Tal vez podríamos usarlo como aliado o algo.

Ay, chiquilla, pensó Kelsier. Espero que no te haga demasiado daño cuando se harte de ti. Tendrías que ser más lista.

—No cuentes con ello —dijo en voz alta—. Puede que lord Elend estuviera leyendo un libro prohibido, pero eso no lo convierte en nuestro amigo. Siempre ha habido nobles como él: jóvenes filósofos y soñadores que creen que sus ideas son nuevas. Les gusta beber con sus amigos y criticar al lord Legislador; pero, en el fondo de sus corazones, siguen siendo nobles. Nunca se enfrentarán al sistema.

—Pero...

—No, Vin. Tienes que fiarte de mí. A Elend Venture no le importamos nosotros ni los skaa. Es un caballero anarquista porque está de moda y es excitante.

—Me habló de los skaa —dijo Vin—. Quiso saber si eran inteligentes y si actuaban como personas de verdad.

—¿Y su interés era compasivo o intelectual?

Ella no contestó.

—¿Lo ves? Vin, ese hombre no es nuestro aliado... De hecho, recuerdo haberte dicho claramente que te mantuvieras apartada de él. Cuando pasas el tiempo con Elend Venture pones la operación, y a tus compañeros de grupo, en peligro. ¿Comprendido?

Vin bajó la cabeza, asintiendo.

Kelsier suspiró. *¿Por qué sospecho que mantenerse apartada de*

él es lo último que pretende hacer? Demonios... no tengo tiempo para ocuparme de esto ahora.

—Duerme un poco —dijo Kelsier—. Ya hablaremos de esto más adelante.

No es una sombra.

Esta cosa oscura que me sigue, la cosa que solo yo puedo ver.... no es realmente una sombra. Es negruzca y transparente, pero no tiene el contorno sólido de una sombra. Es insustancial, retorcida e informe. Digamos que está hecha de niebla negra.

O de bruma, tal vez.

20



Vin empezaba a cansarse del paisaje entre Luthadel y Fellise. Había hecho el viaje al menos una docena de veces durante las últimas semanas, viendo las mismas colinas marrones, los árboles macilentos y la capa de matorrales y cañizos. Empezaba a sentirse capaz de distinguir cada bache del camino.

Asistía a numerosos bailes... Pero eso no era todo. Almuerzos, meriendas y otras formas de diversión diarias eran igual de populares. A menudo, Vin viajaba entre las ciudades dos o tres veces al día. Al parecer, las jóvenes nobles no tenían nada mejor que hacer que pasarse sentadas en sus carruajes seis horas diarias.

Vin suspiró. No muy lejos, un grupo de skaa trabajaba junto a un canal, tirando de una barcaza hacia Luthadel. Su propia vida podría haber sido mucho peor, pero, a pesar de todo, se sentía llena de frustración. Todavía era mediodía, pero no ocurriría nada importante hasta la tarde, así que no tenía otra cosa que hacer sino volver a Fellise. No dejaba de pensar que haría el viaje mucho más rápido si usara el camino de clavos. Anhelaba saltar de nuevo entre las

brumas, pero Kelsier se había mostrado reacio a continuar su entrenamiento. La dejaba salir un breve periodo de tiempo cada noche para mantener sus habilidades, pero no le permitía ningún salto extremo ni excitante. Solo los movimientos básicos, principalmente empujar y tirar de pequeños objetos dentro de los terrenos de la Mansión Renoux.

Empezaba a sentirse frustrada por su continua debilidad. Habían transcurrido más de tres meses desde su encuentro con el inquisidor; lo peor del invierno había pasado sin un copo de nieve. ¿Cuánto iba a tardar en recuperarse?

Al menos puedo seguir acudiendo a los bailes, pensó. A pesar de que le molestaba estar viajando constantemente, Vin empezaba a disfrutar de su misión. Fingir ser una noble era algo mucho más relajado que el trabajo normal de una ladrona. Ciertamente, su vida correría peligro si descubrían su secreto, pero de momento la nobleza parecía dispuesta a aceptarla, a bailar con ella, a cenar con ella, a charlar con ella. Era una buena vida, un poco carente de emoción, pero su regreso a la alomancia, tarde o temprano, le aportaría eso.

Dos cosas la incomodaban. La primera era su incapacidad para recopilar información útil: cada vez se molestaba más cuando ignoraban sus preguntas. Estaba adquiriendo la suficiente experiencia para darse cuenta de que había un buen montón de intrigas en marcha, pero ella era demasiado nueva para que le permitieran formar parte de aquello.

Sin embargo, aunque su posición de recién llegada era un inconveniente, Kelsier confiaba en que cambiaría. La segunda incomodidad de Vin tenía más difícil solución. Lord Elend Venture

había estado ausente de varios bailes durante las últimas semanas y todavía tenía que volver a pasar toda la velada con ella. Aunque Vin ya rara vez se sentaba sola, estaba empezando a comprender que ninguno de los otros nobles tenía la misma... profundidad que Elend. Ninguno de ellos tenía su chispeante ingenio, ni sus ojos sinceros y curiosos. Los demás no parecían *reales*. No como él.

No parecía que estuviera evitándola. Sin embargo, tampoco parecía que hiciese muchos esfuerzos por estar con ella.

¿Lo he interpretado mal?, se preguntó mientras el carruaje llegaba a Fellise. Elend era difícil de comprender en ocasiones. Por desgracia, su aparente indecisión no había cambiado el temperamento de su exprometida. Vin estaba empezando a comprender por qué Kelsier le había advertido que tratara de no llamar la atención de gente demasiado importante. Por suerte, no se encontraba muy a menudo con Shan Elariel, pero cuando lo hacía, Shan aprovechaba cualquier ocasión para despreciar, insultar y humillar a Vin. Lo hacía de manera tranquila y aristocrática, recordando incluso en su porte lo inferior que era Vin.

Tal vez me estoy identificando demasiado con mi papel de Valette, pensó Vin. Valette era solo una fachada: se suponía que era todas las cosas que decía Shan de ella. Sin embargo, los insultos seguían doliéndole.

Vin sacudió la cabeza, apartando de su mente tanto a Shan como a Elend. Había caído ceniza durante su viaje a la ciudad y, aunque la lluvia había cesado, su efecto se notaba en los pequeños remolinos y corrientes negras que revoloteaban por las calles. Los obreros skaa recogían el hollín en cubos y lo sacaban de la población. De vez en cuando tenían que apresurarse para apartarse

del carruaje de algún noble, que nunca se molestaba en frenar el paso por unos obreros.

Pobrecillos, pensó Vin al pasar ante un grupo de niños harapientos que sacudían álamos para que cayera la ceniza: no hubiese estado bien que a un noble se le cayera en la cabeza, al pasar, la carga de ceniza acumulada en la copa de un árbol. Los niños sacudían los árboles por parejas, haciendo caer copiosas precipitaciones negras sobre sus cabezas. Los capataces, bastón en ristre, caminaban de un lado a otro de la calle, asegurándose de que el trabajo continuaba.

Elend y los demás no pueden comprender lo dura que es la vida para los skaa, pensó ella. *Viven en sus bonitas mansiones, bailando, sin comprender de verdad el alcance de la opresión del lord Legislador.*

Podía ver belleza en la nobleza: no era como Kelsier, que la odiaba por completo. Algunos nobles eran bastante agradables, a su modo, y estaba empezando a pensar que algunas de las historias que los skaa contaban sobre su crueldad debían de ser exageraciones. Y, sin embargo, cuando veía hechos como la ejecución de aquel pobre niño o los chiquillos skaa, tenía que dudar. ¿Cómo podían no verlo los nobles? ¿Cómo podían no comprenderlo?

Suspiró y apartó la mirada mientras el carruaje llegaba por fin a la Mansión Renoux. Advirtió de inmediato la mucha gente reunida en el patio interior y tomó un frasquito nuevo de metales, preocupada porque el lord Legislador hubiera enviado soldados para arrestar a lord Renoux. Sin embargo, comprendió rápidamente que la multitud

no estaba compuesta por soldados, sino por skaa vestidos con su sencilla ropa de obrero.

El carruaje cruzó las puertas y la confusión de Vin aumentó. Había cajas y sacos apilados entre los skaa, muchos de los cuales estaban manchados de hollín de la reciente caída de ceniza. Los obreros trabajaban activamente cargando una serie de carros. El carruaje de Vin se detuvo delante de la mansión y ella no esperó a que Sazed abriera la puerta. Saltó del vehículo por su cuenta, sujetándose el vestido, y corrió hacia Kelsier y Renoux, que supervisaban la operación.

—¿Vais a enviar material a las cuevas *desde aquí*? —preguntó Vin entre dientes cuando alcanzó a los dos hombres.

—Hazme una reverencia, niña —dijo lord Renoux—. Mantén las apariencias mientras puedan vernos.

Vin hizo lo que le ordenaban, conteniendo su malestar.

—Pues claro que sí, Vin —contestó Kelsier—. Renoux tiene que hacer algo con todas las armas y suministros que ha estado reuniendo. La gente empezará a sospechar si no ve que las envía a alguna parte.

Renoux asintió.

—Aparentemente, vamos a enviar los suministros en barcaza por el canal hasta mis plantaciones del oeste. Sin embargo, las barcasas se detendrán para descargar los suministros y muchos de los hombres en las cuevas rebeldes. Las embarcaciones y unos cuantos hombres continuarán su camino para guardar las apariencias.

—Nuestros soldados ni siquiera saben que Renoux forma parte del plan —dijo Kelsier, sonriendo—. Creen que es un noble a quien

estoy timando. Además, esto será una gran oportunidad para que vayamos a inspeccionar el ejército. Después de una semana o así en las cuevas, podremos regresar a Luthadel en una de las barcas de Renoux que vuelva al este.

Vin se detuvo.

—¿«Podremos»? —preguntó, imaginando de repente semanas en la barca, contemplando el mismo paisaje aburrido día tras día mientras viajaban. Eso sería aún peor que viajar continuamente de Luthadel a Fellise.

Kelsier alzó una ceja.

—Pareces preocupada. Al parecer, alguien está empezando a disfrutar de sus bailes y fiestas.

Vin se ruborizó.

—Me ha parecido que debía asistir. Quiero decir, después de todo el tiempo que perdí cuando estaba enferma, yo...

Kelsier alzó una mano, riendo.

—Tú te quedas: Yeden y yo somos los que van a ir. Necesito pasar revista a las tropas y Yeden va a encargarse de echarle un vistazo al ejército para que Ham pueda volver a Luthadel. También llevaremos a mi hermano con nosotros y lo dejaremos en el punto de encuentro con los acólitos del Ministerio, en Vennias. Menos mal que has vuelto: quiero que pases algún tiempo con él antes de que nos marchemos.

Vin frunció el ceño.

—¿Con Marsh?

Kelsier asintió.

—Es un brumoso buscador. El bronce es uno de los metales menos útiles, sobre todo para un nacido de la bruma pleno, pero

Marsh dice que puede enseñarte unos cuantos trucos. Quizás esta sea tu última oportunidad de entrenarte con él.

Vin contempló la caravana.

—¿Dónde está?

Kelsier frunció el ceño.

—Llega tarde.

Cosa de familia, supongo.

—Estará aquí pronto, niña —dijo lord Renoux—. ¿Te gustaría tomar un refresco dentro?

He tomado refrescos de sobra últimamente, pensó ella, controlando su malestar. En vez de entrar en la mansión, deambuló por el patio, estudiando los artículos y los obreros, que cargaban los suministros en carros para transportarlos a los muelles de los canales locales. El terreno estaba bien cuidado y, aunque no habían limpiado la ceniza todavía, la hierba corta permitía que no tuviera que subirse el vestido para no arrastrarlo por la suciedad.

Aparte de eso, la ceniza era sorprendentemente fácil de quitar de la ropa. Con un lavado adecuado y un poco de jabón caro, incluso un atuendo blanco podía limpiarse de ceniza. Por eso la nobleza llevaba siempre la ropa flamante. Era un asunto muy simple que dividía a los skaa y la aristocracia.

Kelsier tiene razón, pensó Vin. *Estoy empezando a disfrutar de ser noble*. Y le preocupaban los cambios que su nuevo estilo de vida estaban propiciando en su interior. Antes sus problemas eran el hambre y las palizas; ahora eran cosas como los pesados viajes en carruaje y los acompañantes que llegaban tarde a las citas. ¿Qué le hacía a una persona una transformación como esa?

Suspiró para sí mientras caminaba entre los suministros. Algunas

de las cajas estarían llenas de armas (espadas, bastones de guerra, arcos), pero el grueso del material eran alimentos. Kelsier decía que formar un ejército requería mucho más grano que acero.

Pasó los dedos por un montón de cajas, cuidando de no rozar la ceniza que había encima. Sabía que iban a enviar una barcaza ese mismo día, pero no esperaba que Kelsier se fuera en ella. Lo más probable era que no hubiera tomado la decisión hasta poco tiempo antes: incluso el Kelsier nuevo y más responsable seguía siendo un hombre impulsivo. Tal vez era un buen atributo para un líder. No tenía miedo de incorporar ideas nuevas, no importaba cuándo se le ocurrieran.

A lo mejor tendría que pedirle que me dejara acompañarlo. He estado haciendo de noble demasiado tiempo, pensó Vin. Hacía unos días se había sorprendido a sí misma sentada con la espalda recta en el carruaje, manteniendo una postura recatada a pesar de que estaba sola. Temía estar perdiendo sus instintos: ser Valette ya era casi tan natural para ella como ser Vin.

Pero, naturalmente, no podía ir. Tenía una cita con lady Flavine, por no mencionar el baile de Hasting: iba a ser el acontecimiento social del mes. Si Valette se ausentaba, era probable que tardase semanas en reparar el daño. Además, siempre estaba Elend. Seguro que la olvidaría si volvía a desaparecer.

Ya te ha olvidado, se dijo. Apenas te ha hablado en las tres últimas fiestas. Mantén la cabeza bien alta, Vin. Esto es solo un timo más: un juego, como lo que hacías antes. Te estás labrando una reputación para conseguir información, no para flirtear y tontear.

Asintió, decidida. A su lado, unos cuantos skaa cargaron uno de los carros. Vin se detuvo junto a un puñado de cajas y observó

trabajar a los hombres. Según Dockson, el reclutamiento estaba mejorando.

Estamos ganando adeptos, pensó. *Supongo que se está corriendo la voz*. Eso era bueno... suponiendo que no se corriera demasiado.

Observó a los hombres un momento, sintiendo algo... extraño. Parecían desconcentrados. Al cabo de un momento pudo determinar la fuente de su distracción. No paraban de mirar a Kelsier, susurrando mientras trabajaban. Vin se acercó con disimulo, manteniéndose al otro lado de las cajas, y quemó estaño.

—... no, es él seguro —susurraba uno de los hombres—. He visto las cicatrices.

—Es alto —dijo otro.

—Pues claro que lo es. ¿Qué esperabas?

—Habló en la reunión donde me reclutaron —dijo otro—. El Superviviente de Hathsin. —Había asombro en su voz.

Los hombres se acercaron a otro grupo de cajas. Vin ladeó la cabeza, luego los siguió, escuchando. No todos los hombres hablaban de Kelsier, pero sí un número sorprendente. También oyó varias referencias al Undécimo metal.

Así que es por eso, pensó. *La rebelión no está ganando adeptos... es Kelsier*. Los hombres hablaban de él en voz baja, casi con reverencia. Por algún motivo, eso hizo que Vin se sintiera incómoda. Nunca hubiese podido soportar oír cosas similares sobre ella. Sin embargo, Kelsier las aceptaba sin inconveniente: su carismático ego seguro que avivaba aún más los rumores.

Me pregunto si podrá dejarlo cuando todo esto haya acabado. Los otros miembros de la banda no tenían ningún interés evidente en el

liderazgo, pero a Kelsier parecía que le complacía mandar. ¿Dejaría realmente que la rebelión skaa se hiciera cargo de la situación? ¿Era hombre alguno capaz de renunciar a ese tipo de poder?

Vin frunció el ceño. Kelsier era un buen hombre; quizá fuese también buen gobernante. Sin embargo, si intentaba hacerse con el control, eso olería a traición, sería renegar de las promesas que le había hecho a Yeden. No quería ver hacer eso a Kelsier.

—Valette —llamó Kelsier.

Vin dio un ligero respingo, sintiéndose un poco culpable. Kelsier señaló un carruaje que se acercaba a los terrenos de la mansión. Marsh había llegado. Ella regresó mientras el carruaje se detenía y alcanzó a Kelsier al mismo tiempo que Marsh.

Kelsier sonrió y señaló a Vin con un gesto.

—No estaremos listos para partir hasta dentro de un rato —le dijo a Marsh—. Si tienes tiempo, ¿podrías enseñarle unas cuantas cosas a la chica?

Marsh se volvió hacia ella. Era tan alto y tan rubio como Kelsier, pero no era tan guapo. Tal vez fuese porque no sonreía.

Él señaló hacia el balcón principal de la mansión.

—Espérame ahí arriba.

Vin abrió la boca para responder, pero algo en la expresión de Marsh le hizo volver a cerrarla. Le recordaba los viejos tiempos, varios meses atrás, cuando no cuestionaba a sus superiores. Se volvió, los dejó a los tres y se dirigió hacia la mansión.

El trayecto hasta el balcón fue breve. Cuando llegó, se sentó en una silla junto a la barandilla de madera pintada de blanco. Naturalmente, ya habían limpiado el balcón de ceniza. Abajo, Marsh seguía hablando con Kelsier y Renoux. Más allá de ellos, incluso

más allá de la caravana que se extendía, Vin vio las colinas yermas ante la ciudad, iluminadas por la luz rojiza del sol.

Solo unos meses de hacerme pasar por noble y ya considero inferior todo lo que no está cultivado. Nunca había pensado que el paisaje fuera «yermo» durante los años que había viajado con Reen. *Y Kelsier dice que toda la tierra solía ser aún más fértil que el jardín de un noble.*

¿Pensaba recuperar esas cosas? Los guardadores podían, tal vez, memorizar lenguas y religiones, pero no crear semillas para plantas que llevaban tantísimo tiempo extintas. No podían hacer que la ceniza dejara de caer o que las brumas desaparecieran. ¿Cambiaría realmente el mundo si el Imperio Final cayese?

Además, ¿no tenía el lord Legislador cierto derecho a todo aquello? Había derrotado la Profundidad, o eso decía. Había salvado al mundo, lo cual, de manera algo retorcida, hacía que fuese suyo. ¿Qué derecho tenían a intentar quitárselo?

Se preguntaba a menudo esas cosas, aunque no expresaba sus preocupaciones a los demás. Todos parecían comprometidos con el plan de Kelsier: algunos incluso compartían su visión. Pero Vin dudaba más. Como le había enseñado Reen, había aprendido a ser escéptica con el optimismo.

Y si había un plan sobre el que cabía dudar era aquel.

Sin embargo, estaba llegando más allá del punto en que se cuestionaba a sí misma. Conocía el motivo por el que permanecía en la banda. No era por el plan: era por la gente. Le gustaba Kelsier. Le gustaban Dockson, Brisa y Ham. Incluso le gustaban el extraño y pequeño Fantasma y su tío cascarrabias. Era una banda diferente a todas las otras con las que había trabajado.

¿Y eso es un buen motivo para dejar que te maten?, preguntó la voz de Reen.

Vin se detuvo. Últimamente escuchaba sus susurros cada vez con menos frecuencia, pero todavía estaban allí. Las enseñanzas de Reen, grabadas en ella durante dieciséis años de vida, no podían ser descartadas tan fácilmente.

Marsh llegó al balcón momentos después. La miró con aquellos ojos suyos antes de hablar.

—Al parecer Kelsier espera que me pase la tarde entrenándote en alomancia. Empecemos.

Vin asintió.

Marsh la miró, esperando obviamente otro tipo de respuesta. Vin no dijo nada más. *No eres el único que puede ser brusco, amigo.*

—Muy bien —dijo Marsh, sentándose junto a ella y apoyando un brazo en la barandilla del balcón. Su voz pareció un poco menos agria cuando continuó—. Kelsier dice que has pasado muy poco tiempo entrenándote en las habilidades mentales internas. ¿Correcto?

Vin volvió a asentir.

—Sospecho que muchos nacidos de la bruma plenos descuidan esos poderes —dijo Marsh—. Y eso es un error. El bronce y el cobre tal vez no sean tan deslumbrantes como los otros metales, pero pueden ser muy poderosos en manos de alguien bien entrenado. Los inquisidores actúan manipulando el bronce y los brumosos de los bajos fondos sobreviven porque confían en el cobre.

»De los dos poderes, el bronce es con diferencia el más sutil. Puedo enseñarte a usarlo adecuadamente... Si practicas lo que te

enseñe, entonces tendrás una ventaja que muchos nacidos de la bruma descartan.

—Pero ¿los otros nacidos no saben quemar cobre? —preguntó Vin—. ¿Qué sentido tiene aprender el bronce si todos los que combatas son inmunes a sus poderes?

—Veo que ya piensas como uno de ellos —dijo Marsh—. No todo el mundo es un nacido de la bruma, niña: de hecho, muy poca gente lo es. Y, a pesar de lo que os guste pensar, los brumosos normales también pueden matar gente. Saber que el hombre que te ataca es un violento en vez de un lanzamonedas podría salvarte la vida.

—Muy bien.

—El bronce también te ayudará a identificar a un nacido de la bruma —dijo Marsh—. Si ves a alguien usando alomancia cuando no hay ningún ahumador cerca y sin embargo no percibes que emita ningún pulso alomántico, entonces sabrás que es un nacido de la bruma... o un inquisidor. En cualquier caso, deberías echar a correr.

Vin asintió en silencio. La herida en su costado latió levemente.

—Hay grandes ventajas en quemar bronce en vez de ir por ahí con el cobre encendido. Ciertamente, te ahúmas al usar cobre... pero en cierto modo también te ciega. El cobre te vuelve inmune a que tiren o empujen de tus emociones.

—Pero eso es bueno.

Marshladeó un poco la cabeza.

—¿Sí? ¿Y qué es más ventajoso? ¿Ser inmune, pero ignorar las atenciones de algún aplacador? ¿O saber, en cambio, por tu bronce, exactamente qué emociones está intentando suprimir?

Vin tardó en reaccionar.

—¿Se puede ver algo tan específico?

Marsh asintió.

—Con cuidado y práctica, puedes reconocer cambios muy pequeños en los movimientos alománticos de tus oponentes. Puedes identificar exactamente en qué emoción de una persona intenta influir un aplacador o un encendedor. También podrás saber si alguien está avivando su metal. Si desarrollas una buena habilidad, puede que incluso sepas cuándo se están quedando sin metales.

Vin reflexionó, sin decir nada.

—Empiezas a verle las ventajas —dijo Marsh—. Bien. Ahora quema bronce.

Vin así lo hizo. Inmediatamente sintió dos rítmicos golpes en el aire. Los pulsos mudos la cubrieron como el golpeteo de tambores o el ritmo de las olas del océano. Eran confusos.

—¿Qué sientes? —preguntó Marsh.

—Yo... creo que hay dos metales diferentes quemándose. Uno viene de Kelsier, de allá abajo; el otro es tuyo.

—Bien —aprobo Marsh—. Has practicado.

—No mucho —admitió Vin.

Él enarcó una ceja.

—¿No mucho? Ya puedes determinar el origen de los pulsos. Eso requiere práctica.

Vin se encogió de hombros.

—A mí me parece natural.

Marsh guardó silencio un momento.

—Muy bien —dijo por fin—. ¿Los dos pulsos son diferentes?

Vin se concentró, el ceño fruncido.

—Cierra los ojos. Elimina otras distracciones. Concéntrate solo en

los pulsos alománticos.

Vin obedeció. No era como oír... No realmente. Tuvo que concentrarse para distinguir algo específico en los pulsos. Uno parecía... que latía contra ella. El otro, una extraña sensación, parecía como si la atrajera con cada latido.

—Uno está tirando de metal, ¿no? —preguntó Vin, abriendo los ojos—. Ese es Kelsier. Tú estás empujando.

—Muy bien —dijo Marsh—. Él está quemando hierro, como le pedí que hiciera para que tú pudieras practicar. Yo, naturalmente, estoy quemando bronce.

—¿Lo son todos? ¿Diferentes, quiero decir?

Marsh asintió.

—Se puede distinguir un tirón al metal de un empujón por la firma alomántica. Lo cierto es que así es como algunos de los metales se dividieron originalmente en categorías. No es intuitivo, por ejemplo, que el estaño tire mientras que el peltre empuja. No te he dicho que abrieras los ojos.

Vin los cerró.

—Concéntrate en los pulsos —dijo Marsh—. Trata de distinguir sus longitudes. ¿Puedes notar la diferencia entre ellos?

Vin frunció el ceño. Se concentró con todas sus fuerzas, pero su sentido de los metales parecía... apagado. Nublado. Al cabo de unos minutos las longitudes de los distintos pulsos seguían pareciéndole iguales.

—No puedo sentir nada —dijo, frustrada.

—Bien —dijo Marsh llanamente—. Yo tuve que practicar seis meses para distinguir las longitudes de los pulsos... Si lo hubieras hecho a la primera, me habría sentido un incompetente.

Vin abrió los ojos.

—Entonces, ¿por qué me has pedido que lo hiciera?

—Porque necesitas practicar. Si ya puedes distinguir tirar de metales de empujarlos... Bueno, al parecer tienes talento. Tal vez tanto talento como va pregonando que tienes Kelsier.

—¿Qué se suponía que debía ver, entonces?

—Con tiempo, podrás sentir dos longitudes distintas de pulso. Los metales internos, como el bronce y el cobre, emiten pulsos más largos que los metales externos, como el hierro y el acero. La práctica también te permitirá sentir las tres pautas dentro de los pulsos: una para los metales físicos, otra para los metales mentales y la otra para los dos metales más grandes.

»Longitud de pulso, grupo metálico y variación tirón-empuje... Cuando conozcas estas tres cosas, podrás decir exactamente qué metales está quemando tu oponente. Un pulso largo que late contra ti y tiene una pauta rápida será peltre: el metal físico de tirón interno.

—¿Por qué dices externo e interno? —preguntó Vin.

—Los metales vienen en grupos de cuatro... o al menos los ocho inferiores lo hacen. Dos metales externos, dos metales internos: uno de cada empuja, otro de cada tira. Con el hierro, tiras de algo fuera de ti, con acero empujas algo fuera de ti. Con estaño tiras de algo dentro de ti mismo, con peltre empujas algo dentro de ti mismo.

—Pero el bronce y el cobre... —dijo Vin—. Kelsier los llamó metales internos, pero parece que influyen en cosas externas. El cobre impide que la gente note cuándo usas la alomancia.

Marsh negó con la cabeza.

—El cobre no cambia a tus oponentes: cambia algo dentro de ti que tiene efecto sobre tus oponentes. Por eso es un metal interno.

El latón, sin embargo, altera directamente las emociones de otra persona, y es un metal externo.

Vin asintió, pensativa. Luego se volvió y miró hacia Kelsier.

—Sabes mucho sobre metales, pero solo eres brumoso, ¿no?

Marsh asintió. Pero no parecía dispuesto a responder.

Probemos otra cosa, pues, pensó Vin, apagando su bronce. Empezó a quemar ligeramente cobre para enmascarar su alomancia. Marsh no reaccionó, sino que continuó contemplando a Kelsier y la caravana.

Debería ser invisible para sus sentidos, pensó ella, quemando cuidadosamente cinc y latón a la vez. Se proyectó, tal como Brisa le había enseñado a hacer, y sutilmente tocó las emociones de Marsh. Suprimió sus sospechas e inhibiciones potenciando al mismo tiempo su predisposición. Teóricamente, eso le haría sentir más ganas de hablar.

—Debes de haber aprendido en alguna parte —dijo Vin con cuidado. *Verá lo que he hecho con toda seguridad. Se enfadará y...*

—Rompí cuando era muy joven —contestó Marsh—. He tenido mucho tiempo para practicar.

—Igual que mucha gente.

—Yo... tenía motivos. Es difícil de explicar.

—Siempre lo es —dijo Vin, aumentando levemente su presión alomántica.

—¿Sabes lo que piensa Kelsier de los nobles? —preguntó Marsh, volviéndose hacia ella, los ojos como el hielo.

Ojos de acero, pensó Vin. *Como decían*. Asintió en respuesta a su pregunta.

—Bueno, pues a mí me pasa lo mismo con los obligadores. Haré

cualquier cosa por hacerles daño. Se llevaron a nuestra madre... Fue entonces cuando rompí y cuando juré destruirlos. Así que me uní a la rebelión y empecé a aprender todo lo que pude sobre alomancia. Los inquisidores la usan, así que tenía que entenderla..., comprender todo lo que pudiera, ser tan bueno como fuera posible y... ¿me estás aplacando?

Vin dio un respingo y apagó bruscamente sus metales. Marsh se volvió de nuevo hacia ella, su expresión fría.

¡Corre!, pensó Vin. Estuvo a punto de hacerlo. Era bueno saber que sus viejos instintos seguían allí, aunque un poco enterrados.

—Sí —dijo mansamente.

—Eres buena —dijo Marsh—. No me habría dado cuenta si no hubiera empezado a farfullar. Para.

—Ya lo he hecho.

—Bien. Es la segunda vez que alteras mis emociones. No vuelvas a hacerlo jamás.

Vin asintió.

—¿La segunda vez?

—La primera fue en mi taller, hace ocho meses.

Es cierto. ¿Por qué no lo recordaba?

—Lo siento.

Marsh sacudió la cabeza, y finalmente se volvió.

—Eres una nacida de la bruma... eso es lo que haces. Él hace lo mismo. —Estaba mirando a Kelsier.

Permanecieron callados unos instantes.

—¿Marsh? —preguntó Vin—. ¿Cómo supiste que yo era una nacida de la bruma? Entonces solo sabía aplacar.

Marsh se encogió de hombros.

—Conocías los otros metales instintivamente. Estuviste quemando peltre y estaño ese día... solo un poquito, algo apenas perceptible. Me imagino que obtenías los metales del agua y los utensilios de cocina. ¿Te has preguntado alguna vez por qué sobreviviste cuando tantos otros murieron?

Vin guardó silencio. *He sobrevivido a un montón de palizas. Un montón de días sin comida, noches en callejones bajo la lluvia o las nevadas de ceniza...*

Marsh asintió.

—Muy poca gente, incluso los nacidos de la bruma, están tan en sintonía con la alomancia para quemar metales instintivamente. Eso es lo que me interesó de ti... Por eso te seguí y le dije a Dockson dónde encontrarte. Y... ¿estás empujando de nuevo mis emociones?

Vin negó con la cabeza.

—Te lo prometo.

Marsh frunció el ceño y la miró con una de sus miradas de piedra.

—Eres tan severo como mi hermano —dijo Vin en voz baja.

—¿Erais íntimos?

—Lo odiaba —susurró Vin.

Marsh hizo una pausa, luego se volvió.

—Ya veo.

—¿Odias a Kelsier?

Marsh negó.

—No, no lo odio. Es frívolo y engreído, pero sigue siendo mi hermano.

—¿Y eso es suficiente?

Marsh asintió.

—A mí... me cuesta entender eso —dijo Vin con sinceridad,

contemplando a los skaa, las cajas y los sacos.

—¿Es que tu hermano no te trataba bien?

Vin negó con la cabeza.

—¿Y tus padres? —preguntó Marsh—. Uno era un noble. ¿La otra?

—Loca —dijo Vin—. Oía voces. La cosa se puso tan mal que mi hermano tenía miedo de dejarnos a solas con ella. Pero, claro, no tenía otra opción...

Marsh no dijo nada.

¿Cómo se ha vuelto esto contra mí?, pensó Vin. Él no es aplacador y sin embargo me está sonsacando tanto como yo a él.

De todas formas, era un alivio poder contarlo por fin. Vin se acarició el pendiente.

—No lo recuerdo —dijo—, pero Reen me contó que volvió un día a casa y encontró a mi madre cubierta de sangre. Había matado a mi hermana pequeña. Ensañándose con ella. A mí, sin embargo, no me había tocado... excepto para darme un pendiente. Reen dijo... Dijo que me tenía en el regazo, farfullando, diciendo que yo era una reina, con el cadáver de mi hermana a nuestros pies. Me rescató de mi madre y ella huyó. Es probable que me salvara la vida. En parte me quedé con él por eso, supongo. Incluso cuando las cosas iban mal. —Sacudió la cabeza y miró a Marsh—. No sabes la suerte que tienes, con un hermano como Kelsier.

—Supongo —dijo Marsh—. Tan solo... desearía que no tratara a la gente como juguetes. Yo he matado a obligadores, pero asesinar a hombres solo porque son nobles... —Marsh sacudió la cabeza—. Y no es solo eso. Le gusta que la gente lo adore.

En eso llevaba razón. Sin embargo, Vin también detectó algo en

su voz. *¿Celos? Eres el hermano mayor, Marsh. Eras el responsable... Te uniste a la rebelión en vez de trabajar con ladrones. Debe de haberte dolido que Kelsier fuera aquel al que apreciaba todo el mundo.*

—De cualquier forma, está mejorando —dijo Marsh—. Los Pozos lo han cambiado. La muerte de... ella lo ha cambiado.

¿Qué es esto?, pensó Vin, alzando levemente la cabeza. Aquí también había algo. Dolor. Profundo, más del que un hombre debería sentir por una cuñada.

Así que es eso. No es que «cualquiera» apreciara más a Kelsier, era una persona en concreto. Alguien a quien tú amabas.

—De todas maneras —dijo Marsh, la voz más firme—. La arrogancia del pasado queda atrás. Este plan suyo es una locura y estoy seguro de que lo hace en parte para enriquecerse, pero... bueno, no tenía por qué acudir a la rebelión. Está intentando hacer algo bueno... aunque lo más probable es que consiga que lo maten.

—¿Por qué continúas si estás seguro de que fracasará?

—Porque va a meterme en el Ministerio —dijo Marsh—. La información que consiga allí ayudará a la rebelión durante siglos después de que Kelsier y yo hayamos muerto.

Vin asintió, contemplando el patio. Habló con vacilación.

—Marsh, no creo que eso sea todo. La manera en que se está situando entre los skaa... la forma en que empiezan a mirarlo...

—Lo sé —dijo Marsh—. Empezó con ese plan suyo del Undécimo metal. No creo que tengamos que preocuparnos. Es Kelsier, jugando como de costumbre.

—Me pregunto por qué hace este viaje —dijo Vin—. Estará apartado de la acción todo un mes.

Marsh sacudió la cabeza.

—Tendrá un ejército entero de hombres ante los que actuar. Además, necesita salir de la ciudad. Su reputación está creciendo demasiado y los nobles empiezan a tener demasiado interés en el Superviviente. Si empiezan a correr rumores de que un hombre con cicatrices en los brazos se aloja con lord Renoux...

Vin asintió, comprendiendo.

—Ahora mismo, se hace pasar por uno de los parientes lejanos de Renoux —dijo Marsh—. Ese hombre tiene que marcharse antes de que alguien lo relacione con el Superviviente. Cuando Kell regrese, tendrá que llamar poco la atención... colarse en la mansión en vez de entrar por la puerta principal y llevar la capucha puesta cuando esté en Luthadel. —Marsh guardó silencio, luego se puso en pie—. Bueno, ya sabes lo más básico. Ahora solo tienes que practicar. Cada vez que estés con brumosos, que quemen para ti y concéntrate en sus pulsos alománticos. Si volvemos a encontrarnos, te enseñaré más, pero no puedo hacer otra cosa hasta que hayas practicado.

Vin asintió y Marsh salió por la puerta sin despedirse. Unos momentos más tarde, ella lo vio acercarse de nuevo a Kelsier y Renoux.

Es verdad que no se odian, pensó Vin, cruzando ambos brazos sobre la barandilla. *¿Cómo será eso?* Después de pensarlo, descubrió que los hermanos que se querían era un poco como las longitudes de pulso alomántico que se suponía que debía buscar: algo demasiado desconocido para comprenderlo en este momento.

«El Héroe de las Eras no será un hombre, sino una fuerza. Ninguna nación lo reclamará, ninguna mujer lo conservará y ningún rey podrá matarlo. No pertenecerá a nadie, ni siquiera a sí mismo.»

21



Kelsier leía tranquilamente mientras su barco se dirigía por el canal hacia el norte. «A veces, me preocupa no ser el héroe que todos creen que soy», decía el texto.

¿Qué prueba tenemos? ¿Las palabras de hombres muertos y que solo ahora parecen proféticas? Aunque aceptemos las profecías, solo interpretaciones superficiales las relacionan conmigo. ¿Es mi defensa de la Montaña de Verano realmente la «carga por la que será mencionado el héroe»? Mis diversos matrimonios podrían darme unos «lazos sin sangre con los reyes del mundo», si se considera su lado propicio. Hay docenas de frases similares que podrían referirse a acontecimientos de mi vida. Pero, una vez más, todo podrían ser coincidencias.

Los filósofos me aseguran que este es el momento, que los signos se han cumplido. Pero yo me sigo preguntando si no tienen al hombre equivocado. Tanta gente depende de mí... Dicen que tengo en mis manos el futuro del mundo entero.

¿Qué pensarían si supieran que su paladín, el Héroe de las Eras, su salvador, dudó de sí mismo? Tal vez no se sorprendieran en absoluto. En cierto modo, eso es lo que más me preocupa. Tal vez, en el fondo, dudan, igual que dudo yo.

Cuando me ven, ¿ven a un mentiroso?

Raseen parece pensar así. Sé que no debería dejar que un simple porteador me perturbe. Aunque, él es de Terris, donde se originaron las profecías. Si alguien pudiera identificar un fraude, ¿no sería él?

Sin embargo, continúo mi viaje, acudiendo a los lugares donde los augurios escritos proclaman que me encontraré con mi destino... a pie, sintiendo los ojos de Rashek en mi espalda. Celosos. Burlones. Llenos de odio.

En el fondo, me preocupa que mi arrogancia nos destruya a todos.

Kelsier soltó el librito mientras su cabina se estremecía levemente por los esfuerzos de quienes tiraban del barco. Se alegró de que Sazed le hubiera proporcionado un ejemplar de los fragmentos que había traducido del diario del lord Legislador antes de que el convoy de barcos zarpara. Había muy poco que hacer durante el viaje.

Por fortuna, el diario era fascinante. Fascinante y extraño. Resultaba perturbador leer palabras escritas por el mismísimo lord Legislador. Para Kelsier, el lord Legislador era menos que un hombre, más bien una... criatura. Una fuerza maligna que tenía que ser destruida.

Sin embargo, la persona que se presentaba en el libro parecía perfectamente mortal. Se hacía preguntas y reflexionaba: era un hombre profundo e incluso de carácter.

Aunque sería mejor no confiar demasiado en la narración, pensó Kelsier, pasando los dedos por la página. Los hombres rara vez consideran injustificadas sus propias acciones.

Con todo, la historia del lord Legislador le recordaba a Kelsier las leyendas que había oído, historias susurradas por los skaa, discutidas por los nobles y memorizadas por los guardadores. Decían que una vez, antes de la Ascensión, el lord Legislador había sido el más grande de los hombres. Un líder amado, un hombre a quien se había confiado el destino de toda la humanidad.

Por desgracia, Kelsier sabía cómo terminaba la historia. El Imperio Final mismo era el legado de aquel diario. El lord Legislador no había salvado a la humanidad: la había esclavizado. Leer una narración de primera mano, ver las dudas y las luchas internas del lord Legislador, solo hacía que la historia fuese aún más trágica.

Kelsier volvió a coger el libro para continuar leyendo; sin embargo, el barco redujo la marcha. Miró por la ventana de su camarote, contemplando el canal. Docenas de hombres lo remolcaban por el pequeño camino que corría en paralelo al canal, tirando de las cuatro barcazas y los dos barquitos que componían el convoy. Era una forma eficaz de viajar, aunque esforzada: al tirar de la barcaza por el canal los hombres podían mover más kilos de peso que si hubiesen tenido que cargarlos.

Sin embargo, los hombres tuvieron que detenerse. Ante ellos, Kelsier vio un mecanismo de compuertas más allá del cual el canal se bifurcaba en una especie de cruce de caminos de agua. *Por fin*, pensó. Sus semanas de viaje habían terminado.

Kelsier no esperó a que llegara ningún mensajero, sino que subió a la cubierta del barco y sacó unas cuantas monedas de su bolsa. *Hora de ser un poco ostentoso*, pensó, dejando caer una moneda sobre las tablas. Quemó acero y se empujó al aire.

Se abalanzó en ángulo, ganando rápidamente altura para poder ver toda la hilera de hombres, la mitad tirando de los barcos, la otra mitad caminando y esperando su turno. Kelsier voló en arco, dejó caer otra moneda mientras pasaba por encima de una de las barcazas cargadas de suministros, y luego empujó contra ella cuando empezaba a descender.

Kelsier quemó peltre, reforzando su cuerpo mientras chocaba contra la cubierta del barco que lideraba el convoy.

Yeden salió de su cabina, sorprendido.

—¡Lord Kelsier! Hemos... Llegado a la encrucijada.

—Ya lo veo —dijo Kelsier, contemplando la fila de barcos.

Los hombres que tiraban hablaban entre sí, señalando

entusiasmados. Parecía extraño usar la alomancia tan claramente a plena luz del día, y ante tanta gente.

No se puede evitar, pensó. Esta visita es la última oportunidad que tendrán los hombres de verme durante meses. Tengo que impresionarlos, darles algo a lo que puedan aferrarse, si es que todo esto va a funcionar...

—¿Vamos a ver si el grupo de las cuevas ya ha llegado a recibirnos? —preguntó Kelsier, volviéndose hacia Yeden.

—Por supuesto —dijo Yeden, indicando a un criado que acercara su barco a la orilla del canal y tendiera la plancha.

Yeden parecía entusiasmado; era, en efecto, un hombre de bien, y eso Kelsier lo respetaba, aunque le faltara un poco de presencia.

Casi toda mi vida he tenido el problema contrario, pensó Kelsier, divertido, mientras bajaba con Yeden del barco. Demasiada presencia, no demasiada bondad.

Los dos hombres caminaron entre la fila de trabajadores del canal. Casi al frente de todos, uno de los violentos de Ham, que se hacía pasar por el capitán de la guardia de Kelsier, los saludó.

—Hemos llegado a la encrucijada, lord Kelsier.

—Ya lo veo —repitió Kelsier. Ante ellos se alzaba un denso bosquecillo que se perdía hacia las colinas. Los canales se mantenían apartados de los bosques: había mejores fuentes de madera en otras partes del Imperio Final. El bosque era ignorado por casi todos.

Kelsier quemó estaño y dio un leve respingo porque la luz del sol fue súbitamente cegadora. Sin embargo, sus ojos se adaptaron y pudo captar detalles, y algo de movimiento, en el bosque.

—Allí —dijo, lanzando una moneda al aire, y luego empujándola.

La moneda se abalanzó hacia delante y se estampó contra un árbol. Respondiendo a la señal acordada, un grupito de hombres camuflados salió de entre los árboles, cruzando la tierra manchada de ceniza en dirección al canal.

—Lord Kelsier —dijo el primero de todos, saludando—. Soy el capitán Demoux. Por favor, reúna a los reclutas y que vengan conmigo... El general Hammond está ansioso por verlo.

El «capitán» Demoux era un hombre joven para ser tan disciplinado. Con apenas veinte años, lideraba a su pequeña tropa con una solemnidad que podría haber resultado fatua de haber sido menos competente.

Hombres más jóvenes que él han conducido soldados a la batalla, pensó Kelsier. Que yo fuera un cretino cuando tenía su edad no significa que todo el mundo lo sea. Mira a la pobre Vin: apenas dieciséis años y ya rivaliza con Marsh en seriedad.

Dieron un rodeo a través del bosque: siguiendo órdenes de Ham, cada soldado seguía un camino distinto para evitar dejar rastro. Kelsier miró a los doscientos hombres que le seguían, frunciendo levemente el ceño. Su rastro resultaría muy visible, casi con toda seguridad, pero había poco que hacer al respecto: los movimientos de tantos hombres serían casi imposible de enmascarar.

Demoux se detuvo, agitó un brazo y varios miembros de su escuadrón avanzaron; no tenían ni la mitad del sentido militar del decoro de su jefe. De todas formas, Kelsier se sintió impresionado. Durante su anterior visita los hombres se habían mostrado indecisos

y descoordinados, como la mayoría de los parias skaa. Ham y sus oficiales habían hecho bien su trabajo.

Los soldados retiraron unos matorrales falsos revelando una grieta en el suelo. Dentro estaba oscuro y las paredes eran de granito cristalino. No era una caverna normal en la falda de la montaña, sino una simple hendidura en el suelo que conducía directamente hacia abajo.

Kelsier se detuvo, contemplando el negro agujero de piedra. Se estremeció levemente.

—¿Kelsier? —preguntó Yeden, frunciendo el ceño—. ¿Qué pasa?

—Me recuerda a los Pozos. Eran así... grietas en el suelo.

Yeden palideció.

—Oh. Yo, hummm...

Kelsier se encogió de hombros.

—Sabía que esto habría de llegar. Bajé a esas cuevas todos los días durante años y siempre salí de ellas. Las derroté. No tienen ningún poder sobre mí.

Para demostrarlo, avanzó y se internó en la estrecha grieta. Apenas tenía anchura suficiente para que pasara un hombre. Mientras descendía, Kelsier vio que los soldados, tanto los hombres de Demoux como los nuevos reclutas, observaban en silencio. Había hablado intencionadamente en voz alta para que lo oyeran.

Que vean mi debilidad y me vean también superarla.

Eran pensamientos valientes. Sin embargo, una vez que estuvo bajo la superficie fue como si hubiera vuelto a los Pozos. Aplastado entre dos paredes de piedra, buscó asidero para bajar con dedos temblorosos. Frío, humedad, oscuridad. Quienes recuperaban el atium tenían que ser esclavos. Los alománticos podían haber sido

más efectivos, pero usar la alomancia cerca de los cristales de atium los quebraba. Por eso el lord Legislador empleaba a hombres condenados. Los obligaba a bajar a los Pozos. Los obligaba a arrastrarse hacia abajo, siempre hacia abajo...

Kelsier se obligó a continuar. Aquello no era Hathsin. La grieta no descendería durante horas y no habría agujeros de aristas de cristal a los que agarrarse con brazos arañosos y sangrantes, estirándose y buscando las geodas de atium de su interior. Una geoda equivalía a más de una semana de vida. Vida bajo los látigos de los capataces. Vida bajo la férula de un dios sádico. Vida bajo el sol convertido en rojo.

Cambiaré las cosas para los demás, pensó Kelsier. ¡Las mejoraré!

El descenso le resultó difícil, mucho más de lo que habría admitido. Por fortuna, la grieta pronto desembocó en una caverna más grande y Kelsier atisbó una luz abajo. Se dejó caer el resto del camino, aterrizó en el irregular suelo de piedra y le sonrió al hombre que estaba allí esperando.

—Vaya entrada que tenéis aquí, Ham —dijo Kelsier, sacudiéndose las manos.

Ham sonrió.

—Tendrías que ver el cuarto de baño.

Kelsier se echó a reír y se hizo a un lado para dejar sitio a los demás. Varios túneles naturales surgían de la cámara y una pequeña escala de cuerda colgaba desde el pie del agujero para facilitar la subida. Yeden y Demoux bajaron por la escala hasta la cueva, con la ropa llena de desgarrones y sucia por el descenso. No era una entrada fácil. Esa era precisamente la idea.

—Me alegro de verte, Kell —dijo Ham. Resultaba extraño verlo

con ropa a la que no le faltaban las mangas. De hecho, su atuendo militar tenía un aspecto bastante formal, con líneas cuadradas y botones en la parte delantera—. ¿Cuántos me has traído?

—Más de doscientos cuarenta.

Ham alzó las cejas.

—El reclutamiento está mejorando, ¿eh?

—Por fin —asintió Kelsier. Los soldados empezaron a llegar a la cueva y varios de los ayudantes de Ham avanzaron para ayudar a los recién llegados y dirigirlos a un túnel lateral.

Yeden se acercó a Kelsier y Ham.

—¡Esta caverna es sorprendente, lord Kelsier! Nunca la había visto en persona. ¡No me extraña que el lord Legislador no haya encontrado a los hombres que se esconden aquí abajo!

—El complejo es completamente seguro —dijo Ham con orgullo—. Solo hay tres entradas, todas ellas grietas como esta. Con los suministros adecuados, podríamos defender este lugar indefinidamente contra una fuerza invasora.

—Además, este no es el único complejo de cavernas que hay bajo estas montañas —dijo Kelsier—. Aunque el lord Legislador decidiera destruirnos, su ejército podría pasarse semanas buscándonos sin encontrarnos.

—Sorprendente —comentó Yeden. Se volvió a mirar a Kelsier—. Me equivocaba contigo, lord Kelsier. Esta operación... este ejército... Bueno, has hecho algo impresionante.

Kelsier sonrió.

—Lo cierto es que no te equivocaste conmigo. Creíste en mí cuando esto empezó, y es justo reconocer que solo estamos aquí gracias a ti.

—Yo... supongo que así fue, ¿no? —dijo Yeden, sonriendo.

—Sea como sea, aprecio el voto de confianza. Los hombres tardarán un buen rato en bajar por esa grieta... ¿Te importaría dirigir las cosas? Me gustaría hablar un momento con Hammond.

—Naturalmente, lord Kelsier. —Había respeto, incluso un poco de adulación, en la voz de Yeden.

Kelsier hizo un gesto hacia un lado. Ham frunció levemente el ceño, empuñó una linterna y siguió a Kelsier. Salieron de la primera cámara, entraron en un túnel lateral y, cuando no los pudo oír nadie, Ham se detuvo y miró hacia atrás.

Kelsier se detuvo, alzando una ceja.

—Desde luego, Yeden ha cambiado.

—Causo ese efecto en la gente.

—Debe de ser por tu asombrosa humildad —dijo Ham—. En serio, Kell. ¿Cómo lo haces? Ese hombre prácticamente te odiaba; ahora te mira como un crío que idolatra a su hermano mayor.

Kelsier se encogió de hombros.

—Yeden nunca había formado parte de un equipo efectivo... Creo que ha empezado a darse cuenta de que podemos tener posibilidades. En poco más de seis meses hemos organizado una rebelión más grande de lo que había visto jamás. Ese tipo de resultados pueden convertir incluso a los más testarudos.

Ham no parecía convencido. Finalmente, se encogió de hombros y echó a andar de nuevo.

—¿De qué querías hablar?

—Lo cierto es que me gustaría visitar las otras dos entradas, si es posible —dijo Kelsier.

Ham asintió, e indicó un túnel lateral y abrió la marcha. El túnel,

como la mayoría, no había sido creado por manos humanas: era un desarrollo natural del complejo de cuevas. Había cientos de sistemas de cavernas similares en el Dominio Central, aunque la mayoría no eran tan extensos. Y solo en uno, los Pozos de Hathsin, había geodas de atium.

—Yeden tiene razón —dijo Ham, abriéndose paso por el estrecho túnel—. Escogiste un lugar magnífico para esconder a esta gente.

Kelsier asintió.

—Varios grupos rebeldes han usado estos complejos de cavernas durante siglos. Están demasiado cerca de Luthadel, pero el lord Legislador nunca ha dirigido una incursión con éxito contra ninguno. Ahora ignora el lugar... Demasiados fracasos, supongo.

—No lo dudo —repuso Ham—. Con todos estos recovecos y cuellos de botella, sería un lugar desagradable para librar una batalla.

Salió del pasadizo y entró en otra pequeña caverna. También tenía una grieta en el techo por donde se colaba una tenue luz. En la sala había un escuadrón de diez soldados, que se pusieron firmes en cuanto Ham entró.

Kelsier asintió, aprobando la medida.

—¿Diez hombres en todo momento?

—En cada una de las entradas.

—Bien —dijo Kelsier.

Se acercó a inspeccionar a los soldados. Iba remangado, mostrando las cicatrices, y vio que los hombres las miraban. En realidad no sabía qué inspeccionar, pero trató de parecer severo. Examinó las armas: bastones para ocho de los hombres, espadas

para dos, y cepilló unos cuantos hombros, aunque ninguno de los hombres llevaba uniforme.

Finalmente, se volvió hacia un hombre que llevaba una insignia en el hombro.

—¿A quién permites salir de las cuevas, soldado?

—¡Solo a los hombres que lleven una carta sellada por el general Hammond en persona, señor!

—¿Sin excepción?

—¡No, señor!

—¿Y si yo quisiera salir ahora mismo?

El hombre vaciló.

—Hummm...

—¡Me detendrías! —dijo Kelsier—. Nadie está exento, soldado. Ni yo, ni tu compañero de litera, ni un oficial... nadie. ¡Si no tienen ese sello, no salen!

—¡Sí, señor!

—Buen soldado —dijo Kelsier—. Si todos tus hombres son así de buenos, general Hammond, el lord Legislador tiene buenos motivos para tener miedo.

Los soldados hincharon el pecho levemente al oír esas palabras.

—Continúen —dijo Kelsier, haciendo un gesto a Ham para que le siguiera mientras abandonaba la sala.

—Muy amable por tu parte —dijo Ham en voz baja—. Llevan semanas esperando tu visita.

Kelsier se encogió de hombros.

—Solo quería asegurarme de que guardan bien la grieta. Ahora que tienes más hombres, quiero que pongas guardias en todos los túneles que conduzcan a las cavernas de salida.

Ham asintió.

—Pero me parece un poco raro.

—Compláceme —dijo Kelsier—. Un único desertor o alguien descontento podría traicionarnos a todos ante el lord Legislador. Es bueno que consideres que podéis defender este sitio, pero si un ejército acampara ahí fuera para atraparnos, este ejército sería absolutamente inútil para nosotros.

—Muy bien —dijo Ham—. ¿Quieres ver la tercera entrada?

—Por favor.

Ham asintió y lo condujo por otro túnel.

—Una cosa más —dijo Kelsier después de caminar un poco—. Reúne un grupo de cien hombres, gente en quien puedas confiar, y mándalos a recorrer el bosque. Si alguien viene a buscarnos, no podrá negar el hecho de que un montón de gente ha pasado por la zona. Sin embargo, podríamos confundir las huellas para que todas las pistas no conduzcan a ninguna parte.

—Buena idea.

—Estoy lleno de ellas —dijo Kelsier mientras entraban en otra cámara, esta mucho más grande que las dos anteriores. No era un hueco de entrada, sino más bien una sala de entrenamiento.

Había grupos de hombres armados con espadas o con bastones, combatiendo bajo la mirada atenta de instructores uniformados. Los uniformes para los oficiales habían sido idea de Dockson. No podían permitirse uniformar a todos los hombres: hubiese sido demasiado caro y conseguir tantos uniformes habría parecido sospechoso. Sin embargo, tal vez ver a sus líderes de uniforme los ayudaría a conseguir una sensación de cohesión.

Ham se detuvo en la entrada de la cueva en vez de continuar.

Miró a los soldados y habló en voz baja.

—Tenemos que hablar de esto en algún momento, Kell. Los hombres empiezan a sentirse soldados, pero... Bueno, son skaa. Se han pasado la vida trabajando en las fábricas o en los campos. No sé cómo lo harán cuando se enfrenten en un campo de batalla.

—Si lo hacemos todo bien, no tendrán que luchar mucho —dijo Kelsier—. Solo un par de cientos de soldados guardan los Pozos... El lord Legislador no puede tener demasiados hombres allí para no dar pistas acerca de la importancia del lugar. Nuestros mil hombres podrán hacerse con los Pozos y retirarse en cuanto llegue la Guarnición. Los otros nueve mil puede que tengan que enfrentarse a unos pocos escuadrones de guardias de las Grandes Casas y a los soldados de palacio, pero nuestros hombres deberían contar con la superioridad numérica.

Ham asintió, aunque sus ojos todavía mostraban incertidumbre.

—¿Qué? —preguntó Kelsier, apoyado contra la lisa boca cristalina de la caverna.

—¿Y cuando acabemos con ellos, Kell? —preguntó Ham—. Cuando tengamos nuestro atium, le entregamos la ciudad y el ejército a Yeden. ¿Y luego qué?

—Eso es cosa de Yeden.

—Los masacrarán —dijo Ham en voz muy baja—. Diez mil hombres no podrán defender Luthadel contra todo el Imperio Final.

—Pretendo darles una posibilidad mejor de lo que crees, Ham. Si podemos volver a los nobles unos contra otros y desestabilizar al gobierno...

—Tal vez —dijo Ham, pero no estaba convencido.

—Estuviste de acuerdo con el plan. Esto es lo que hemos

pretendido desde el principio. Levantar un ejército y entregárselo a Yeden.

—Lo sé —dijo Ham, suspirando y apoyándose en una de las paredes de la caverna—. Supongo... Bueno, es diferente ahora que los he estado dirigiendo. Tal vez no estoy hecho para estar al mando. Soy guardaespaldas, no general.

Sé cómo te sientes, amigo mío, pensó Kelsier. Yo soy ladrón, no profeta. A veces, tenemos que hacer lo que el trabajo exige.

Kelsier puso una mano sobre el hombro de Ham.

—Has hecho un buen trabajo aquí.

Ham vaciló.

—¿He hecho?

—He traído a Yeden para sustituirte. Dox y yo decidimos que sería mejor nombrarlo comandante del ejército..., de esa forma, la tropa se acostumbrará a considerarlo su líder. Además, te necesitamos en Luthadel. Alguien tiene que visitar la Guarnición y recopilar datos, y tú eres el único con contactos militares.

—Entonces, ¿voy a volver contigo?

Kelsier asintió.

Ham pareció abatido un momento, pero luego se relajó y sonrió.

—¡Por fin podré librarme de este uniforme! Pero ¿crees que Yeden podrá encargarse?

—Tú mismo has dicho que ha cambiado mucho durante los últimos meses. Y lo cierto es que es un administrador excelente: ha hecho un buen trabajo con la rebelión desde que se marchó mi hermano.

—Supongo...

Kelsier sacudió apenado la cabeza.

—Somos pocos, Ham. Tú y Brisa sois los únicos hombres en quienes sé que puedo confiar, y os necesito en Luthadel. Yeden no es perfecto para el trabajo que hay que hacer aquí, pero el ejército será suyo tarde o temprano. Bien podemos dejarlo que lo lidere durante un tiempo. Además, eso le dará algo que hacer: está empezando a protestar de su puesto en el grupo. —Kelsier hizo una pausa, luego sonrió divertido—. Creo que está celoso de la atención que presto a los demás.

Ham sonrió.

—Eso sí que es un cambio.

Echaron a andar de nuevo, dejando atrás la cámara de prácticas. Entraron en otro serpenteante túnel de piedra que conducía hacia abajo, con la linterna de Ham como única iluminación.

—¿Sabes? Hay algo agradable en este sitio —dijo Ham tras unos minutos de caminata—. Es probable que ya te hayas percatado antes, pero a veces hay belleza aquí abajo.

Kelsier no lo había advertido. Miró hacia un lado mientras caminaban. Un borde de la cámara había sido formado por los minerales que goteaban del techo, finas estalactitas y estalagmitas, como sucios trozos de hielo, se mezclaban para formar una especie de barrera. Los minerales chispeaban a la luz de la linterna, y el camino ante ellos parecía petrificado en forma de río fundido.

No, pensó Kelsier. *No, no veo su belleza, Ham*. Otros hombres podrían ver arte en las capas de color y roca fundida. Kelsier solo veía los Pozos. Cuevas interminables, la mayoría a pico. Se había visto obligado a reptar entre grietas, avanzando en la oscuridad, sin una sola luz que le aclarara el camino.

A menudo había pensado no volver a subir. Pero entonces

encontraba un cadáver en las cuevas: el cuerpo de otro prisionero, un hombre que se había perdido o que tal vez se había rendido. Kelsier palpaba sus huesos y se prometía más. Cada semana tenía que encontrar una geoda de atium. Cada semana evitaba la ejecución por medio de brutales palizas.

Excepto la última vez. No se merecía estar vivo: tendrían que haberlo matado. Pero Mare le dio una geoda de atium, tras prometerle que había encontrado dos esa semana. Hasta después de entregarla no descubrió su mentira. La mataron a golpes al día siguiente. A golpes, delante de él.

Esa noche, Kelsier rompió, consiguiendo sus poderes como nacido de la bruma. La noche siguiente, murieron hombres.

Muchos hombres.

Superviviente de Hathsins. Un hombre que no debería vivir. Incluso después de verla morir, no fui capaz de decidir si me había traicionado o no. ¿Me dio esa geoda por amor? ¿O por un sentimiento de culpa?

No, no podía ver belleza en las cavernas. Otros hombres se habían vuelto locos en los Pozos, aterrorizados por los espacios pequeños y cerrados. Eso no le había sucedido a él. Sin embargo, sabía que no importaba qué maravillas contuvieran los laberintos, no importaba lo sorprendentes que fueran las vistas o lo delicado de las bellezas, nunca las reconocería. No con Mare muerta.

No puedo seguir pensando en esto, decidió Kelsier, mientras la caverna parecía volverse más oscura a su alrededor. Miró hacia un lado.

—Muy bien, Ham. Continúa. Dime qué estás pensando.

—¿De verdad? —dijo Ham ansiosamente.

—Sí —contestó Kelsier, resignado.

—Muy bien. Esto es lo que me ha estado preocupando últimamente: ¿son los skaa diferentes de los nobles?

—Claro que lo son —dijo Kelsier—. La aristocracia tiene el dinero y la tierra; los skaa no tienen nada.

—No me refiero a la economía... Estoy hablando de diferencias físicas. Sabes lo que dicen los obligadores, ¿verdad?

Kelsier asintió.

—Bien, ¿es cierto? Quiero decir, los skaa tienen un montón de hijos y he oído decir que los aristócratas tienen problemas para reproducirse.

El Equilibrio, se llamaba. Supuestamente, era la forma en que el lord Legislador se aseguraba de que no hubiese demasiados nobles para que los skaa los apoyaran, y la manera de asegurarse también de que, a pesar de las palizas y las muertes al azar, siempre hubiera suficientes skaa para cultivar la tierra y trabajar en las fábricas.

—Siempre había supuesto que era retórica del Ministerio —dijo Kelsier sinceramente.

—He conocido a mujeres skaa que han tenido hasta una docena de hijos. Pero no puedo nombrar a ninguna familia noble importante que haya tenido más de tres.

—Es algo cultural.

—¿Y la diferencia de estatura? Dicen que a los skaa y los nobles basta con mirarlos para distinguirlos. Eso ha cambiado, quizá merced al mestizaje, pero la mayoría de los skaa son bajos.

—Mayormente es debido a la nutrición. Los skaa no comen lo suficiente.

—¿Y la alomancia?

Kelsier frunció el ceño.

—Tienes que admitir que en eso hay una diferencia física —dijo Ham—. Los skaa nunca se convierten en brumosos a menos que tengan sangre aristócrata de las últimas cinco generaciones.

Eso, al menos, era cierto.

—Los skaa no piensan como los nobles, Kell —dijo Ham—. ¡Incluso estos soldados son tímidos, y son los valientes! Yeden tiene razón respecto a la población general skaa: nunca se rebelará. ¿Y si... y si realmente hay algo físicamente diferente en nosotros? ¿Y si los nobles tienen *derecho* a gobernarnos?

Kelsier se detuvo.

—No lo dirás en serio.

Ham se detuvo también.

—Supongo que... no, no. Pero a veces me pregunto... Los nobles tienen la alomancia, ¿verdad? Tal vez estén hechos para mandar.

—¿Hechos por quién? ¿Por el lord Legislador?

Ham se encogió de hombros.

—No, Ham. No es así. No es así. Sé que es difícil aceptarlo, las cosas han sido de este modo muchísimo tiempo, pero algo está muy mal en el modo de vida de los skaa. Tienes que creer eso.

Ham se detuvo, luego asintió.

—Vamos —dijo Kelsier—. Quiero visitar esa otra entrada.

La semana pasó despacio. Kelsier pasó revista a las tropas, supervisó el entrenamiento, la comida, las armas, los suministros, los exploradores, los guardias y casi todo lo que se le ocurrió. Lo

más importante: visitó a los hombres. Los alabó y los animó... y se aseguró de usar la alomancia con frecuencia delante de ellos.

Aunque muchos skaa habían oído hablar de la alomancia, muy pocos sabían específicamente en qué consistía. Los brumosos nobles rara vez utilizaban sus poderes delante de otra gente, y los mestizos tenían que ser aún más cuidadosos. Los skaa corrientes, incluso los skaa de ciudad, no sabían nada de empujar acero o quemar peltre. Cuando veían a Kelsier volar por los aires o combatir con fuerza sobrenatural, lo atribuían a una misteriosa magia alomántica. A Kelsier no le importaba el malentendido.

Sin embargo, a pesar de todas las actividades de la semana, nunca olvidó su conversación con Ham.

¿Cómo pudo preguntarse siquiera si los skaa son inferiores?, pensó Kelsier, hurgando en su comida en la alta mesa colocada en la caverna de reuniones. La enorme «sala» era lo bastante grande para albergar a todo el ejército de siete mil hombres, aunque muchos ocupaban salas laterales o los túneles. La mesa estaba situada sobre una formación rocosa al fondo de la cámara.

Sospecho que me preocupo en exceso. Ham tenía tendencia a pensar en cosas que ningún otro hombre consideraba: aquel era otro de sus dilemas filosóficos. De hecho, ya parecía haber olvidado sus anteriores desvelos. Se reía junto a Yeden, disfrutando de su comida.

En cuanto a Yeden, el delgado líder rebelde parecía bastante satisfecho de su uniforme de general y se había pasado la semana tomando notas de Ham referidas a la dirección del ejército. Parecía estar encajando de modo muy natural en sus responsabilidades.

De hecho, Kelsier parecía ser el único hombre que no estaba

disfrutando del festín. La comida, traída en barcaza especialmente para la ocasión, era humilde para los aristócratas, pero mucho mejor que los alimentos a los que estaban acostumbrados los soldados. Los hombres disfrutaban de la cena con alegre escándalo, bebiendo su pequeña ración de cerveza y celebrando el momento.

Y, sin embargo, Kelsier seguía preocupado. ¿Por qué creían estar luchando estos hombres? Parecían entusiasmados con su entrenamiento, pero eso podía deberse también a que ahora tenían asegurada la comida. ¿De verdad creían que se merecían derrocar al Imperio Final? ¿Pensaban que los skaa eran inferiores a los nobles?

Kelsier notaba sus reservas. Muchos de los hombres eran conscientes del peligro inminente y solo las estrictas reglas les impedían huir. Aunque estaban ansiosos por hablar de su entrenamiento, evitaban hacerlo sobre la tarea final: la toma del palacio y las murallas de la ciudad, y el enfrentamiento con la Guarnición de Luthadel.

No creen que vayan a tener éxito, supuso Kelsier. Necesitan confianza. Los rumores sobre mí son un principio, pero...

Le dio un codazo a Ham para llamar su atención.

—¿Hay aquí algún hombre que te haya causado un problema de disciplina? —preguntó en voz baja.

Ham frunció el ceño al oír la extraña pregunta.

—Hay un par, desde luego. En un grupo tan grande siempre tiene que haber disidentes.

—¿Alguien en concreto? —preguntó Kelsier—. ¿Hombres que hayan querido marcharse? Necesito a alguien que se haya destacado en su oposición a lo que estamos haciendo.

—Ahora mismo hay un par en el calabozo.

—¿Y aquí? Alguien sentado en alguna mesa a quien todos podamos ver.

Ham pensó un momento observando la multitud.

—El hombre sentado en la segunda mesa, el de la capa roja. Lo pillaron intentando escapar hace un par de semanas.

El hombre en cuestión era delgaducho y nervioso; estaba sentado a su mesa, encorvado y solitario.

Kelsier negó con la cabeza.

—Necesito a alguien un poco más carismático.

Ham se frotó la barbilla, pensativo. Entonces se detuvo y señaló con la cabeza hacia otra mesa.

—Bilg. El grandullón sentado en la cuarta mesa de la derecha.

—Ya lo veo —dijo Kelsier. Bilg era un hombretón barbudo, vestido con chaleco.

—Es demasiado listo para insubordinarse —dijo Ham—, pero ha estado creando problemas a la chita callando. No cree que tengamos ninguna posibilidad contra el Imperio Final. Por mí lo encerraría, pero no puedo castigar a nadie por expresar temor... o, al menos, si lo hiciera, tendría que hacer lo mismo con la mitad del ejército. Además, es demasiado buen guerrero para descartarlo a la ligera.

—Es perfecto —dijo Kelsier.

Quemó cinc, luego miró a Bilg. Aunque el cinc no le permitía leer las emociones del hombre, era posible, al quemar el metal, aislar a un solo individuo para aplacarlo o encenderlo, igual que se puede aislar un solo pedazo de metal entre cientos para tirar de él.

Incluso así, era difícil destacar a Bilg entre una multitud tan

grande, así que Kelsier se concentró en la mesa entera, manteniendo las emociones de todos «a mano» para usarlas después. Entonces se levantó. Lentamente, la caverna guardó silencio.

—Antes de marcharme, me gustaría expresar por última vez cuánto me ha impresionado esta visita. —Sus palabras resonaron en la sala, amplificadas por la acústica natural de la caverna—. Os estáis convirtiendo en un buen ejército. Pido disculpas por robaros al general Hammond, pero os dejo a un hombre muy competente en su lugar. Muchos de vosotros conocéis al general Yeden, conocéis sus muchos años sirviendo como líder de la rebelión. Confío en su habilidad para entrenaros aún más en las labores del ejército.

Empezó a inflamar a Bilg y sus acompañantes, alterando sus emociones, contando con el hecho de que ya sentirían desagrado.

—Es una gran tarea la que os pido —dijo Kelsier, sin mirar a Bilg—. Los skaa de Luthadel, de hecho, la mayoría de los skaa en todas partes, no tienen ni idea de lo que estáis a punto de hacer por ellos. No son conscientes del entrenamiento que soportáis ni de las batallas que os preparáis para librar. Sin embargo, cosecharán la recompensa. Algún día, os llamarán héroes.

Siguió inflamando un poco más las emociones de Bilg.

—La Guarnición de Luthadel es fuerte, pero podemos derrotarla... sobre todo si tomamos rápido las murallas de la ciudad. No olvidéis por qué habéis venido aquí. No se trata tan solo de aprender a blandir una espada o llevar un casco. Esta es la mayor revolución que ha visto el mundo: se trata de tomar el gobierno, de expulsar al lord Legislador. No perdáis de vista vuestro objetivo.

Kelsier hizo una pausa. Con el rabillo del ojo vio la expresión

sombría de los hombres de la mesa de Bilg. Por fin, en medio del silencio, oyó un comentario... y la acústica de la caverna llevó el murmullo a muchos oídos.

Kelsier frunció el ceño y se volvió hacia Bilg. Toda la caverna pareció volverse aún más silenciosa.

—¿Has dicho algo? —preguntó. Era el momento decisivo.
¿Resistirá o se acobardará?

Bilg le devolvió la mirada. Kelsier inflamó al hombre con su poder. Obtuvo su recompensa cuando Bilg se levantó de la mesa con la cara enrojecida.

—Sí, señor —replicó el hombretón—. He dicho algo. He dicho que algunos de nosotros no hemos perdido de vista nuestro «objetivo». Pensamos en él todos los días.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Kelsier. Empezaron a sonar murmullos al fondo de la caverna mientras los soldados pasaban la noticia a aquellos que estaban demasiado lejos para oír.

Bilg tomó aire.

—Porque, *señor*, pensamos que nos envías al suicidio. Los ejércitos del Imperio Final son más grandes que una sola guarnición. No importará si tomamos las murallas: acabarán por masacrarnos tarde o temprano. No se derroca a un imperio con un par de miles de soldados.

Perfecto, pensó Kelsier. *Lo siento, Bilg. Pero alguien tenía que decirlo y desde luego no podía ser yo.*

—Veo que tenemos un desacuerdo —dijo Kelsier en voz alta—. Yo sí creo en estos hombres y en su propósito.

—Pues yo creo que eres un necio que se engaña —gritó Bilg—. Y yo fui más necio aún al venir a estas malditas cuevas. Si tan seguro

estás de nuestras posibilidades, ¿por qué no puede marcharse nadie? ¡Estamos atrapados aquí hasta que nos envíes a morir!

—Me insultas —repuso Kelsier—. Sabes muy bien por qué no se os permite marcharos. ¿Por qué quieres irte, soldado? ¿Estás ansioso por vender a tus compañeros al lord Legislador? ¿Unos cuantos cuartos rápidos a cambio de cuatro mil vidas?

El rostro de Bilg se volvió aún más rojo.

—¡Yo nunca haría una cosa así, pero tampoco voy a dejar que me envíes a la muerte! Este ejército es una tontería.

—Lo que dices es traición. —Kelsier se volvió hacia la multitud—. No es adecuado que un general luche contra un hombre bajo su mando. ¿Hay aquí algún soldado dispuesto a defender el honor de esta rebelión?

Inmediatamente, un par de docenas de hombres se levantaron. Kelsier advirtió a uno en concreto. Era más pequeño que el resto, pero tenía la sencilla disposición que Kelsier había advertido antes.

—Capitán Demoux.

Inmediatamente, el joven capitán dio un salto adelante.

Kelsier echó mano a su espada y se la lanzó.

—¿Sabes usar una espada, muchacho?

—¡Sí, señor!

—Que alguien traiga un arma para Bilg y un par de chalecos reforzados. —Kelsier se volvió hacia el hombretón—. Los nobles tienen una tradición. Cuando surge una disputa, la zanján con un duelo. Derrota a mi campeón y serás libre para marcharte.

—¿Y si él me derrota a mí? —preguntó Bilg.

—Entonces, morirás.

—Estoy muerto si me quedo —dijo Bilg, aceptando una espada de

un soldado cercano—. Acepto los términos.

Kelsier asintió e indicó a unos hombres que apartaran las mesas e hicieran espacio. Los soldados empezaron a ponerse en pie, congregándose para ver la pelea.

—Kell, ¿qué estás haciendo? —susurró Ham a su lado.

—Algo que hay que hacer.

—Que hay que... ¡Kelsier, ese chico no es rival para Bilg! Confío en Demoux, por eso lo he ascendido, pero no es un gran guerrero. ¡Bilg es uno de los mejores espadachines del ejército!

—¿Los hombres lo saben?

—Por supuesto. Cancela esto. Bilg dobla a Demoux en tamaño... El chico está en desventaja en alcance, fuerza y habilidad. ¡Lo va a matar!

Kelsier ignoró la petición. Se sentó tranquilamente mientras Bilg y Demoux sopesaban sus espadas y un par de soldados les colocaban las corazas de cuero. Cuando estuvieron listos, Kelsier agitó una mano, indicando que la pelea podía comenzar.

Ham gruñó.

Sería una pelea breve. Ambos hombres tenían espadas largas y poca armadura. Bilg avanzó confiado, haciendo unos cuantos pases de prueba hacia Demoux. El muchacho era competente: bloqueó los golpes, pero reveló gran parte de sus habilidades al hacerlo.

Inspirando profundamente, Kelsier quemó acero y hierro.

Bilg golpeó y Kelsier empujó la hoja a un lado, dando espacio a Demoux para escapar. El joven intentó una estocada que Bilg paró con facilidad. El hombretón atacó entonces con un molinete, haciendo que Demoux retrocediera tambaleándose. Demoux trató

de apartarse del último golpe, pero fue demasiado lento. La hoja cayó implacablemente.

Kelsier avivó hierro, tirando de la abrazadera de una lámpara para estabilizarse, y luego asió los remaches de hierro del vestido de Demoux. Kelsier tiró mientras Demoux saltaba, apartando al muchacho de Bilg y haciéndolo trazar un arco.

Demoux aterrizó con una voltereta mientras la espada de Bilg golpeaba el suelo de piedra. El hombretón alzó la cabeza, sorprendido, y un murmullo de asombro recorrió la multitud.

Bilg gruñó y echó a correr con la espada en alto. Demoux bloqueó el potente golpe, pero Bilg le arrebató el arma al muchacho sin esfuerzo. Volvió a golpear y Demoux alzó instintivamente una mano para defenderse.

Kelsier empujó, deteniendo la espada de Bilg en medio del golpe. Demoux se levantó, la mano por adelante, como si hubiera detenido el arma atacante con un pensamiento. Los dos se quedaron así un momento, Bilg tratando de mover la espada, Demoux mirándose la mano, asombrado. Enderezándose un poco, Demoux adelantó la mano, vacilante.

Kelsier empujó y arrojó a Bilg hacia atrás. El gran guerrero cayó al suelo con un grito de sorpresa. Cuando se levantó, un momento después, Kelsier no tuvo que encender sus emociones para enfurecerlo. Aulló de ira, agarró la espada con las dos manos y se abalanzó contra Demoux.

Algunos hombres no saben cuándo tienen que dejarlo, pensó Kelsier mientras Bilg atacaba.

Demoux empezó a esquivar. Kelsier empujó al chico a un lado, apartándolo del camino. Entonces Demoux se volvió, agarró su

propia arma con las dos manos y atacó a Bilg. Kelsier cogió el arma de Demoux en mitad del golpe y tiró contra ella con fuerza, adelantando el acero con un poderoso avivar de hierro.

Las espadas entrechocaron, y el golpe de Demoux, amplificado por Kelsier, le arrancó a Bilg el arma de las manos. Hubo un fuerte golpe y el grandullón cayó al suelo, perdido completamente el equilibrio por la fuerza del mandoble de Demoux. El arma de Bilg rebotó en el suelo de piedra un poco más allá.

Demoux avanzó, alzando la espada sobre el aturdido Bilg. Y entonces se detuvo. Kelsier quemó hierro con la intención de apoderarse del arma y descargarla, para forzar el golpe de gracia, pero Demoux se resistió.

Kelsier vaciló. *Este hombre debería morir*, pensó furioso. En el suelo, Bilg gemía. Kelsier apenas podía ver su brazo torcido, el hueso roto por el poderoso golpe. Estaba sangrando.

No, pensó Kelsier. *Es suficiente.*

Soltó el arma de Demoux, quien bajó la espada y miró a Bilg. Entonces Demoux alzó las manos y se las miró asombrado; los brazos le temblaban levemente.

Kelsier se puso en pie y la multitud guardó silencio una vez más.

—¿Creéis que os enviaría contra el lord Legislador sin estar preparados? —preguntó en voz alta—. ¿Creéis que os enviaría a morir? ¡Lucháis por lo que es justo! Lucháis *por mí*. No os faltará ayuda cuando marchéis contra los soldados del Imperio Final.

Kelsier alzó las manos y mostró una diminuta barra de metal.

—Habéis oído hablar de esto, ¿verdad? ¿Conocéis los rumores sobre el Undécimo metal? Bien, yo lo tengo... y lo usaré. ¡El lord Legislador morirá!

Los hombres empezaron a aplaudir.

—¡No es nuestra única herramienta! —gritó Kelsier—. ¡Tenéis en vuestro interior un poder inenarrable! ¿Habéis oído hablar de las magias arcanas que usa el lord Legislador? ¡Bien, nosotros tenemos algunas propias! ¡Disfrutad del festín, soldados míos, y no temáis la batalla que ha de venir! ¡Anheladla!

La sala irrumpió en una salva de aplausos y Kelsier indicó que sirvieran más cerveza. Un par de criados se apresuró a sacar a Bilg del lugar. Cuando Kelsier se sentó, Ham puso mala cara.

—No me gusta esto, Kell.

—Lo sé —respondió este tan tranquilo.

Ham estuvo a punto de seguir hablando, pero Yeden se inclinó hacia él.

—¡Ha sido sorprendente! Yo... ¡Kelsier, no lo sabía! Tendrías que haberme dicho que podías pasar tus poderes a otros. Con esas habilidades, ¿cómo es posible perder?

Ham colocó una mano sobre el hombro de Yeden, obligándolo a sentarse.

—Come —ordenó. Se volvió hacia Kelsier, acercó su silla y habló en voz baja—. Acabas de mentirle a todo mi ejército, Kell.

—No, Ham. Le he mentado a *mi* ejército.

Ham vaciló. Luego su rostro se ensombreció.

Kelsier suspiró.

—Ha sido solo una mentira a medias. No tienen que ser guerreros, solo tienen que parecer lo suficientemente amenazadores para apoderarse del atium. Con él sobornaremos a la Guarnición y nuestros hombres ni siquiera tendrán que pelear. Eso es virtualmente lo mismo que les he prometido.

Ham no respondió.

—Antes de que me marche —continuó Kelsier—, quiero que selecciones a unas cuantas docenas de nuestros soldados más dedicados y dignos de confianza. Los enviaremos de vuelta a Luthadel, bajo juramento de no revelar dónde está el ejército, para que puedan difundir entre los skaa la noticia de lo que ha pasado esta noche.

—Entonces, ¿esto es cosa de tu ego? —replicó Ham.

Kelsier negó con la cabeza.

—A veces tenemos que hacer cosas que nos parecen repulsivas, Ham. Mi ego puede ser considerable, pero se trata de otra cosa.

Ham permaneció sentado un momento, luego se concentró en su comida. Sin embargo, no comió: se quedó mirando la sangre que había en el suelo ante la mesa.

Ah, Ham, pensó Kelsier. Ojalá pudiera explicártelo todo.

Planes detrás de los planes, esquemas más allá de los esquemas.

Siempre había otro secreto.

Al principio, estaban aquellos que no creían que la Profundidad fuera un peligro serio, al menos no para ellos. Sin embargo, trajo con sí una plaga que he visto infectar a casi toda la tierra. Los ejércitos son inútiles contra ella. Las grandes ciudades son arrasadas por su poder. Las cosechas se pierden y la tierra muere.

A eso combato. Este es el monstruo que debo derrotar. Me preocupa haber tardado demasiado. Ya se ha producido tanta destrucción que temo por la supervivencia de la humanidad.

¿Es verdaderamente el fin del mundo, como predicen tantos filósofos?

22



Llegamos a Terris a principios de semana —leyó Vin—, y tengo que decir que el paisaje me pareció maravilloso. Las grandes montañas al norte, con sus cimas nevadas y sus faldas boscosas, se alzan como dioses guardianes sobre esta tierra de verde fertilidad. Mis propias tierras del sur son llanas: creo que serían menos temibles si hubiera unas cuantas montañas para dar variedad al terreno.

Aquí la gente se dedica principalmente al pastoreo, aunque no son raros los leñadores y los granjeros. Es una tierra de pastos, desde luego. Parece extraño que de un sitio tan agrícola hayan surgido las profecías y doctrinas en las que se basa el mundo entero.

Escogimos a un grupo de porteadores terrisanos para que nos guíen por los difíciles pasos montañosos. Sin embargo, no son hombres corrientes. Parece que las historias son ciertas: algunos terrisanos tienen una habilidad destacada que resulta muy intrigante.

De algún modo acumulan fuerzas para usarlas al día siguiente. Antes de dormir, por la noche, se pasan una hora acostados y, durante ese tiempo, se vuelven muy frágiles de aspecto, casi como si hubieran envejecido medio siglo. Sin embargo, cuando se despiertan a la mañana siguiente se vuelven muy musculosos. Al parecer, sus poderes tienen algo que ver con los brazaletes y pendientes de metal que llevan siempre.

El líder de los porteadores se llama Rashek y es bastante taciturno. Sin embargo, Braches (inquisitivo como siempre) ha prometido interrogarlo con la esperanza de

descubrir exactamente cómo se consigue esa maravillosa capacidad para hacer acopio de fuerzas.

Mañana comenzaremos la fase final de nuestra peregrinación, las Montañas Lejanas de Terris. Allí, es de esperar que encuentre la paz, tanto para mí como para nuestra pobre tierra.

Mientras leía su ejemplar del diario, Vin tomó rápidamente varias decisiones. Primero, quedó firmemente convencida de que no le gustaba leer. Sazed no escuchaba sus quejas: solo decía que no había practicado lo suficiente. ¿No veía que leer no era una habilidad práctica como manejar una daga o recurrir a la alomancia?

A pesar de todo, continuó leyendo según sus órdenes, aunque solo fuera para demostrar testarudamente que podía hacerlo. Le costaba entender muchas de las palabras del diario de viaje y tenía que leer en una zona apartada de la Mansión Renoux donde podía descubrir las palabras por su cuenta, tratando de descifrar el extraño estilo de letra del lord Legislador.

La lectura continuada la llevó a la segunda conclusión: el lord Legislador era mucho más quejica de lo que tenía derecho a ser ningún dios. Cuando las páginas del libro no estaban llenas de aburridas notas sobre los viajes del lord Legislador, estaban repletas de reflexiones y prolijas enseñanzas morales. Vin estaba empezando a desear no haber encontrado aquel libro.

Suspiró, acomodándose en su silla de mimbre. Una fresca brisa de principios de primavera agitaba los jardines. El aire era confortablemente húmedo gracias a la pequeña fuente que había a la izquierda, y los árboles la protegían del sol de la tarde. Ser noble, incluso una noble falsa, tenía desde luego sus ventajas.

Sonaron pasos tras ella. Estaban lejos, pero Vin se había

acostumbrado a quemar un poco de estaño en todo momento. Se dio la vuelta y miró con disimulo por encima del hombro.

—¿Fantasma? —dijo con sorpresa cuando vio al joven Lestibournes recorrer el sendero del jardín—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Fantasma se detuvo, ruborizado.

—Perando que el Dox venga y en sequeda.

—¿Dockson? —dijo Vin—. ¿Está aquí también?

¡Tal vez tenga noticias de Kelsier!

Fantasma asintió y se acercó.

—Armas paendaytomá porenprimera vé.

Vin vaciló.

—Me he perdido.

—Teníamos que repartir algunas armas más —dijo Fantasma, esforzándose por no hablar en su dialecto—. Y las almacenaremos aquí durante un tiempo.

—Ah —dijo Vin, levantándose y cepillándose el vestido—. Debería ir a verlo.

Fantasma pareció de pronto avergonzado, se ruborizó de nuevo, y Vinladeó la cabeza.

—¿Había algo más?

Con un súbito movimiento, Fantasma echó mano al chaleco y sacó algo. Vin avivó peltre en respuesta, pero no era más que un pañuelo blanco y rosa. Fantasma se lo tendió.

Vin lo aceptó, vacilante.

—¿Para qué es esto?

Fantasma se ruborizó otra vez, se dio media vuelta y se marchó.

Vin lo vio irse, desconcertada. Miró el pañuelo. Estaba hecho de

suave encaje, pero no parecía haber nada extraño en él.

Qué chico tan raro, pensó, guardándose el pañuelo en la manga. Recogió su ejemplar del diario de viajes y echó a andar por el sendero. Se estaba acostumbrando tanto a llevar vestido que apenas tenía que prestar atención a que las capas inferiores rozaran los matojos o las piedras.

Supongo que eso es en sí mismo una habilidad valiosa, pensó mientras llegaba a la entrada del jardín sin haberse enganchado el vestido en una sola rama. Abrió la puerta de muchos paneles de cristal y detuvo al primer criado que vio.

—¿Ha llegado maese Delton? —preguntó, usando el nombre falso de Dockson. Se hacía pasar por uno de los mercaderes que Renoux tenía como contacto dentro de Luthadel.

—Sí, mi señora —dijo el criado—. Está reunido con lord Renoux.

Vin lo dejó marchar. Hubiese podido participar en la reunión, pero no le pareció bien. Lady Valette no tenía ningún motivo para asistir a un encuentro mercantil entre Renoux y Delton.

Vin se mordió los labios, pensativa. Sazed siempre le decía que tenía que guardar las apariencias. *Bien*, pensó. *Esperaré. Tal vez Sazed pueda decirme qué espera que haga ese muchacho loco con el pañuelo.*

Se marchó a la biblioteca de arriba con la agradable sonrisa propia de una dama mientras trataba de deducir de qué estaban hablando Renoux y Dockson. El hecho de traer las armas era una excusa; Dockson no hubiese hecho personalmente algo tan mundano. Tal vez Kelsier se había retrasado. O tal vez Dockson había entrado por fin en contacto con Marsh: el hermano de Kelsier,

junto con los otros nuevos iniciados de los obligadores, debía llegar pronto a Luthadel.

Dockson y Renoux podrían haberme mandado llamar, pensó, molesta. Valette solía atender a los invitados con su tío.

Sacudió la cabeza. Aunque Kelsier hubiera dicho que era miembro pleno de la banda, los demás obviamente seguían considerándola todavía una niña. Eran amistosos y la aceptaban, pero no parecían incluirla. Quizá lo hicieran sin intención, pero no por eso resultaba menos frustrante.

Había luz en la biblioteca. En efecto, Sazed estaba sentado traduciendo las últimas páginas del diario. Alzó la cabeza cuando Vin entró, sonrió y asintió respetuosamente.

Tampoco lleva gafas esta vez, advirtió Vin. *¿Por qué las usó durante tan poco tiempo antes?*

—Señora Vin —dijo, levantándose y acercándole una silla—. ¿Cómo van tus estudios del libro?

Vin contempló las páginas que tenía en la mano.

—Bien, supongo. No comprendo por qué tengo que molestarme en leerlo... Les diste copias a Kell y Brisa también, ¿no?

—Desde luego —respondió Sazed, colocando la silla junto a su mesa—. Sin embargo, maese Kelsier pidió que todos los miembros del grupo leyeran las páginas. Creo que hace bien. Cuantos más ojos lean esas palabras, más probable es que descubramos los secretos ocultos que hay en ellas.

Vin suspiró, se alisó el vestido y se sentó. El vestido blanco y azul era precioso: aunque pretendidamente para uso diario, era solo ligeramente menos lujoso que los vestidos que usaba para las fiestas.

—Debes admitir que el texto es sorprendente —dijo Sazed mientras se sentaba—. Esta obra es el sueño de un guardador. ¡Estoy descubriendo cosas sobre mi cultura que ni siquiera sospechaba!

Vin asintió.

—Acabo de llegar a la parte en que llegan a Terris.

Con suerte, la siguiente contendrá menos listas de suministros. Sinceramente, para tratarse de un dios maligno de la oscuridad puede ser bastante aburrido.

—Sí, sí —dijo Sazed, hablando con extraño entusiasmo—. ¿Has visto que describe Terris como un lugar de «verde fertilidad»? Las leyendas de los guardadores hablan de eso. Terris es ahora una tundra de tierra congelada donde no sobrevive casi ninguna planta. Pero antiguamente fue verde y hermosa, como dice el texto.

Verde y hermosa, pensó Vin. ¿Por qué tiene el verde que ser hermoso? Sería como tener plantas azules o púrpura... solo algo extraño.

Sin embargo, había algo más en el libro de viajes que despertaba su curiosidad: algo que tanto Sazed como Kelsier no habían querido mencionar.

—Acabo de leer la parte en la que el lord Legislador contrata a unos porteadores de Terris —dijo Vin con cuidado—. Habla de que se volvían más fuertes durante el día porque se dejaban debilitar durante la noche.

Sazed de pronto se volvió más retraído.

—Sí, en efecto.

—¿Sabes algo de esto? ¿Tiene que ver con ser guardador?

—Sí. Pero debe permanecer en secreto. No es que no seas digna

de confianza, Vin. Sin embargo, cuanta menos gente sepa cosas sobre los guardadores, menos rumores se contarán acerca de nosotros. Lo mejor sería que el lord Legislador empezara a creer que nos ha destruido por completo, tal como ha sido su objetivo durante los últimos mil años.

Vin se encogió de hombros.

—Bien. Esperemos que ninguno de los secretos que Kelsier quiere que descubramos en este texto estén relacionados con los poderes terrisanos... Si lo están, se me han pasado por completo.

Sazed no dijo nada.

—Ah, bien —dijo Vin desenfadadamente, hojeando las páginas que no había leído—. Parece que se pasa mucho tiempo hablando de los terrisanos. Supongo que no podré ayudar gran cosa cuando Kelsier vuelva.

—Tienes razón —dijo Sazed lentamente—. Aunque lo expreses de manera un poco melodramática.

Vin sonrió.

—Muy bien —dijo Sazed con un suspiro—. Creo que no deberíamos haberte dejado pasar tanto tiempo con maese Brisa.

—Los hombres del libro de viajes. ¿Son guardadores?

Sazed asintió.

—Lo que ahora llamamos guardadores eran mucho más corrientes entonces... quizás incluso más corrientes que actualmente los brumosos entre los nobles modernos. Nuestro arte se llama «feruquimia»: la habilidad de almacenar ciertos atributos físicos dentro de trozos de metal.

Vin frunció el ceño.

—¿También quemáis metales?

—No —dijo Sazed, sacudiendo la cabeza—. Los feruquimistas no son como los alománticos... No «quemamos» nuestros metales. Los usamos como depósito. Cada trozo de metal, dependiendo del tamaño y la aleación, puede almacenar cierta cualidad física. El feruquimista conserva un atributo y recurre a esa reserva posteriormente.

—¿Atributo? ¿Como la fuerza?

Sazed asintió.

—En el texto, los portadores de Terris se debilitan durante la noche, acumulando fuerzas en sus brazaletes para usarlas al día siguiente.

Vin estudió el rostro de Sazed.

—¡Por eso llevas tantos pendientes!

—Sí, señora —dijo él, y se subió las mangas. Bajo la túnica llevaba gruesos brazaletes de hierro en los antebrazos—. Mantengo ocultas algunas de mis reservas... pero llevar muchos anillos, pendientes y otras joyas siempre ha sido parte de la cultura de Terris. El lord Legislador intentó prohibir una vez que los terrisanos tocaran o poseyeran metal alguno... de hecho, intentó imponer que llevar metales fuera privilegio de los nobles y no de los skaa.

Vin frunció el ceño.

—Qué extraño —dijo—. Cabría pensar que son los nobles quienes no querrían llevar metal, porque eso los haría vulnerables a la alomancia.

—En efecto. Sin embargo, la moda ha sido siempre adornar los vestidos con metal. Comenzó, sospecho, con el deseo del lord Legislador de negar a los terrisanos el derecho a tocar metal. Él mismo empezó a llevar anillos y brazaletes de metal, y los nobles

siempre lo imitaron en sus modas. Hoy en día, los más ricos a menudo llevan metal como símbolo de poder y orgullo.

—Parece una estupidez.

—La moda suele serlo. De todas formas, el intento fracasó: muchos nobles solo llevan madera pintada para que parezca metal y los terrisanos consiguieron capear el descontento del lord Legislador en este tema. Sencillamente, era imposible llevar a la práctica que los sirvientes nunca manejen metal. Sin embargo, eso no ha impedido que el lord Legislador tratara de exterminar a los guardadores.

—Os teme.

—Y nos odia. No solo a los feruquimistas, sino a todos los terrisanos. —Sazed colocó una mano sobre la parte del texto que aún no había traducido—. Espero encontrar ese secreto aquí también. Nadie recuerda por qué el lord Legislador persigue al pueblo de Terris, pero sospecho que tiene algo que ver con esos portadores. Su líder, Rashek, parece un hombre muy extraño. El lord Legislador habla a menudo de él en su narración.

—Menciona la religión —dijo Vin—. La religión de Terris. Algo sobre unas profecías.

Sazed negó con la cabeza.

—No puedo responder a eso, señora, pues no sé más que tú de la religión de Terris.

—Pero si recopilas religiones. ¿Es que no conoces la tuya propia?

—No —respondió Sazed solemnemente—. Verás, por eso se formaron los guardadores. Hace siglos, mi pueblo ocultó a los últimos feruquimistas de Terris. Las purgas del lord Legislador se volvían muy violentas: eso fue antes de que iniciara el programa

reproductor. Entonces no éramos criados ni mayordomos... ni siquiera éramos skaa. Éramos algo que había que destruir.

»Sin embargo, algo impidió que el lord Legislador nos aniquilara por completo. No sé por qué... Quizá pensó que el genocidio era demasiado castigo. De todas formas, destruyó con éxito nuestra religión durante los dos primeros siglos de su dominio. La organización de guardadores se formó durante el siglo siguiente y sus miembros se dedicaron a descubrir lo que se había perdido y recordarlo para el futuro.

—¿Con feruquimia?

Sazed asintió, pasando los dedos por el brazalete de su brazo derecho.

—Este es de cobre: permite almacenar recuerdos y pensamientos. Cada guardador lleva varios brazaletes como este, llenos de conocimiento: canciones, relatos, oraciones, historias y lenguajes. Muchos guardadores tienen un área de interés concreta (la mía es la religión), pero todos recordamos la colección entera. Si tan solo uno de nosotros sobrevive hasta la muerte del lord Legislador, entonces nuestro pueblo podrá recuperar todo lo que ha perdido. —Hizo una pausa y se bajó la manga—. Bueno, no todo lo que se ha perdido. Todavía hay cosas que faltan.

—Vuestra propia religión —dijo Vin en voz baja—. Nunca la encontrasteis, ¿verdad?

Sazed sacudió la cabeza.

—El lord Legislador da a entender en su libro de viajes que fueron nuestros profetas quienes le condujeron al Pozo de la Ascensión, pero incluso esto es información nueva para nosotros. ¿Qué

creíamos? ¿A qué, o a quién, adorábamos? ¿De dónde procedían esos profetas de Terris, y cómo predecían el futuro?

—Yo... lo siento.

—Seguimos buscando. Acabaremos por encontrar nuestras respuestas. Aunque no lo hagamos, habremos proporcionado un servicio de valor incalculable a la humanidad. Otra gente nos considera dóciles y serviles, pero a nuestro modo hemos luchado contra él.

Vin asintió.

—¿Y qué otras cosas puedes almacenar? Fuerza y recuerdos. ¿Algo más?

Sazed se la quedó mirando.

—Ya he dicho demasiado. Entiendes la mecánica de lo que hacemos: si el lord Legislador menciona estas cosas en su texto, no te confundirás.

—Capacidad de visión —dijo Vin, alzando la cabeza—. Por eso llevaste gafas durante unas cuantas semanas después de rescatarme. Necesitabas poder ver mejor esa noche, cuando me salvaste, y por eso agotaste tu provisión. Luego pasaste unas semanas con visión débil hasta que pudiste recargarla.

Sazed no respondió al comentario. Tomó su pluma con la evidente intención de volver a su trabajo como traductor.

—¿Alguna cosa más, señora?

—La verdad es que sí —respondió Vin, sacando el pañuelo de su manga—. ¿Tienes idea de lo que es esto?

—Parece un pañuelo, señora.

Vin alzó una ceja.

—Muy gracioso. Has pasado demasiado tiempo con Kelsier,

Sazed.

—Lo sé —contestó él con un suspiro—. Creo que me ha corrompido. De todas maneras, no comprendo tu pregunta. ¿Qué tiene de particular ese pañuelo en concreto?

—Eso es lo que quiero saber. Fantasma me lo ha dado hace un ratito.

—Ah. Entonces tiene sentido.

—¿Qué?

—En la sociedad noble, un pañuelo es el regalo tradicional que un joven hace a una dama cuando desea cortejarla en serio.

Vin vaciló y miró anonadada el pañuelo.

—¿Qué? ¿Ese chaval está loco?

—Creo que la mayoría de los hombres de su edad están un poco locos —dijo Sazed con una sonrisa—. Sin embargo, no es inesperado. ¿No te has dado cuenta de cómo te mira cuando entras en la habitación?

—Solo me parece que es un poco raro. ¿En qué está pensando? Es mucho más joven que yo.

—El muchacho tiene quince años, Vin. Solo tiene uno menos que tú.

—Dos —dijo Vin—. Cumplí diecisiete la semana pasada.

—De todas maneras, no es mucho más joven que tú.

Vin miró al cielo.

—No tengo tiempo para sus atenciones.

—Cabría pensar que agradecerías las oportunidades que tienes. No todo el mundo es tan afortunado.

Vin vaciló. *Es un eunuco, idiota.*

—Sazed, lo siento. Yo...

Sazed agitó una mano.

—Es algo de lo que nunca he sabido lo suficiente, señora. Tal vez soy afortunado... Viviendo en los bajos fondos no es fácil criar una familia. Vaya, el pobre maese Hammond lleva meses alejado de su esposa.

—¿Ham está casado?

—Pues claro. Igual que maese Yeden, creo. Protegen a sus familias separándolas de las actividades del submundo, pero para eso tienen que pasar largos periodos de tiempo separados.

—¿Quién más? —preguntó Vin—. ¿Brisa? ¿Dockson?

—Maese Brisa está un poco demasiado... centrado en sí mismo para tener familia, creo. Maese Dockson no ha hablado de su vida sentimental, pero sospecho que hay algo doloroso en su pasado. Eso no es nada extraño en los skaa de las plantaciones, como cabría esperar.

—¿Dockson es de una plantación? —preguntó Vin, un tanto sorprendida.

—Naturalmente. ¿Es que no hablas nunca con tus amigos?

Amigos. Tengo amigos. Era una idea extraña.

—Tendría que continuar con mi trabajo —dijo Sazed—. Lamento tener que despedirte, pero casi he terminado la traducción...

—Por supuesto —dijo Vin, poniéndose en pie y alisándose el vestido—. Gracias.

Encontró a Dockson sentado en el estudio de invitados, escribiendo en silencio en un papel, con un montón de documentos perfectamente organizados al lado. Llevaba un traje de noble

clásico, y como siempre parecía más cómodo con esa ropa que los demás. Kelsier era descarado, Brisa, inmaculado y llamativo, pero Dockson... sencillamente llevaba con naturalidad aquel atuendo.

Alzó la cabeza al verla entrar.

—¿Vin? Lo siento... tendría que haberte mandado llamar. Por algún motivo supuse que estabas fuera.

—A menudo lo estoy, de un tiempo a esta parte —respondió Vin, cerrando la puerta—. Hoy me he quedado en casa: escuchar a las nobles parlotear en el almuerzo puede ser un poco pesado.

—Me lo imagino —sonrió Dockson—. Siéntate.

Vin asintió con la cabeza y entró en la habitación. Era un lugar tranquilo, decorado con colores cálidos y maderas caras. Todavía había un poco de luz en el exterior, pero Dockson ya había corrido las cortinas y trabajaba a la luz de las velas.

—¿Alguna noticia de Kelsier? —preguntó Vin mientras se sentaba.

—No —respondió Dockson, haciendo a un lado el documento—. Pero era de esperar. No iba a estar mucho tiempo en las cuevas, así que enviar un mensajero de vuelta habría sido un poco tonto..., como alomántico, él podría llegar incluso antes que un hombre a caballo. Sea como sea, sospecho que llegará unos cuantos días tarde. Después de todo, estamos hablando de Kell.

Vin asintió y guardó silencio un momento. No había pasado tanto tiempo con Dockson como con Kelsier y Sazed... o con Ham y Brisa. Sin embargo, parecía un hombre agradable. Muy estable y muy listo. Mientras que la mayoría de los otros contribuía con algún tipo de poder alomántico al grupo, Dockson era valioso por su capacidad organizativa.

Cuando había que conseguir algo (como los vestidos de Vin), Dockson se encargaba de hacerlo. Cuando había que alquilar un edificio, procurar suministros u obtener un permiso, Dockson hacía que sucediera. No estaba en primera fila, engañando a nobles, luchando en las brumas o reclutando soldados. Sin embargo, sin él, Vin sospechaba que todo el grupo se haría pedazos.

Es un hombre agradable, se dijo. No le importará si se lo pregunto.

—Dox, ¿cómo era vivir en una plantación?

—¿Hummm? ¿La plantación?

Vin asintió.

—Creciste en una, ¿no? ¿Eres un skaa de plantación?

—Sí —dijo Dockson—. O al menos lo fui. ¿Cómo era? No estoy seguro de cómo responder, Vin. Era una vida dura, pero la mayoría de los skaa lleva una vida dura. No se me permitía salir sin permiso de la plantación, ni salir siquiera de la comunidad. Comíamos de manera más regular que un montón de skaa callejeros, pero trabajábamos tan duro como cualquier trabajador de fábrica. Quizá más.

»Las plantaciones son algo distintas de las ciudades. Allí, cada lord es su propio amo. En teoría, el lord Legislador es el dueño de los skaa, pero los nobles los alquilan y se les permite matar a tantos como quieran. Cada lord solo tiene que asegurarse de entregar las cosechas.

—Lo dices con una... frialdad.

Dockson se encogió de hombros.

—Ha pasado tiempo desde que vivía allí, Vin. No creo que la plantación fuera demasiado traumática. Era solo la vida... No

conocíamos nada mejor. De hecho, ahora sé que de entre los lores de las plantaciones el mío era bastante compasivo.

—¿Por qué te marchaste, entonces?

Dockson hizo una pausa.

—Sucedió algo —dijo, con voz triste—. ¿Conoces la ley que dice que un lord puede acostarse con cualquier mujer skaa que desee?

Vin asintió.

—Tiene que matarla cuando termine.

—O poco después —dijo Dockson—. Lo bastante rápido para que no engendre hijos mestizos.

—¿El lord tomó a una mujer que amabas, entonces?

Dockson asintió.

—No hablo mucho de ello. No porque no pueda, sino porque creo que sería inútil. No soy el único skaa que perdió a un ser querido por la pasión de un lord, o incluso por la indiferencia de un lord. De hecho, apuesto a que tendrías problemas para encontrar a un skaa que no tenga a algún ser querido que no haya sido asesinado por la aristocracia. Es solo... como son las cosas.

—¿Quién era ella?

—Una chica de la plantación. Como decía, mi historia no es original. Recuerdo... que me colé entre las chozas una noche para estar con ella. Toda la comunidad nos siguió el juego, ocultándonos de los capataces... Se suponía que yo no podía salir después de oscurecer, ya sabes. Me interné entre las brumas por primera vez, por ella, y aunque muchos me consideraron un necio por salir de noche, otros superaron sus supersticiones y me ayudaron. Creo que el romance los inspiró; Kareien y yo recordamos a todos que había algo por lo que vivir.

»Cuando lord Devinshae se llevó a Kareien... y luego devolvió su cuerpo a las chozas para que fuera enterrado... algo... murió en las chozas de los skaa. Me marché esa noche. No sabía que hubiera una vida mejor, pero no podía quedarme, no con la familia de Kareien allí, no con lord Devinshae viéndonos trabajar...

Dockson suspiró, sacudiendo la cabeza. Vin por fin vio emoción en su cara.

—¿Sabes? A veces hasta me sorprende que lo intentemos —dijo él—. Con todo lo que nos han hecho (las muertes, las torturas, las agonías) cabría pensar que renunciaríamos a cosas como la esperanza y el amor. Pero no lo hacemos. Los skaa siguen enamorándose. Siguen tratando de tener familia y siguen afanándose. Quiero decir... aquí estamos, luchando en la loca guerra de Kell, resistiéndonos a un dios que sabemos que va a matarnos a todos.

Vin no dijo nada, tratando de comprender el horror de lo que él describía.

—Yo... creía que habías dicho que tu señor era amable.

—Sí, y lo era —replicó Dockson—. Lord Devinshae rara vez mataba a palizas a sus skaa y solo purgaba a los viejos cuando la población se descontrolaba por completo. Tenía una reputación impecable entre la nobleza. Lo habrás visto en alguno de los bailes... Ha estado en Luthadel recientemente, para pasar el invierno, entre las temporadas de plantación.

Vin sintió frío.

—¡Dockson, eso es horrible! ¿Cómo pueden dejar a un monstruo semejante entre ellos?

Dockson frunció el ceño y luego se inclinó ligeramente hacia

delante, apoyando los brazos sobre la mesa.

—Vin, *todos* son así.

—Sé que eso es lo que dicen algunos skaa, Dox —respondió Vin—. Pero la gente de los bailes no es así. Los he conocido, he bailado con ellos. Dox, muchos de ellos son buena gente. Creo que no se dan cuenta de lo terribles que son las cosas para los skaa.

Dockson la miró con expresión extraña.

—¿De verdad estoy oyendo esto de ti, Vin? ¿Por qué crees que luchamos contra ellos? ¿No te das cuenta de las cosas de las que esa gente, toda esa gente, es capaz?

—Crueldad, tal vez —dijo Vin—. E indiferencia. Pero no son monstruos... no todos ellos. No como tu antiguo lord de la plantación.

Dockson sacudió la cabeza.

—No los ves como son, Vin. Un noble puede violar y asesinar a una mujer skaa una noche y ser alabado por su moralidad y virtud al día siguiente. Para ellos los skaa no son personas. Las mujeres nobles ni siquiera consideran que sus señores las engañan cuando se acuestan con una mujer skaa.

—Yo... —Vin no supo qué decir, cada vez más insegura. Esa era una parte de la cultura noble a la que no había querido enfrentarse. Las palizas tal vez pudiera perdonarlas, pero eso...

Dockson negó con la cabeza.

—Estás dejando que te droguen, Vin. Estas cosas son menos visibles en las ciudades porque hay casas de prostitución, pero los asesinatos siguen. Algunos burdeles usan a mujeres de muy pobre cuna, pero nobles. La mayoría, sin embargo, mata periódicamente a sus prostitutas para contentar a los inquisidores.

Vin se sintió un poco débil.

—Yo... conozco los burdeles, Dox. Mi hermano siempre me amenazaba con venderme a uno. Pero que los burdeles existan no significa que todos los hombres vayan a ellos. Hay montones de obreros que no visitan los burdeles.

—Los nobles son diferentes, Vin —dijo Dockson severamente—. Son criaturas horribles. ¿Por qué crees que no me quejo cuando Kelsier los mata? ¿Por qué crees que trabajo para derrocar su gobierno? Deberías preguntarle a alguno de esos niños bonitos con los que bailas con cuánta frecuencia se acuesta con mujeres skaa que saben que van a matarlas poco después. Todos lo han hecho, en un momento u otro.

Vin agachó la cabeza.

—No se les puede redimir, Vin —dijo Dockson. No parecía tan apasionado por el tema como Kelsier, tan solo... resignado—. No creo que Kell sea feliz hasta que estén todos muertos. Dudo que lleguemos tan lejos, o incluso que podamos hacerlo, pero yo, por mi parte, me sentiría más que contento si viera su sociedad desmoronarse.

Vin no dijo nada. *Todos no pueden ser así*, pensó. *Son tan hermosos, tan distinguidos. Elend nunca ha tomado y asesinado a una mujer skaa... ¿verdad?*

Apenas duermo unas cuantas horas cada noche. Debemos continuar adelante, viajando cuanto podamos cada día, pero cuando final mente me acuesto, el sueño me elude. Los mismos pensamientos que me preocupan durante el día aumentan en la quietud de la noche.

Y, por encima de todo, oigo los golpeteos de las alturas, los pulsos de las montañas. Atrayéndome con cada latido.

23



—Dicen que la muerte de los hermanos Geffenry fue en venganza por el asesinato de lord Entrone —dijo lady Kliss en voz baja.

Tras el grupo de Vin, los músicos tocaban en el escenario, pero se hacía tarde ya y poca gente bailaba.

El círculo de asistentes a la fiesta que rodeaba a lady Kliss frunció el ceño al oír la noticia. Eran unos seis, incluyendo a Vin y su acompañante, un tal Milen Davenpleu, un joven heredero de una casa menor.

—Vamos, Kliss —dijo Milen—. Las Casas Geffenry y Tekiel son aliadas. ¿Por qué iba Tekiel a asesinar a dos nobles Geffenry?

—¿Por qué, eh? —respondió Kliss, inclinándose hacia delante con un gesto conspirador, con su enorme moño rubio oscilando levemente. Kliss no tenía demasiado sentido de la moda. Sin embargo, era una excelente fuente de chismorreos—. ¿Recuerdas cuando encontraron muerto a lord Entrone en los jardines de Tekiel? —preguntó—. Bueno, parecía obvio que uno de los enemigos de la

Casa Tekiel lo había asesinado. Pero la Casa Geffenry ha estado solicitando una alianza a Tekiel... Al parecer, una facción de la casa pensó que si sucedía algo que enardeciera a los Tekiel, estarían más dispuestos a buscar aliados.

—¿Estás diciendo que Geffenry mató *a propósito* a un aliado Tekiel? —preguntó Rene, el acompañante de Kliss. Arrugó la ancha frente.

Kliss le dio un golpecito en el brazo.

—No te preocupes demasiado, querido —le aconsejó, y luego volvió ansiosamente a la conversación—. ¿No lo veis? Al matar en secreto a lord Entrone, Geffenry esperaba conseguir la alianza que necesita. Eso le daría acceso a las rutas por el canal hacia las llanuras del este.

—Pero le salió mal —dijo Milen, pensativo—. Tekiel descubrió la añagaza y mató a Ardous y Callins.

—Bailé con Ardous un par de veces en la última fiesta —dijo Vin. *Ahora está muerto, su cadáver abandonado en las calles junto a un arrabal skaa.*

—¿Sí? —preguntó Milen—. ¿Era bueno?

Vin se encogió de hombros.

—No mucho.

¿Eso es todo lo que sabes preguntar, Milen? ¿Un hombre ha muerto y solo quieres saber si me gustaba más que tú?

—Bien, ahora está bailando con los gusanos —dijo Tyden, el último hombre del grupo.

Milen dejó escapar una risa forzada, más de lo que el comentario merecía. Los intentos de Tyden por hacer gracia generalmente dejaban algo que desear. Parecía el tipo que se habría sentido más

a gusto con los rufianes de la banda de Camon que con los nobles de un salón de baile.

Naturalmente, Dox dice que en el fondo todos son así.

La conversación que había mantenido con Dockson todavía dominaba sus pensamientos. Cuando Vin había empezado a asistir a las fiestas de los nobles aquella primera noche (la noche que estuvieron a punto de matarla), todo le había parecido falso. ¿Cómo había olvidado su primera impresión? ¿Cómo se había dejado atrapar y había empezado a admirar su pose y su esplendor?

Ahora, el brazo de los nobles alrededor de su cintura la hacía rechinar los dientes, como si pudiera sentir la podredumbre en sus corazones. ¿A cuántas skaa había matado Milen? ¿Y Tyden? Parecía el tipo capaz de disfrutar una noche de putas.

Pero, de todas formas, ella les seguía el juego. Finalmente, se había puesto el vestido negro aquella noche, obedeciendo a la necesidad de diferenciarse de las otras mujeres con sus colores vivos y sus sonrisas resplandecientes. Sin embargo, no podía evitar la compañía de los demás: Vin había empezado por fin a ganarse la confianza que necesitaba su banda. Kelsier estaría encantado de conocer que su plan para la Casa Tekiel estaba funcionando, y eso no era lo único que ella había podido descubrir. Tenía docenas de pequeños fragmentos de información que serían vitales para los esfuerzos de la banda.

Uno de esos fragmentos era acerca de la Casa Venture. La familia se estaba atrincherando para lo que se esperaba que fuera una prolongada guerra entre casas; una prueba de ello era el hecho de que Elend asistía a muchos menos bailes que antes. No es que a Vin le importara. Cuando asistía, normalmente la evitaba, y en

realidad ella no quería hablar con él. El recuerdo de lo que le había dicho Dockson la hacía sospechar que mantener con Elend una actitud cortés le traería problemas.

—¿Milen? —preguntó lord Rene—. ¿Sigues planeando unirme a nosotros para jugar mañana a las conchas?

—Por supuesto, Rene.

—¿No lo prometiste la última vez? —preguntó Tyden.

—Estaré allí —dijo Milen—. La última vez me salió un compromiso.

—¿Y no volverá a salirte otra vez? Sabes que no podemos jugar a menos que tengamos un cuarto hombre. Si no vas a asistir, podríamos invitar a otro...

Milen suspiró, y luego alzó una mano en un gesto brusco. El movimiento llamó la atención de Vin, que solo había estado escuchando a medias la conversación. Miró a un lado y casi dio un respingo al ver a un obligador acercarse al grupo.

Hasta ese momento había conseguido evitar a los obligadores en los bailes. Después de su primer encuentro con un alto prelado, unos meses antes (y la subsiguiente alerta de un inquisidor), había temido acercarse a ninguno.

El obligador se aproximó, sonriendo de una manera algo torcida. Tal vez fueran los brazos cruzados con las manos ocultas por dentro de las mangas grises. Tal vez fueran los tatuajes alrededor de los ojos, arrugados por la vejez. Tal vez fuera la manera en que la miraban, como si pudieran ver a través de su disfraz. No se trataba solo de un noble: era un *obligador*, los ojos del lord Legislador, el que aplicaba su ley.

El obligador se detuvo al llegar junto al grupo. Sus tatuajes lo

identificaban como miembro del Cantón de la Ortodoxia, el principal brazo burocrático del Ministerio. Miró al grupo y habló con voz suave.

—¿Sí?

Milen sacó unas cuantas monedas.

—Prometo reunirme con estos dos para jugar a las conchas mañana —dijo, tendiendo las monedas al viejo obligador.

Parecía un motivo algo tonto para llamar a un obligador... o al menos eso pensó Vin. El obligador, sin embargo, no se rio ni recalcó la frivolidad de la demanda. Se limitó a sonreír, acariciando las monedas con la misma destreza que cualquier ladrón.

—Soy testigo de ello, lord Milen —dijo.

—¿Satisfechos? —les preguntó Milen a los otros dos.

Ellos asintieron.

El obligador se dio media vuelta, sin dirigir a Vin otra mirada, y se marchó. Ella dejó escapar un silencioso suspiro al ver que se iba.

Deben de saber todo lo que sucede en la corte, advirtió. Si la nobleza los llama para que sean testigos de algo tan simple... Cuanto más sabía sobre el Ministerio, más se daba cuenta de lo astuto que había sido el lord Legislador al organizarlos. Eran testigos de cada contrato mercantil; Dockson y Renoux tenían que tratar con los obligadores casi a diario. Solo ellos podían autorizar matrimonios, divorcios, compras de terrenos o ratificar títulos hereditarios. Si un obligador no había actuado como testigo de un hecho, no había sucedido, y si uno no había sellado un documento, entonces bien podría no haber sido escrito.

Vin sacudió la cabeza mientras la conversación pasaba a otros

temas. La noche había sido larga y su mente estaba llena de información que anotar en el camino de vuelta a Fellise.

—Disculpe, lord Milen —dijo, posando una mano en su brazo... aunque tocarlo la hizo temblar levemente—. Creo que tal vez sea hora de que me retire.

—La acompañaré a su carruaje.

—No será necesario —dijo ella dulcemente—. Quiero refrescarme y luego tendré que esperar a mi terrisano, de todas formas. Iré a sentarme a nuestra mesa.

—Muy bien —respondió él, asintiendo respetuosamente.

—Vete si quieres, Valette —dijo Kliss—. Pero nunca sabrás la noticia que tengo sobre el Ministerio...

Vin se detuvo.

—¿Qué noticia?

Los ojos de Kliss chispearon y miró al obligador que se marchaba.

—Los inquisidores zumban como insectos. Han golpeado al doble de bandas skaa que de costumbre estos últimos meses. Ni siquiera hacen prisioneros para ejecutarlos: los matan a todos.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Milen, escéptico. Parecía tan sincero y noble. Nadie hubiese sospechado lo que realmente era.

—Tengo mis fuentes —contestó Kliss con una sonrisa—. Los inquisidores han encontrado a otra banda esta misma tarde. Un escondite no muy lejos de aquí.

Vin sintió un escalofrío. No estaban muy lejos del taller de Clubs... *No, no pueden ser ellos. Dockson y los demás son demasiado listos. Incluso sin Kelsier en la ciudad, estarán a salvo.*

—Malditos ladrones —escupió Tyden—. Los malditos skaa no

saben cuál es su sitio. ¿No es la comida y la ropa que les damos suficiente saqueo de nuestros bolsillos?

—Es sorprendente que las criaturas puedan sobrevivir como ladrones —dijo Carlee, la joven esposa de Tyden, con su habitual vocecita ronroneante—. No imagino qué incompetente puede dejar que los skaa le roben.

Tyden se ruborizó y Vin lo miró con curiosidad. Carlee rara vez hablaba excepto para lanzar una pulla contra su marido. *Deben de haberle robado. ¿Un timo, tal vez?*

Atesorando la información para investigarla más tarde, Vin se volvió para marcharse... Un movimiento que la plantó cara a cara con una recién llegada al grupo: Shan Elariel.

La exprometida de Elend iba imaculada, como de costumbre. Su largo cabello castaño tenía un brillo casi luminoso y su preciosa figura le recordó a Vin lo flaca que estaba. Consciente de su propia importancia de un modo que podía hacer que incluso una persona confiada se sintiera insegura, Shan era, como Vin estaba empezando a comprender, exactamente lo que la mayoría de los aristócratas consideraba la mujer perfecta.

Los hombres del grupo saludaron respetuosamente con la cabeza y las mujeres hicieron una reverencia, honradas de que alguien tan importante se uniera a su conversación. Vin miró a un lado, tratando de escapar, pero Shan estaba justo delante.

Shan sonrió.

—Ah, lord Milen —le dijo al acompañante de Vin—, lástima que su cita de esta noche enfermara. Parece que se ha tenido que contentar con las pocas opciones que quedaban.

Milen se ruborizó, pues el comentario de Shan lo situaba

hábilmente en una situación difícil. ¿Defendía a Vin y se ganaba con ello la ira de una mujer muy poderosa? ¿O en cambio convenía con lo dicho e insultaba por tanto a su acompañante?

Tomó la salida del cobarde: ignoró el comentario.

—Lady Shan, es un honor que se una a nosotros.

—Por supuesto —dijo Shan llanamente, los ojos brillando de placer mientras advertía la incomodidad de Vin.

¡*Maldita mujer!*, pensó Vin. Parecía que cada vez que Shan se aburría buscaba a Vin para ponerla en ridículo.

—No obstante, me temo que no he venido a charlar —dijo Shan—. Por desagradable que pueda ser, tengo asuntos que tratar con esta niña Renoux. ¿Nos disculpan?

—Naturalmente, mi señora —dijo Milen, retrocediendo—. Lady Valette, gracias por su compañía esta noche.

Vin le asintió a él y a los demás, sintiéndose un poco como un animal herido abandonado por el rebaño. No quería hablar con Shan aquella noche.

—Lady Shan —dijo, una vez que estuvieron a solas—. Creo que su interés en mí carece de fundamento. No he pasado mucho tiempo con Elend últimamente.

—Lo sé —respondió Shan—. Parece que sobrestimé tu competencia, niña. Si te ganas el favor de un hombre mucho más importante que tú, no lo dejas escapar tan fácilmente.

¿*No debería estar celosa?*, pensó Vin, reprimiendo un escalofrío mientras sentía el inevitable contacto de la alomancia de Shan sobre sus emociones. ¿*No debería odiarme por ocupar su lugar?*

Pero los nobles no actuaban de esa forma. Vin no era nada: una diversión momentánea. Shan no estaba interesada en reconquistar

el afecto de Elend: solo quería desquitarse del hombre que la había despreciado.

—Una chica inteligente se colocaría en situación de utilizar la única ventaja que tiene —dijo Shan—. Si crees que cualquier otro noble importante te prestará atención alguna vez, estás muy equivocada. A Elend le gusta escandalizar a la corte... así que, naturalmente, eligió para hacerlo a la mujer más pueblerina y simple que pudo hallar. Aprovecha esta oportunidad: no encontrarás a otro pronto.

Vin apretó los dientes contra los insultos y la alomancia: Shan obviamente era una experta en el arte de obligar a la gente a aceptar los abusos que quisiera cometer.

—Bien —dijo Shan—. Quiero información sobre ciertos textos que Elend tiene en su poder. Sabes leer, ¿no?

Vin asintió bruscamente.

—Bien. Lo único que tienes que hacer es memorizar los títulos de sus libros... No mires las portadas, pueden confundirte. Lee las primeras páginas y luego infórmame.

—¿Y si en lugar de eso le dijera a Elend lo que está planeando?

Shan se echó a reír.

—Querida, no sabes lo que estoy planeando. Además, parece que estás haciendo algunos progresos en la corte. Sin duda, te das cuenta de que traicionarme no es algo que ni siquiera puedas plantearte.

Con esas palabras, Shan se marchó, para ser rodeada al momento por un grupo de jóvenes nobles. Debilitado el poder aplacador de Shan, Vin sintió que su frustración y su ira aumentaban. Hubo una época en que se habría quitado de en

medio sin más, con el ego demasiado herido ya como para molestarse por los insultos de Shan. Esa noche, sin embargo, deseó poder contraatacar.

Cálmate. Esto es bueno. Te has convertido en un peón en los planes de una Gran Casa: la mayoría de los nobles menores soñaría con una oportunidad semejante.

Suspiró, retirándose hacia la mesa vacía que había compartido con Milen. El baile esa noche se celebraba en el maravilloso Torreón de Hasting. Su alta y cilíndrica atalaya central estaba rodeada por seis torres auxiliares, cada una erigida a corta distancia del edificio principal y conectada a él por un puente colgante. Las siete torres estaban adornadas con diseños sinuosos de cristal tintado.

El salón de baile ocupaba la planta superior de la ancha torre central. Por fortuna, un sistema de plataformas con poleas tiradas por skaa evitaba que los nobles invitados tuvieran que subir andando hasta allí. El salón en sí no era tan espectacular como algunos de los que Vin había visto: solo una cámara cuadrada con techos en cúpula y vidrieras.

Es curioso, lo fácil que es acostumbrarse, pensó Vin. Tal vez por eso los nobles pueden hacer todas esas cosas terribles. Llevan tanto tiempo matando que ya no les inquieta.

Le pidió a un criado que fuera a buscar a Sazed y se sentó a descansar. *Ojalá Kelsier se dé prisa y regrese pronto, pensó.* La banda, Vin incluida, parecía menos motivada sin él cerca. No es que no quisiera trabajar, pero la viva inteligencia y el optimismo de Kelsier la ayudaban a seguir adelante.

Alzó la cabeza por casualidad y sus ojos se toparon con Elend Venture, que charlaba con un grupito de jóvenes nobles. Se envaró.

Una parte de ella (la parte de Vin) quiso escabullirse y esconderse. Cabía bajo la mesa, con vestido y todo.

Sin embargo, curiosamente, descubrió que su parte de Valette era más fuerte. *Tengo que hablar con él*, pensó. *No por Shan, sino porque tengo que averiguar la verdad. Dockson está exagerando. Tiene que estar haciéndolo.*

¿Cuándo se había vuelto tan combativa? Incluso mientras se levantaba, Vin se sorprendió por su firme resolución. Cruzó el salón de baile, comprobando brevemente su vestido negro mientras caminaba. Uno de los compañeros de Elend le dio un golpecito en el hombro y señaló con la cabeza a Vin. Elend se volvió y los otros dos hombres se apartaron.

—Vaya, Valette —dijo el joven cuando se le puso delante—. He llegado tarde. Ni siquiera sabía que estuvieras aquí.

Mentiroso. Claro que lo sabías. Valette no se perdería el baile de Hasting. ¿Cómo abordar el tema? ¿Cómo preguntar?

—Me has estado evitando —dijo.

—Bueno, yo no diría eso. He estado ocupado. Asuntos de la Casa, ya sabes. Además, te advertí que era grosero... —Guardó silencio—. ¿Valette? ¿Todo va bien?

Vin advirtió que moqueaba levemente y sintió una lágrima en su mejilla. ¡*Idiota!*, pensó, frotándose los ojos con el pañuelo de Lestibournes. ¡*Te echarás a perder el maquillaje!*

—¡Valette, estás temblando! —dijo Elend, preocupado—. Ven, vamos al balcón a que te dé el aire.

Ella permitió que la apartara de los sonidos de la música y la charla y salieron al aire tranquilo y oscuro del balcón, uno de los muchos que sobresalían de la cima de la torre central Hasting y que

en aquel momento estaba vacío. Una única linterna de piedra formaba parte de la balaustrada y algunas plantas de buen gusto adornaban las esquinas.

La bruma flotaba en el aire, dominante como siempre, aunque el balcón estaba lo suficientemente cerca del calor de la torre como para que allí no fuera densa. Elend no le prestó atención. Como la mayoría de los nobles, consideraba que el miedo a la bruma era una necia superstición skaa... cosa que, suponía Vin, era cierta.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Elend—. Lo admito, te he estado ignorando. Lo siento. No te lo merecías, pero es que yo... bueno, me pareció que estabas encajando tan bien que no necesitabas que un tipo problemático como yo te...

—¿Te has acostado alguna vez con una mujer skaa? —preguntó Vin.

Elend vaciló, sorprendido.

—¿De eso se trata? ¿Quién te lo ha dicho?

—¿Lo has hecho? —exigió saber Vin.

Lord Legislador. Es cierto.

—Siéntate —dijo Elend, acercándole una silla.

—Es cierto, ¿no? —preguntó ella, sentándose—. Lo has hecho. Él tenía razón, todos sois unos monstruos.

—Yo...

Elend colocó una mano sobre el brazo de Vin, pero ella lo apartó, solo para sentir que una lágrima le corría por la cara y le manchaba el vestido. Se secó los ojos, ensuciando el pañuelo de maquillaje.

—Sucedio cuando yo tenía trece años —dijo Elend en voz baja—. Mi padre pensó que era el momento de que me convirtiera en «un

hombre». Yo ni siquiera sabía que iban a matar a la chica después, Valette. De verdad, no lo sabía.

—¿Y después de eso? —insistió ella, enfadada—. ¿A cuántas muchachas has asesinado, lord Venture?

—¡A ninguna! Nunca, Valette. No después de que descubriera lo que pasó aquella primera vez.

—¿Esperas que te crea?

—No lo sé —dijo Elend—. Mira, sé que las mujeres de la corte suelen tachar a los hombres de brutos, pero tienes que creerme. No todos somos así.

—Me dijeron que lo eras.

—¿Quién? ¿La nobleza rural? Valette, no nos conocen. Tienen envidia porque nosotros controlamos la mayoría de los canales... Y puede que tengan razón. Sin embargo, su envidia no nos convierte en gente terrible.

—¿Qué porcentaje? —preguntó Vin—. ¿Cuántos nobles hacen estas cosas?

—Tal vez un tercio —dijo Elend—. No estoy seguro. No es gente que yo suela frecuentar.

Ella quería creerlo y ese deseo tendría que haberla vuelto más escéptica. Pero al mirar aquellos ojos, ojos que siempre le habían parecido tan sinceros, se sintió vacilar. Por primera vez que ella pudiera recordar, apartó por completo los susurros de Reen y, sencillamente, creyó.

—Un tercio —susurró. *Tantos. Pero eso es mejor que todos ellos.* Se llevó la mano a los ojos para secárselos y Elend vio el pañuelo.

—¿Quién te ha regalado eso? —preguntó con curiosidad.

—Un pretendiente.

—¿El que te ha estado contando todas esas cosas sobre mí?

—No, ese fue otro —dijo Vin—. Él... dijo que todos los nobles... o más bien todos los nobles de Luthadel eran gente terrible. Dijo que las mujeres de la corte ni siquiera consideran que las engañan cuando sus maridos se acuestan con putas skaa.

Elend bufó.

—Tu informador no conoce muy bien a las mujeres, entonces. Te reto a que me encuentres una dama a quien no le moleste que su esposo se divierta con otra... sea skaa o noble.

Vin asintió, tomó aire y se calmó. Se sentía ridícula... pero también en paz. Elend se arrodilló junto a su silla, todavía claramente preocupado.

—Bueno —dijo ella—. ¿Tu padre forma parte de ese tercio?

Elend se ruborizó a la tenue luz y agachó la cabeza.

—Le gustan toda clase de mujeres... skaa, nobles, no le importa. Todavía pienso en aquella noche, Valette. Desearía... no sé.

—No fue culpa tuya, Elend. Solo eras un chico de trece años que hacía lo que le dijo su padre.

Elend apartó la mirada, pero ella ya había visto la ira y la culpa en sus ojos.

—Alguien tiene que impedir que sucedan estas cosas —dijo, y Vin se asombró por la pasión de su voz.

Este es un hombre que se preocupa, pensó. Un hombre como Kelsier o como Dockson. Un buen hombre. ¿Por qué no pueden verlo?

Finalmente, Elend suspiró, se levantó y acercó una silla. Se sentó, el codo contra el reposabrazos, y se pasó la mano por el pelo alborotado.

—Bueno, quizá no seas la primera dama a la que hago llorar en un baile, pero sí la primera que me preocupa sinceramente. Mi caballerosidad ha alcanzado nuevas cotas.

Vin sonrió.

—No es por ti —dijo, echándose atrás—. Han sido... unos meses muy duros. Cuando me enteré de estas cosas, no pude aceptarlas.

—Hay que combatir la corrupción de Luthadel —dijo Elend—. El lord Legislador ni siquiera la ve... no quiere hacerlo.

Vin asintió, luego miró a Elend.

—¿Por qué me has estado evitando exactamente?

Elend volvió a ruborizarse.

—Supuse que tenías nuevos amigos que te mantenían ocupada.

—¿Y eso qué significa?

—No me gusta mucha de esa gente a la que has estado frecuentando, Valette. Has conseguido encajar muy bien en la sociedad de Luthadel y he descubierto que jugar a la política cambia a la gente.

—Eso es fácil de decir —repuso Vin—. Sobre todo cuando estás en la cima de la estructura política. Puedes permitirte ignorar la política... Algunos no somos tan afortunados.

—Supongo.

—Además, tú juegas a la política igual que el resto. ¿O vas a decirme que tu interés inicial no se debió al deseo de fastidiar a tu padre?

Elend alzó las manos.

—Muy bien, considérame justamente castigado. Fui un necio y un cabeza de chorlito. Es cosa de familia.

Vin suspiró, se acomodó en su asiento y sintió el frío susurro de la

bruma en sus mejillas húmedas. Elend no era un monstruo; en eso lo creía. Tal vez fuese un necio, pero Kelsier la estaba afectando. Empezaba a confiar en la gente que la rodeaba y no había nadie en quien quisiera confiar más que en Elend Venture.

Y, si no estaban directamente relacionados con Elend, le parecía más fácil soportar los horrores de la relación nobles-skaa. Aunque un tercio de los nobles asesinara a mujeres skaa, debía de haber algo salvable en esa sociedad. La nobleza no tendría que ser purgada: esa era la táctica de la «nobleza». Vin tendría que asegurarse de que ese tipo de cosas no le sucedieran a nadie, fuese de la sangre que fuese.

Lord Legislador, pensó, estoy empezando a pensar como los demás... Es casi como si pensara que podemos cambiar las cosas.

Miró a Elend, que estaba sentado de espaldas a las brumas. Parecía pensativo.

He despertado malos recuerdos, pensó Vin, sintiéndose culpable. No me extraña que odie tanto a su padre. Anheló hacer algo que le ayudara a sentirse mejor.

—Elend —dijo, llamando su atención—. Son como nosotros. Los skaa de las plantaciones. Me preguntaste por ellos una vez. Tuve miedo, así que actué como una noble... pero pareciste decepcionado cuando no dije nada más.

Él se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿has estado alguna vez con los skaa?

Vin asintió.

—Muchas veces. Demasiadas, si le preguntas a mi familia. Tal vez por eso me enviaron aquí. Conocí muy bien a algunos skaa... a

un hombre mayor, en concreto. Perdió a alguien, a una mujer a la que amaba, por un noble que quería un juguete para pasar la noche.

—¿En tu plantación?

Vin negó rápidamente con la cabeza.

—Se escapó y llegó a las tierras de mi padre.

—¿Y lo escondiste? —preguntó Elend, sorprendido—. ¡Se supone que los skaa fugitivos tienen que ser ejecutados!

—Le guardé el secreto. No lo conocí mucho tiempo, pero... bueno, puedo asegurarte una cosa, Elend: su amor era tan fuerte como el de cualquier noble. Más fuerte que el de la mayoría de los que viven en Luthadel, con toda seguridad.

—¿Y su inteligencia? —preguntó Elend ansiosamente—. ¿Parecían... retardados?

—Por supuesto que no —replicó Vin—. Yo diría, Elend Venture, que he conocido a varios skaa más listos que tú. Puede que no tengan educación, pero siguen siendo inteligentes. Y están furiosos.

—¿Furiosos?

—Algunos de ellos. Por la forma en que los tratan.

—¿Lo saben, entonces? ¿Lo de las desigualdades entre ellos y nosotros?

—¿Cómo no van a saberlo? —dijo Vin, secándose la nariz con el pañuelo. Se detuvo al advertir cuánto se había manchado de maquillaje.

—Toma —dijo Elend, ofreciéndole su propio pañuelo—. Cuéntame más. ¿Cómo sabes estas cosas?

—Me lo dijeron ellos mismos. Confiaron en mí. Sé que están furiosos porque se quejan de la vida que llevan. Sé que son inteligentes por las cosas que mantienen ocultas a la nobleza.

—¿Como cuáles?

—Como la red subterránea —dijo Vin—. Los skaa ayudan a los fugitivos a recorrer los canales de plantación en plantación. Los nobles no lo advierten porque nunca prestan atención a las caras de los skaa.

—Interesante.

—Además, están las bandas de ladrones. Supongo que esos skaa deben de ser bastante listos si pueden ocultarse de los obligadores y los nobles, robando a las Grandes Casas justo delante de las narices del lord Legislador.

—Así es —dijo Elend—. Ojalá pudiera conocer a uno de ellos, para preguntarle cómo se esconden tan bien. Deben de ser gente fascinante.

Vin se disponía a añadir algo más, pero se mordió la lengua. *Lo más probable es que ya haya hablado más de la cuenta.*

Elend la miró.

—Tú también eres fascinante, Valette. Tendría que haberme dado cuenta de que no te habías dejado corromper por todos ellos. Tal vez puedas corromperlos tú.

Vin sonrió.

—Pero tengo que marcharme —dijo Elend, poniéndose en pie—. He venido a la fiesta de esta noche con un propósito concreto: algunos amigos míos van a reunirse.

¡Eso es!, pensó Vin. Uno de los hombres con los que Elend estaba antes, aquellos que Kelsier y Sazed consideraban extraño que fueran sus amigos, era un Hasting.

Vin se levantó también y le devolvió a Elend su pañuelo.

Él no lo aceptó.

—Quizá quieras quedártelo. No pretendía ser exclusivamente funcional.

Vin miró el pañuelo. *Cuando un noble quiere cortejar a una dama, le da su pañuelo.*

—¡Oh! —dijo ella, guardándolo—. Gracias.

Elend sonrió y se le acercó.

—Ese otro hombre, sea quien sea, puede llevarme ventaja a causa de mi estupidez. Sin embargo, no soy tan tonto como para dejar pasar la oportunidad de hacerle un poco la competencia.

Hizo un guiño, una leve reverencia, y regresó al salón de baile.

Vin esperó un momento, luego echó a andar y entró por la puerta del balcón. Elend estaba reunido con los dos mismos jóvenes que antes, un Lekal y un Hasting, enemigos políticos de los Venture. Se detuvieron un instante y luego los tres se dirigieron hacia unas escaleras situadas a un lado de la sala.

Esas escaleras solo conducen a un sitio, pensó Vin mientras entraba en la sala. *A las torres auxiliares.*

—¿Señora Valette?

Vin dio un respingo y se volvió para ver a Sazed que se acercaba.

—¿Podemos marcharnos?

Vin se acercó a él rápidamente.

—Lord Elend Venture acaba de desaparecer por esas escaleras con sus amigos Hasting y Lekal.

—Interesante —dijo Sazed—. Y por qué... ¿Qué le ha pasado a tu maquillaje?

—No importa —respondió Vin—. Creo que deberíamos seguirlos.

—¿Eso es otro pañuelo, señora? —preguntó Sazed—. Has estado ocupada.

—Sazed, ¿me estás escuchando?

—Sí, señora. Supongo que podrías seguirlos si quisieras, pero sería demasiado evidente. No creo que sea el mejor método de conseguir información.

—No los seguiría al descubierto —dijo Vin tranquilamente—. Usaría la alomancia. Pero necesito tu permiso para hacerlo.

Sazed vaciló.

—Ya veo. ¿Cómo está tu costado?

—Hace siglos que está curado. Ni siquiera lo noto ya.

Sazed suspiró.

—Muy bien. Maese Kelsier pretendía comenzar de nuevo tu entrenamiento cuando regrese, de todas formas. Pero... ten cuidado. Es ridículo decirle esto a una nacida de la bruma, pero te lo pido igualmente.

—Lo tendré —dijo Vin—. Me reuniré contigo en ese balcón dentro de una hora.

—Buena suerte, señora —dijo Sazed.

Vin corría ya hacia el balcón. Dobló la esquina y se plantó ante la balaustrada de piedra y las brumas más allá. El hermoso y revoloteante vacío. *Ha pasado demasiado tiempo*, pensó, rebuscando en su manga y sacando un frasquito de metales. Lo bebió ansiosamente y sacó un puñado de monedas.

Entonces, por fin, se subió a la balaustrada y se abalanzó hacia las oscuras brumas.

El estaño le proporcionó visión mientras el viento agitaba su vestido. El peltre le dio fuerzas mientras volvía los ojos hacia la muralla que corría entre la torre y el edificio principal. El acero le dio poder cuando arrojó una moneda a la oscuridad.

Se zambulló en el aire, cuya resistencia hizo que su vestido revoloteara, pero su alomancia era lo bastante fuerte para contrarrestarlo. La torre de Elend era la siguiente; necesitaba llegar al puente colgante que la unía a la torre central. Vin avivó acero, empujándose un poco más hacia arriba y luego lanzó otra moneda a las brumas, detrás de ella. Cuando golpeó la muralla, la usó para impulsarse hacia delante.

Chocó contra la pared que era su objetivo demasiado despacio (los pliegues de ropa amortiguaron el golpe), pero consiguió agarrarse al borde del puente colgante. Una Vin sin el refuerzo del metal habría tenido problemas para encaramarse al muro, pero Vin la alomántica lo hizo fácilmente.

Se agazapó y recorrió en silencio el pasadizo elevado. No había guardias, pero la torre que se alzaba ante ella tenía un puesto de guardia iluminado en su base.

No puedo ir por ahí, pensó, mirando hacia arriba. La torre parecía tener varias habitaciones, y un par de ellas estaban iluminadas. Vin arrojó una moneda y se catapultó hacia arriba, luego tiró de la moldura de una ventana y se lanzó hasta aterrizar con suavidad en el alféizar de piedra. Los postigos estaban cerrados y tuvo que acercarse, avivando estaño, para escuchar lo que sucedía dentro.

—... los bailes duran hasta bien entrada la noche. Me imagino que tendremos que poner doble guardia.

Guardias, pensó Vin, y saltó y empujó contra el dintel de la ventana, que se sacudió cuando se impulsaba hacia el lado de la torre. Se agarró al siguiente alféizar y se aupó.

—... no lamento mi tardanza —dijo una voz familiar desde dentro. Elend—. Es más atractiva que tú, Telden.

Una voz masculina se echó a reír.

—El poderoso Elend Venture, finalmente capturado por una cara bonita.

—Es más que eso, Jastes —dijo Elend—. Es amable: ayudó a algunos skaa fugitivos en su plantación. Creo que tendríamos que traerla para que hablara con nosotros.

—Ni hablar —dijo un hombre de voz grave—. Mira, Elend, no me importa que quieras hablar de filosofía. Demonios, incluso compartiré unas cuantas copas contigo cuando lo hagas. Pero no voy a dejar que gente cualquiera venga a unirse a nosotros.

—Estoy de acuerdo con Telden —dijo Jastes—. Cinco somos suficientes.

—Creo que no estáis siendo justos —dijo la voz de Elend.

—Elend... —suplicó otra voz.

—Muy bien —dijo Elend—. Telden, ¿te leíste el libro que te di?

—Lo intenté. Es un poquito denso.

—Pero es bueno, ¿no?

—Bastante bueno —dijo Telden—. Comprendo por qué el lord Legislador lo odia tanto.

—Las obras de Redalevin son mejores —dijo Jastes—. Más concisas.

—No pretendo llevar la contraria —comentó una quinta voz—. Pero ¿esto es todo lo que vamos a hacer? ¿Leer?

—¿Qué tiene de malo leer? —preguntó Elend.

—Es un poco aburrido —dijo la quinta voz.

Ahí lleva razón, pensó Vin.

—¿Aburrido? —preguntó Elend—. Caballeros, estas ideas, estas

palabras... lo son todo. Esos hombres sabían que iban a ser ejecutados por sus palabras. ¿No podéis sentir su pasión?

—Su pasión, sí —dijo la quinta voz—. Su utilidad, no.

—Podemos cambiar el mundo —dijo Jastes—. Dos de nosotros son herederos de sus casas, los otros tres son segundos herederos.

—Algún día seremos los que estén al mando —dijo Elend—. Si llevamos estas ideas a la práctica... Justicia, diplomacia, moderación... ¡Podremos ejercer presión incluso sobre el lord Legislador!

La quinta voz bufó.

—Puede que seas heredero de una casa poderosa, Elend, pero los demás no somos tan importantes. Teldes y Jastes es probable que no hereden nunca, y Kevoux... sin ánimo de ofender... no puede decirse que sea muy influyente. No podemos cambiar el mundo.

—Pero sí que podemos cambiar la forma en que actúan nuestras casas —dijo Elend—. Si las casas dejaran de pelear, podríamos ganar algún poder real en el gobierno, en vez de plegarnos a los caprichos del lord Legislador.

—Cada año la nobleza se vuelve más débil —reconoció Jastes—. Nuestros skaa pertenecen al lord Legislador, igual que nuestras tierras. Sus obligadores determinan con quién podemos casarnos y qué podemos creer. Incluso nuestros canales son oficialmente de «su» propiedad. El Ministerio asesina a los hombres que hablan demasiado a las claras, o que tienen demasiado éxito. Esto no es manera de vivir.

—Estoy de acuerdo contigo en eso —dijo Telden—. El parloteo de Elend sobre la desigualdad de clases me parece una tontería, pero

entiendo la importancia de formar un frente unido contra el lord Legislador.

—Exactamente —dijo Elend—. Eso es lo que tenemos que...

—¡Vin! —susurró una voz.

Vin dio un respingo y estuvo a punto de caerse del alféizar. Miró a su alrededor, alarmada.

—Aquí arriba —susurró la voz.

Ella alzó la mirada. Kelsier colgaba de otro alféizar, más arriba. Sonrió, hizo un guiño y luego indicó el puente colgante de abajo.

Vin miró hacia la habitación de Elend mientras Kelsier caía junto a ella a través de las brumas. Finalmente se soltó de su asidero y siguió a Kelsier, usando su misma moneda para aminorar la velocidad del descenso.

—¡Has vuelto! —dijo ansiosamente mientras aterrizaba.

—He llegado esta tarde.

—¿Qué haces aquí?

—Estudiaba a nuestro amigo —dijo Kelsier—. No parece que haya cambiado mucho desde la última vez.

—¿La última vez?

Kelsier asintió.

—Espíe a ese grupito un par de veces desde que me hablaste de ellos. No tendría que haberme molestado: no son ninguna amenaza. Solo un puñado de nobles que se reúnen para beber y debatir.

—¡Pero quieren derrocar al lord Legislador!

—Qué va —dijo Kelsier con una mueca—. Están haciendo lo que hacen los nobles: planean alianzas. No es extraño que la siguiente generación empiece a organizar coaliciones para sus casas antes de llegar al poder.

—Esto es diferente.

—¿Sí? —preguntó Kelsier, divertido—. ¿Eres noble desde hace tanto tiempo que ya puedes decir eso?

Ella se ruborizó, y él se echó a reír mientras le pasaba un brazo amistoso sobre los hombros.

—Venga ya, no te pongas así. Parecen chicos bastante agradables, para ser nobles. Te prometo que no mataré a ninguno de ellos, ¿de acuerdo?

Vin asintió con la cabeza.

—Tal vez podamos encontrar un modo de utilizarlos... Parecen de mente más abierta que la mayoría. Pero no quiero que te lleves una decepción, Vin. Siguen siendo nobles. Tal vez no puedan evitar ser lo que son, pero eso no cambia su naturaleza.

Igual que Dockson, pensó Vin. *Kelsier asume lo peor acerca de Elend*. Pero ¿de verdad tenía ella algún motivo para esperar lo contrario? Para librar una batalla como la que habían emprendido Kelsier y Dockson quizá fuese más práctico (y mucho mejor para la mente) asumir que todos sus enemigos eran malvados.

—¿Qué le ha pasado a tu maquillaje, por cierto? —preguntó Kelsier.

—No quiero hablar de eso —dijo Vin, recordando su conversación con Elend. *¿Por qué he tenido que llorar? ¡Qué idiota soy! Y la forma en que he farfullado la pregunta de si se había acostado con alguna skaa...*

Kelsier se encogió de hombros.

—Está bien. Tendríamos que irnos... Dudo que el joven Venture y sus camaradas discutan acerca de nada relevante.

Vin vaciló.

—Los he escuchado en tres ocasiones distintas, Vin —dijo Kelsier—. Te lo resumiré, si quieres.

—De acuerdo —dijo ella con un suspiro—. Pero le he dicho a Sazed que me reuniría con él en la fiesta.

—Vete, pues. Prometo que no le diré que estabas espiando y usando la alomancia.

—Él me ha dicho que podía hacerlo —repuso Vin, a la defensiva.

—¿Ah, sí?

Vin asintió con la cabeza.

—Me he equivocado, entonces —dijo Kelsier—. Tendrás que pedirle a Sazed que te busque una capa antes de abandonar la fiesta: tienes todo el vestido manchado de ceniza. Me reuniré con vosotros en el taller de Clubs. Que el carruaje os deje allí y luego continúe hasta salir de la ciudad, para guardar las apariencias.

Vin volvió a asentir y Kelsier le hizo un guiño, saltó y se sumergió en las brumas.

Al final, he de confiar en mí mismo. He visto hombres capaces de arrancar de su interior la capacidad de reconocer la verdad y la bondad, y creo que no soy uno de ellos. Sigo viendo las lágrimas en los ojos de un niño y siento el dolor de su sufrimiento.

Si alguna vez pierdo esto, entonces sabré que he llegado a un punto más allá de ninguna esperanza de redención.

24



Kelsier ya estaba en el taller cuando llegaron Vin y Sazed, sentado con Ham, Clubs y Fantasma en la cocina, disfrutando de una cena tardía.

—¡Ham! —exclamó Vin cuando entró por la puerta trasera—. ¡Has vuelto!

—Así es —dijo él alegremente, alzando su copa.

—¡Parece que hayas estado fuera una eternidad!

—A mí me lo dices —contestó Ham, divertido.

Kelsier se echó a reír y se levantó para servirse otra copa.

—Ham está un poco cansado de hacer de general.

—Tenía que llevar uniforme —se quejó Ham, desperezándose. En aquel momento llevaba su pantalón y su chaleco de costumbre—. Ni siquiera los skaa de las plantaciones tienen que soportar esa tortura.

—Prueba a ponerte alguna vez un vestido de gala —dijo Vin, sentándose. Se había cepillado la parte delantera del suyo y no estaba ni la mitad de mal de lo que se había temido. La ceniza

grisácea y negruzca todavía se notaba un poco sobre el tejido oscuro y las fibras estaban ásperas por haberlas frotado contra la piedra, pero apenas se notaba.

Ham soltó una carcajada.

—Parece que te has convertido en toda una damisela mientras he estado fuera.

—A duras penas —dijo Vin mientras Kelsier le ofrecía una copa de vino. Vaciló un momento, luego dio un sorbo.

—La señora Vin está siendo modesta, maese Hammond —dijo Sazed mientras tomaba asiento—. Está demostrando mucha habilidad en la corte..., lo hace mucho mejor que muchos nobles que he conocido.

Vin se ruborizó y Ham volvió a reírse.

—¿Humildad, Vin? ¿Dónde has adquirido una mala costumbre como esa?

—De mí no, desde luego —dijo Kelsier, ofreciendo a Sazed una copa de vino. El terrisano alzó una mano en gesto de respetuoso rechazo.

—Pues claro que no ha aprendido humildad de ti, Kell —dijo Ham—. Tal vez se la haya enseñado Fantasma. Parece el único del grupo capaz de mantener la boca cerrada, ¿eh, chaval?

Fantasma se ruborizó, tratando claramente de evitar mirar a Vin.

Tengo que hablar de esto con él en algún momento, pensó ella. Pero... no esta noche. Kelsier ha vuelto y Elend no es un asesino: esta es una noche para relajarse.

Oyeron pasos en las escaleras y un momento después Dockson entró en la habitación.

—¿Una fiesta? ¿Y nadie me ha mandado llamar?

—Parecías ocupado —dijo Kelsier.

—Además —añadió Ham—, sabes que eres demasiado responsable para sentarte y emborracharte con un puñado de crápulas como nosotros.

—Alguien tiene que encargarse de mantener este equipo en funcionamiento —dijo Dockson alegremente, sirviéndose una copa. Vaciló y miró a Ham—. Ese chaleco me resulta familiar...

Ham sonrió.

—Le arranqué las mangas a la guerrera de mi uniforme.

—¡No serías capaz! —dijo Vin con una sonrisa.

Ham asintió, satisfecho consigo mismo.

Dockson suspiró y siguió llenando su copa.

—Ham, esas cosas cuestan dinero.

—Todo cuesta dinero —contestó Ham—. Pero ¿qué es el dinero? Una representación física de un esfuerzo abstracto. Bien, llevar ese uniforme durante tanto tiempo ha sido un esfuerzo terrible. Yo diría que este chaleco y yo estamos empatados.

Dockson puso los ojos en blanco. En la habitación principal, la puerta delantera del taller se abrió y se cerró, y Vin oyó a Brisa saludar al aprendiz de guardia.

—Por cierto, Dox —manifestó Kelsier—. Voy a necesitar unas cuantas «representaciones físicas de un esfuerzo abstracto». Me gustaría alquilar un pequeño almacén para reunirme con mis informadores.

—Quizá podamos conseguirlo —dijo Dockson—. Suponiendo que mantengamos controlado el presupuesto de los vestidos de Vin, yo... —Se interrumpió, mirando a Vin—. ¿Qué le has hecho a ese vestido, jovencita?

Vin se ruborizó y se encogió en su asiento. *Tal vez se nota un poco más de lo que creía...*

Kelsier se echó a reír.

—Deberías acostumbrarte a la ropa sucia, Dox. Vin ha vuelto a actuar como nacida de la bruma esta noche.

—Interesante —dijo Brisa entrando en la cocina—. ¿Puedo sugerir que evite luchar contra tres inquisidores de acero esta vez?

—Haré todo lo posible.

Brisa se acercó a la mesa y escogió un asiento con su característico decoro. Alzó su bastón de duelo y apuntó con él a Ham.

—Veo que mi periodo de respiro intelectual ha llegado a su fin.

Ham sonrió.

—Se me ocurrieron un par de preguntas peliagudas mientras estuve fuera, y las he estado reservando para ti, Brisa.

—Me muero de curiosidad —dijo Brisa. Volvió el bastón hacia Lestibournes—. Fantasma, bebida.

Fantasma se apresuró a servirle una copa de vino.

—Es tan buen chico —comentó Brisa, aceptando la bebida—. Casi no tengo que darle ningún empujoncito alomántico. Si el resto de vosotros, rufianes, fuerais tan serviciales...

Fantasma frunció el ceño.

—Nostá bien el nostar de sin jugar.

—No tengo ni idea de lo que acabas de decir, chico —repuso Brisa—. Así que voy a fingir que era coherente y pasaré a otra cosa.

Kelsier puso los ojos en blanco.

—Perder la tensión del recorte —dijo—. Sin la en necesidad de cuidao.

—Enredar el enredo de los rizos del racimo —asintió Fantasma.

—Pero ¿qué estáis diciendo? —preguntó Brisa, picado.

—Siendo el ser de la iluminia —dijo Fantasma—. Cortar el tener de desear de to esto.

—Siempre teniendo el hacer de to esto —coincidió Kelsier.

—Siempre teniendo el deseo de tener to lo que tenemos —añadió Ham con una sonrisa—. Luminando el deseo de siendo el no.

Brisa se volvió hacia Dockson, exasperado.

—Creo que nuestros compañeros se han vuelto locos de remate, querido amigo.

Dockson se encogió de hombros. Entonces, con la cara completamente seria, dijo:

—En no ser es ser queriendo.

Brisa se sentó, abrumado, mientras todos estallaban en carcajadas. Se encogió de hombros, indignado, sacudiendo la cabeza y murmurando acerca del declarado infantilismo del grupo.

Vin estuvo a punto de atragantarse con el vino.

—¿Qué has dicho? —le preguntó a Dockson cuando este se sentaba a su lado.

—No estoy seguro —confesó él—. Pero me sonaba bien.

—No creo que hayas dicho nada, Dox —dijo Kelsier.

—Sí, claro que ha dicho algo —repuso Fantasma—. Pero no significaba nada.

Kelsier se echó a reír.

—Suele ser así casi siempre. He descubierto que puedes ignorar la mitad de las cosas que dice Dox y no perderte demasiado... excepto tal vez la queja ocasional de que gastas en exceso.

—¡Eh! —exclamó Dockson—. ¿Una vez más he de señalar que

alguien tiene que hacerse responsable? Sinceramente, la forma en que gastáis los cuartos...

Vin sonrió. Incluso las quejas de Dockson eran amables. Clubs estaba sentado junto a la pared con aspecto de cascarrabias como siempre, pero Vin captó una ligera sonrisa en sus labios. Kelsier se levantó y abrió otra botella de vino, volvió a llenar las copas y le contó al grupo los preparativos del ejército skaa.

Vin se sentía... contenta. Mientras bebía vino vio la puerta abierta que conducía al taller a oscuras. Se imaginó, por un instante, que podía ver una figura en las sombras: una niña delgaducha y asustada, desconfiada, recelosa. Tenía el pelo corto y despeinado, y llevaba una sencilla camisa sucia y un par de pantalones marrones.

Vin recordó aquella segunda noche en el taller de Clubs, cuando escuchó a los demás conversar desde la oscura sala de trabajo. ¿De verdad había sido aquella niña capaz de esconderse en la fría oscuridad para ser testigo de las risas y la amistad, con envidia oculta pero sin atreverse a unirse a ellos?

Kelsier hizo entonces un comentario jocoso que arrancó las risas de todos los presentes.

Tienes razón, Kelsier, pensó Vin con una sonrisa. *Esto es mejor.*

Todavía no era como ellos: no del todo. Seis meses no podían acallar los susurros de Reen, ni ella podía ser tan confiada como Kelsier. Pero... por fin comprendía, al menos un poco, por qué él actuaba como lo hacía.

—Muy bien —dijo Kelsier, acercándose una silla y sentándose a horcajadas—. Parece que el ejército estará listo en el tiempo previsto, y Marsh está en su puesto. Tenemos que movernos. Vin, ¿alguna noticia del baile?

—La Casa Tekiel es vulnerable —informó ella—. Sus aliados se dispersan y los buitres se acercan. Algunos susurran que las deudas y los negocios perdidos obligarán a Tekiel a vender su torreón a finales de mes. Es imposible que puedan permitirse continuar pagando los impuestos que por ella exige el lord Legislador.

—Lo cual elimina de la ciudad, y de modo efectivo, una Gran Casa —dijo Dockson—. La mayoría de los nobles de Tekiel, incluidos brumosos y nacidos de la bruma, tendrá que dirigirse a las plantaciones para tratar de recuperar pérdidas.

—Bien —se felicitó Ham. Cuantas más casas nobles pudieran alejar de la ciudad más fácil sería apoderarse de ella.

—Siguen quedando nueve Grandes Casas —dijo Brisa.

—Pero han empezado a matarse entre sí por las noches —dijo Kelsier—. Están a un paso de la guerra declarada. Sospecho que veremos el inicio de un éxodo muy pronto... Todo el que no esté dispuesto a arriesgarse a ser asesinado por mantener el dominio en Luthadel dejará la ciudad durante un par de años.

—Pero las casas fuertes no parecen tener miedo —dijo Vin—. Siguen celebrando fiestas.

—Ya, y seguirán haciéndolo hasta el final —contestó Kelsier—. Los bailes son magníficas excusas para reunirse con sus aliados y no perder de vista a los enemigos. Las guerras entre casas son principalmente políticas y por eso exigen campos de batalla políticos.

Vin asintió.

—Ham —dijo Kelsier—, tenemos que echarle un ojo a la Guarnición de Luthadel. ¿Sigues planeando visitar mañana a tus contactos entre los soldados?

Ham asintió con la cabeza.

—No puedo prometer nada, pero debería poder restablecer algunos contactos. Dame un poco de tiempo y descubriré qué van a hacer los militares.

—Bien.

—Me gustaría ir con él —dijo Vin.

Kelsier vaciló.

—¿Con Ham?

Vin asintió.

—No me he entrenado todavía con un violento. Ham podría enseñarme unas cuantas cosas.

—Ya sabes quemar peltre —dijo Kelsier—. Lo hemos practicado.

—Lo sé —respondió Vin. ¿Cómo podía explicarlo? Ham había practicado con peltre nada más: tenía que ser mejor en eso que Kelsier.

—Venga, deja de incordiar a la chica —dijo Brisa—. Estará cansada de fiestas y bailes. Deja que vuelva a ser una golfilla callejera durante un rato.

—Bien —respondió Kelsier, encogiéndose de hombros. Se sirvió otra copa—. Brisa, ¿cómo podrían apañárselas tus aplacadores si estuvieras fuera una temporada?

Brisa hizo un gesto de indiferencia.

—Yo soy, naturalmente, el miembro más efectivo del grupo. Pero he entrenado a los demás: reclutarán bien sin mí, sobre todo ahora que las historias sobre el Superviviente se están haciendo tan populares.

—Por cierto, tenemos que hablar de eso, Kell —dijo Dockson,

frunciendo el ceño—. No estoy muy seguro de que me guste todo ese misticismo acerca de ti y el Undécimo metal.

—Podemos discutirlo más tarde.

—¿Por qué preguntas por mis hombres? —dijo Brisa—. ¿Por fin sientes tanta envidia de mi impecable sentido de la moda que has decidido librarte de mí?

—Podríamos decir que sí —contestó Kelsier—. Estaba pensando en enviarte a sustituir a Yeden dentro de unos cuantos meses.

—¿Sustituir a Yeden? —preguntó Brisa, sorprendido—. ¿Quieres decir que yo dirija el ejército?

—¿Por qué no? Eres muy bueno dando órdenes.

—En segundo plano, querido amigo —dijo Brisa—. No destaco. Vaya, y encima sería *general*. ¿Te das cuenta de lo ridículo que suena?

—Piénsatelo. El reclutamiento ya habría terminado para entonces, así que nos serías más útil si fueras a las cuevas y dejaras que Yeden regresara para trabajar aquí sus contactos.

Brisa frunció el ceño.

—Supongo.

—Muy bien —dijo Kelsier, poniéndose en pie—. Creo que no he tomado suficiente vino. Fantasma, sé buen chico y corre a la bodega por otra botella, ¿quieres?

El muchacho asintió y la conversación pasó a temas más ligeros. Vin se acomodó en su asiento, sintiendo el calor de la estufa de carbón que había a un lado de la habitación, contenta por el momento con disfrutar sin más de la paz de no tener que preocuparse, luchar, ni planear.

Si Reen hubiese conocido algo así, pensó, acariciando abstraída

su pendiente. *Tal vez entonces las cosas habrían sido diferentes para él. Para nosotros.*

Ham y Vin se marcharon al día siguiente a visitar la Guarnición de Luthadel.

Después de tantos meses haciéndose pasar por noble, Vin había creído que le resultaría extraño vestir de nuevo ropa de calle. Sin embargo, no fue así. Ciertamente, era un poco *diferente*: no tenía que preocuparse por sentarse con decoro o caminar de modo que su vestido no rozara el suelo o las paredes sucias. De todas formas, la ropa sencilla todavía le parecía natural.

Llevaba pantalones marrones, una camisa blanca suelta metida en la cintura y un chaleco de cuero. Se había recogido el pelo largo bajo una gorra. La gente de la calle la tomaría por un chico, aunque a Ham no parecía importarle.

Y no le importaba. Vin se había acostumbrado a que la gente la estudiara y la evaluara, pero nadie en la calle se molestó en dirigirle una sola mirada. Los esforzados obreros skaa, los nobles despreocupados, incluso skaa bien situados como Clubs... todos la ignoraron.

Casi había olvidado lo que es ser invisible, pensó Vin. Por fortuna, las antiguas actitudes (agachar la cabeza mientras caminaba, apartarse del paso de la gente, encogerse para no llamar la atención) regresaron fácilmente. Convertirse en Vin, la skaa callejera, fue tan sencillo como recordar una vieja melodía familiar.

En realidad, esto es otro disfraz, pensó mientras caminaba junto a Ham. *Mi maquillaje es una leve capa de ceniza, cuidadosamente*

aplicada sobre mis mejillas. Mi vestido, un par de pantalones manchados para que parezcan viejos y gastados.

¿Quién era ella en realidad? ¿Vin la ladronzuela? ¿Valette la dama? ¿La conocía alguno de sus amigos? ¿Se conocía a sí misma?

—Ah, cómo extrañaba esto —dijo Ham, caminando feliz a su lado. Ham siempre parecía feliz; ella no podía imaginarlo insatisfecho a pesar de lo que había dicho sobre el tiempo que había estado dirigiendo el ejército—. Es curioso —dijo, volviéndose hacia Vin. No caminaba con el mismo aire de sumisión que Vin había cultivado: ni siquiera parecía importarle destacar entre los otros skaa—. No debería echar de menos este lugar..., quiero decir, Luthadel es la ciudad más abarrotada y sucia del Imperio Final. Pero también tiene algo...

—¿Es aquí donde vive tu familia? —preguntó Vin.

Ham negó con la cabeza.

—Viven en una ciudad más pequeña. Mi esposa es costurera allí; le dice a la gente que pertenezco a la Guarnición de Luthadel.

—¿Los echas de menos?

—Pues claro que sí. Es duro. Solo puedo pasar unos cuantos meses seguidos con ellos... pero es mejor así. Si me mataran en un trabajo, a los inquisidores les sería difícil localizar a mi familia. Ni siquiera le he dicho a Kell en qué ciudad viven.

—¿Crees que el Ministerio se tomaría tantas molestias? Quiero decir, si ya estuvieras muerto.

—Soy un brumoso, Vin, eso significa que todos mis descendientes tendrán algo de sangre noble. Mis hijos podrían ser alománticos, y sus hijos. No, cuando los inquisidores matan a un

brumoso, se aseguran de eliminar también a sus vástagos. La única forma de mantener a salvo a mi familia es estar alejado de ellos.

—Podrías no usar tu alomancia.

Ham sacudió la cabeza.

—No sé si podría hacer eso.

—¿Por el poder?

—No, por el dinero —dijo Ham con sinceridad—. Los violentos... o los brazos de peltre, como prefiere llamarlos la nobleza, son los brumosos más buscados. Un violento competente puede enfrentarse a media docena de hombres normales y levantar más, soportar más y moverse más rápido que nadie. Estas cosas significan mucho cuando solo puedes permitirte un equipo reducido. Mezcla a un par de lanzamonedas con cinco violentos y tendrás un pequeño ejército móvil. Hay quien está dispuesto a pagar un montón por ese tipo de protección.

Vin asintió.

—Comprendo que el dinero resulta tentador.

—Es más que tentador, Vin. Mi familia no tiene que vivir en casas de vecinos abarrotadas de skaa, ni tiene que pasar hambre. Mi esposa solo trabaja para guardar las apariencias: lleva una buena vida, para ser skaa. Cuanto tenga suficiente dinero, nos mudaremos al Dominio Central. Hay sitios en el Imperio Final que mucha gente no conoce... sitios donde un hombre con dinero suficiente puede llevar la vida de un noble. Sitios donde puedes dejar de preocuparte y tan solo vivir.

—Eso parece... atractivo.

Ham asintió, se volvió y tomó por una calle más ancha hacia las puertas principales de la ciudad.

—Kell me contagió ese sueño. Es lo que siempre decía que quería hacer. Espero tener más suerte que él...

Vin frunció el ceño.

—Todo el mundo dice que era rico. ¿Por qué no se marchó?

—No lo sé. Siempre había otro trabajo... cada uno más grande que el anterior. Supongo que cuando eres jefe de una banda como él, el juego puede volverse adictivo. Pronto el dinero ni siquiera pareció importarle. Con el tiempo, se enteró de que el lord Legislador guardaba un secreto de valor incalculable en ese santuario oculto. Si Mare y él se hubieran marchado antes de ese trabajo... Pero, bueno, no lo hicieron. No sé... tal vez no habrían sido felices si no hubiesen tenido que preocuparse.

La idea parecía intrigarlo y Vin vio que daba vueltas a otra de sus «cuestiones». *Supongo que cuando eres jefe de una banda como él, el juego puede volverse adictivo...*

Volvió a sentir la antigua aprensión. ¿Y si Kelsier se apoderaba del trono imperial? No sería tan malo como el lord Legislador, pero... Vin había seguido leyendo el libro de viajes. El lord Legislador no siempre había sido un tirano. Una vez, fue un buen hombre. Un buen hombre cuya vida se había torcido.

Kelsier es distinto, se dijo Vin. *Hará lo adecuado.*

Con todo, vacilaba. Ham tal vez no lo comprendiera, pero Vin le veía el incentivo. A pesar de la depravación de los nobles, había algo embriagador en la alta sociedad. Vin se sentía cautivada por la belleza, la música y los bailes. Su fascinación no era la misma que la de Kelsier (no le interesaban los juegos políticos ni los timos), pero comprendía por qué él habría sido reacio a dejar Luthadel.

Esa reluctancia había destruido al antiguo Kelsier, pero había

producido algo mejor: un Kelsier más decidido, menos volcado en sí mismo. Por suerte.

Naturalmente, sus planes también le costaron a la mujer que amaba. ¿Por eso odia tanto a la nobleza?

—¿Ham? ¿Kelsier ha odiado siempre a los nobles?

Ham asintió.

—Pero ahora es peor.

—A veces me asusta. Parece que quiere matarlos a todos, no importa quiénes sean.

—A mí también me preocupa eso —dijo Ham—. Esa historia del Undécimo metal... es casi como si estuviera convirtiéndose en una especie de santo. —Calló, luego se volvió hacia ella—. No te preocupes demasiado. Brisa, Dox y yo ya hemos hablado de eso. Vamos a enfrentarnos a Kell, a ver si podemos controlarlo un poco. Tiene buenas intenciones, pero tiende a pasarse un poco algunas veces.

Vin asintió. Ante ellos, la gente en apretadas filas esperaba el permiso para cruzar las puertas de la ciudad. Ham y ella dejaron atrás el solemne grupo: obreros enviados a los muelles, hombres que iban a trabajar a una de las fábricas del otro lado del río o el lago, nobles menores que deseaban viajar. Todos debían tener buenos motivos para salir de la ciudad: el lord Legislador controlaba estrictamente los viajes dentro de su reino.

Pobrecillos, pensó Vin mientras pasaba junto a un harapiento grupo de niños que cargaban cubos y cepillos, disponiéndose tal vez a subir a la muralla para limpiar el liquen que producía la bruma en los parapetos. Ante ellos, cerca de las puertas, un oficial maldijo y empujó a un hombre fuera de la fila. El obrero skaa cayó al suelo,

pero poco a poco logró ponerse en pie y se arrastró hasta el final de la cola. Puede que si no lo dejaban salir de la ciudad no podría trabajar aquel día... Y no tener trabajo significaba no conseguir vales de comida para su familia.

Vin siguió a Ham y ambos se encaminaron por una calle paralela a las murallas de la ciudad, al fondo de la cual Vin vio un gran complejo de edificios. Nunca había estudiado antes los cuarteles de la Guarnición: la mayoría de los miembros de las bandas tendía a mantenerse a distancia prudente de ellos. Sin embargo, mientras se acercaban, le impresionó su aspecto defensivo. Había grandes picas montadas en la pared, rodeando todo el complejo. Los edificios del interior eran enormes y estaban fortificados. Soldados apostados en las puertas miraban con hostilidad a los transeúntes.

Vin vaciló.

—Ham, ¿cómo vamos a entrar ahí?

—No te preocupes —dijo él, deteniéndose a su lado—. En la Guarnición me conocen. Además, no es tan malo como parece: los soldados solo ponen mala cara para intimidar. Como puedes imaginar, no son muy apreciados. La mayoría de los de ahí dentro son skaa..., hombres que, a cambio de una vida mejor, se han vendido al lord Legislador. Cada vez que hay disturbios skaa en la ciudad, la guarnición local es atacada por los descontentos. Por eso las fortificaciones.

—Entonces... ¿conoces a estos hombres?

Ham asintió.

—No soy como Brisa o Kell, Vin..., no sé fingir. Soy quien soy. Esos soldados no saben que soy un brumoso, pero sí que trabajo en los bajos fondos. Conozco a muchos de esos tipos desde hace

años; siempre han intentado reclutarme. Generalmente tienen mejor suerte reclutando a gente como yo, que ya está fuera de la corriente principal de la sociedad.

—Pero tú vas a traicionarlos —dijo Vin en voz baja, apartando a Ham a un lado del camino.

—¿Traicionarlos? No, no será ninguna traición. Esos hombres son mercenarios, Vin. Han sido contratados para pelear y atacarán a sus amigos, incluso a sus parientes, en una algarada o una rebelión. Los soldados aprenden a comprender este tipo de cosas. Puede que seamos amigos, pero cuando se trata de luchar ninguno de nosotros vacilaría en matar a los otros.

Vin asintió lentamente. Parecía... duro. *Pero así es la vida. Dura. Esa parte de las enseñanzas de Reen no era mentira.*

—Pobres muchachos —dijo Ham, mirando la Guarnición—. Podríamos haber usado a hombres como ellos. Antes de marcharme a las cuevas, conseguí reclutar a los pocos que pensé que podrían ser receptivos. El resto... bueno, eligieron su camino. Como yo, solo intentan dar a sus hijos una vida mejor. La diferencia es que ellos están dispuestos a trabajar para él/ para hacerlo.

Ham se volvió hacia ella.

—Muy bien, ¿querías algún consejo para quemar peltre?

Vin asintió ansiosamente.

—Los soldados suelen dejarme entrenar con ellos. Puedes verme pelear... Quema bronce para ver cuándo uso la alomancia. Lo primero y más importante que aprenderás sobre los brazos de peltre es cuándo usar tu metal. He advertido que los jóvenes alománticos tienden a avivar siempre su peltre, pensando que cuanto más

fuertes sean, mejor. Sin embargo, no siempre quieres golpear con todas tus fuerzas.

»La fuerza es una parte importante de una pelea, pero no la única. Si siempre golpeas con todas tus fuerzas te cansarás más rápido y le darás a tu oponente información sobre tus limitaciones. Un hombre listo golpea más fuerte *al final* de una batalla, cuando su oponente está más débil. Y, en una batalla prolongada, como una guerra, el soldado listo es el que sobrevive más tiempo. Será el hombre que sepa controlarse.

Vin asintió.

—Pero ¿no tardas más en cansarte cuando usas la alomancia?

—Sí. De hecho, un hombre con suficiente peltre puede seguir luchando con casi la máxima eficacia durante horas. Pero recurrir al peltre de esa forma requiere práctica, y tarde o temprano te quedas sin metal. Cuando lo haces, la fatiga podría matarte.

»Lo que estoy tratando de explicarte es que suele ser mejor controlar la quema de peltre. Si usas más fuerza de la necesaria, podrías quedar en desequilibrio. Además, he visto a violentos que se apoyan tanto en su peltre que descuidan el entrenamiento y la práctica. El peltre aumenta tus habilidades físicas, no tu capacidad innata. Si no sabes cómo usar un arma, o si no tienes práctica pensando con rapidez en una pelea, perderás, no importa lo fuerte que seas.

»Tendré que ser muy cuidadoso con la Guarnición, puesto que no saben que soy alomántico. Te sorprenderá lo a menudo que eso es importante. Observa cómo uso el peltre. No lo avivaré solo para conseguir fuerza: si me tambaleo, lo quemaré para que me proporcione una instantánea sensación de equilibrio. Cuando

esquive, puede que lo queme para ayudarme a que me aparte un poco más rápido. Hay docenas de pequeños trucos que puedes usar si sabes cuándo hay que darse un impulso.

Vin asintió.

—Muy bien —dijo Ham—. Vamos, pues. Diré a los soldados de la Guarnición que eres la hija de un pariente. Tienes aspecto bastante joven para tu edad y ni siquiera se lo pensarán dos veces. Obsérvame pelear y hablaremos más tarde.

Vin volvió a asentir y los dos se acercaron a la Guarnición. Ham saludó a uno de los guardias.

—Hola, Bevidon. Tengo el día libre. ¿Anda por ahí Sertes?

—Está aquí, Ham —dijo Bevidon—. Pero no creo que sea el mejor día para practicar...

Ham alzó una ceja.

—¿No?

Bevidon compartió una mirada con uno de los otros soldados.

—Ve por el capitán —le dijo.

Instantes después, un soldado de aspecto atareado salió de un edificio lateral y saludó en cuanto vio a Ham. Su uniforme tenía unas cuantas tiras de color y unos cuantos trozos de metal dorado en el hombro.

—Ham —dijo el recién llegado.

—Sertes —respondió Ham con una sonrisa, estrechando la mano del hombre—. Ahora eres capitán, ¿eh?

—Desde el mes pasado —asintió Sertes. Se detuvo a mirar a Vin.

—Es mi sobrina —dijo Ham—. Buena chica.

Sertes asintió.

—¿Podríamos hablar a solas un momento, Ham?

Ham se encogió de hombros y dejó que lo llevara a un lugar más apartado, junto a las puertas del complejo. La alomancia permitió a Vin captar lo que decían. *¿Qué haría yo sin el estaño?*

—Mira, Ham —dijo Sertes—. No podrás venir a entrenarte durante una temporada. La Guarnición va a estar... ocupada.

—¿Ocupada? —preguntó Ham—. ¿Cómo?

—No puedo decirlo. Pero... Bueno, nos vendría bien un soldado como tú ahora mismo.

—¿Para combatir?

—Sí.

—Debe de ser algo serio si requiere la atención de la Guarnición entera.

Sertes guardó silencio un momento y luego volvió a hablar en voz baja... tan baja que Vin tuvo que esforzarse para oír.

—Una rebelión —susurró Sertes—, justo aquí en el Dominio Central. Nos hemos enterado. Un ejército de rebeldes skaa apareció y atacó la Guarnición de Holstep, al norte.

Vin sintió un súbito escalofrío.

—¿Qué? —dijo Ham.

—Deben de haber surgido de las cavernas que hay por allí —respondió el soldado—. Las últimas noticias son que las fortificaciones de Holstep aguantan... pero Ham, solo son mil hombres. Necesitan refuerzos desesperadamente y los koloss no llegarán a tiempo. La Guarnición de Valtroux envió cinco mil soldados, pero no vamos a dejárselo a ellos. Parece que las fuerzas rebeldes son numerosas y el lord Legislador nos ha dado permiso para acudir en su ayuda.

Ham asintió.

—¿Qué te parece? —preguntó Sertes—. Una lucha de verdad, Ham. Una verdadera batalla. Nos vendría bien un hombre de tu habilidad... Te haré oficial ahora mismo y tendrás tu propio escuadrón.

—Yo... tendré que pensármelo —dijo Ham. No era bueno ocultando sus emociones y su sorpresa no le pareció convincente a Vin. Sertes, sin embargo, no se dio cuenta.

—No tardes demasiado —dijo Sertes—. Tenemos previsto ponernos en marcha dentro de dos horas.

—Lo haré —dijo Ham, con voz de desconcierto—. Déjame que vaya a dejar a mi sobrina y recoja algunas cosas. Volveré antes de que os marchéis.

—Buen hombre —dijo Sertes, y Vin pudo ver que le daba una palmada a Ham en el hombro.

Nuestro ejército ha sido descubierto, pensó Vin, horrorizada. ¡No están preparados! Se suponía que tenían que tomar Luthadel con rapidez y sigilo... no enfrentarse directamente a la Guarnición.

¡Van a masacrar a esos hombres! ¿Qué ha pasado?

Ningún hombre muere por mi mano o por mi orden a no ser que piense que no hay otro remedio. Sin embargo, los mato. A veces, desearía no ser un maldito realista.

25



Kelsier metió otra cantimplora de agua en su mochila.

—Brisa, haz una lista de todos los escondites donde hemos reclutado gente. Ve a advertirles de que el Ministerio puede que pronto tenga prisioneros que podrán delatarlos.

Brisa asintió, absteniéndose por una vez de hacer ninguna observación. Tras él, los aprendices corrían por todo el taller de Clubs, recogiendo y preparando los suministros que Kelsier había ordenado.

—Dox, este taller debería ser seguro a menos que capturen a Yeden. Pon de guardia a los tres ojos de estaño de Clubs. Si hay problemas, dirigíos al refugio seguro.

Dockson asintió mientras daba apresuradas órdenes a los aprendices. Uno ya se había marchado, con un aviso para Renoux. Kelsier pensaba que la mansión estaría a salvo: solo un grupo de barcas había partido de Fellise y sus hombres creían que Renoux no formaba parte del plan. Renoux no se quitaría de en medio a menos que fuera absolutamente necesario: su desaparición implicaría apartarlo a él y a Valette de sus puestos tan cuidadosamente preparados.

Kelsier metió un puñado de raciones de comida en la mochila y se la echó a la espalda.

—¿Y yo, Kell? —preguntó Ham.

—Vas a volver a la Guarnición, como prometiste. Fue una buena idea: necesitamos un informador allí dentro.

Ham frunció el ceño, aprensivo.

—No tengo tiempo para ocuparme de tus nervios, Ham —dijo Kelsier—. No tienes que fingir, solo ser tú mismo y escuchar.

—No me volveré contra la Guarnición si voy con ellos —dijo—. Escucharé, pero no voy a atacar a hombres que piensan que soy su aliado.

—Bien —dijo Kelsier, cortante—. Pero, sinceramente, espero que puedas encontrar un modo de no matar a ninguno de nuestros soldados tampoco. ¡Sazed!

—¿Sí, maese Kelsier?

—¿Cuánta velocidad has acumulado?

Sazed se ruborizó levemente y miró a la numerosa gente que correteaba por los alrededores.

—Tal vez dos, tres horas. Es un atributo muy difícil de acumular.

—No es suficiente —dijo Kelsier—. Iré solo. Dox queda al mando hasta que regrese.

Kelsier se dio media vuelta, luego vaciló. Vin estaba de pie tras él, vestida con los mismos pantalones, la gorra y la camisa con los que había visitado la Guarnición. Tenía una mochila como la suya al hombro y lo miraba retadora.

—Va a ser un viaje difícil, Vin —dijo él—. Nunca has hecho nada semejante.

—No me importa.

Kelsier asintió. Sacó su arcón de debajo de la mesa, luego lo abrió y le entregó a Vin una bolsita de perlas de peltre. Ella la aceptó sin hacer ningún comentario.

—Traga cinco de estas perlas.

—¿*Cinco*?

—Por ahora. Si necesitas tomar más, llámame para que podamos dejar de correr.

—¿Correr? —preguntó la muchacha—. ¿No vamos a tomar un barco?

Kelsier frunció el ceño.

—¿Para qué necesitamos un barco?

Vin miró la bolsa, luego tomó un vaso de agua y empezó a tragar perlas.

—Asegúrate de llevar suficiente agua en la mochila —dijo Kelsier—. Lleva tanta como puedas. —Se volvió hacia Dockson y le puso una mano en el hombro—. Faltan unas tres horas para el anochecer. Si nos esforzamos, estaremos allí mañana a mediodía.

Dockson asintió.

—Puede que sea a tiempo.

Tal vez, pensó Kelsier. La Guarnición de Valtroux solo está a tres días de marcha de Holstep. Incluso cabalgando toda la noche, un mensajero no podría llegar a Luthadel en menos de dos días. Para cuando yo alcance el ejército...

Dockson pudo leer claramente la preocupación en los ojos de Kelsier.

—Sea como sea, el ejército ya no nos sirve —dijo.

—Lo sé. Hay que salvar la vida de esos hombres. Te informaré en cuanto pueda.

Dockson asintió.

Kelsier se volvió, avivando peltre. La mochila de pronto le pareció tan liviana como si estuviera vacía.

—Quema peltre, Vin. Nos vamos.

Ella asintió y Kelsier sintió un latido brotar de ella.

—Avívalo —ordenó, sacando dos capas de su arcón y lanzándole una. Se puso la otra, luego entró en la cocina para abrir la puerta trasera. El sol rojo brillaba en el cielo. Los frenéticos miembros del grupo se detuvieron un momento y se volvieron para ver cómo Kelsier y Vin salían del edificio.

La chica se apresuró para alcanzar a Kelsier.

—Ham me dijo que debería aprender a usar el peltre solo cuando lo necesitara..., dice que es mejor ser sutil.

Kelsier se volvió a mirarla.

—No es momento de sutilezas. No te alejes de mí, trata de mantener el ritmo y asegúrate de no quedarte sin peltre.

Vin asintió y, de pronto, sintió un poco de aprensión.

—Muy bien —dijo Kelsier, inhalando profundamente—. Allá vamos.

Kelsier corrió por el callejón a velocidad sobrehumana. Vin se puso en movimiento, siguiéndolo hasta la calle. El peltre era un fuego vivo en su interior. Avivado como estaba, lo más probable era que consumiese las cinco perlas en menos de una hora.

La calle estaba repleta de obreros skaa y carruajes de nobles. Kelsier ignoró el tráfico y salió al centro de la calle a la misma velocidad. Vin lo siguió, cada vez más preocupada.

No puedo dejarlo solo, pensó. Naturalmente, la última vez que lo había obligado a llevarla con él había acabado medio muerta en cama durante un mes.

Kelsier se metió entre los carruajes, abriéndose paso entre los peatones como si la calle fuera solo para él. Vin lo siguió lo mejor que pudo. El suelo era un borrón bajo sus pies y la gente pasaba demasiado rápidamente para verle la cara. Algunos la llamaron, molestos. Un par, sin embargo, se callaron inmediatamente, guardando silencio.

Las capas, pensó Vin. *Por eso las llevamos... por eso las llevamos siempre. Los nobles que ven las capas de bruma saben mantenerse apartados.*

Kelsier giró y corrió directamente hacia las puertas del norte de la ciudad. Vin lo siguió. Kelsier no frenó al acercarse a las puertas y la gente que hacía cola empezó a señalar. Los guardias se volvieron, sorprendidos.

Kelsier saltó.

Uno de los guardias armados se desplomó con un grito, aplastado por el peso alomántico de Kelsier mientras el jefe de la banda le pasaba por encima. Vin tomó aliento, lanzó una moneda para impulsarse y saltó. Esquivó fácilmente a un segundo guardia, quien se quedó mirando sorprendido mientras su compañero se agitaba en el suelo.

Vin empujó contra la armadura del soldado, lanzándose al aire. Aunque el hombre se tambaleó, permaneció en pie: Vin no era tan pesada como Kelsier.

Saltó por encima de la muralla mientras oía los gritos de sorpresa de los soldados. Esperaba que no la reconociera nadie. No era

probable. Aunque la gorra se le escapó mientras volaba por los aires, los que estaban familiarizados con Valette la dama de la corte quizá nunca la relacionarían con una nacida de la bruma vestida con pantalones sucios.

La capa de Vin se agitó furiosa en el aire. Kelsier completó su arco ante ella y empezó a descender, y Vin pronto lo siguió. Le parecía muy extraño usar la alomancia a plena luz del día. Incluso antinatural. Cometió el error de mirar hacia abajo mientras caía. En vez del reconfortante remolino de las brumas, vio el suelo muy por debajo.

¡*Tan alto!*!, pensó horrorizada. Por fortuna, no estaba demasiado desorientada y empujó contra la moneda que Kelsier había utilizado para aterrizar. Redujo la velocidad de su descenso a un grado manejable antes de saltar a la tierra cenicienta.

Kelsier echó a correr inmediatamente por el camino. Vin lo siguió, ignorando a los mercaderes y viajeros. Ahora que estaban fuera de la ciudad, ella pensó que tal vez Kelsier frenara el ritmo. No lo hizo. Aceleró.

Y, de repente, lo comprendió. Kelsier no pretendía caminar, ni siquiera correr hasta las cuevas.

Planeaba ir disparado hacia allí.

Era un viaje de dos semanas por el canal. ¿Cuánto tardarían ellos? Se movían rápido, tremendamente rápido. Más despacio que un caballo al galope, sin duda, pero estaba claro que ningún caballo podía mantener semejante galope durante mucho tiempo.

Vin no sentía fatiga mientras corría. Recurría al peltre, pasando solo una parte del esfuerzo a su cuerpo. Apenas sentía sus pisadas

en el suelo y, con una reserva de peltre tan grande, le parecía que podría mantener la velocidad un buen trecho.

Alcanzó a Kelsier y se situó a su lado.

—Esto es más fácil de lo que creía.

—El peltre aumenta tu equilibrio —dijo Kelsier—. De lo contrario, ahora mismo estarías dando tumbos.

—¿Qué crees que encontraremos en las cuevas?

Kelsier sacudió la cabeza.

—No hables. Ahorra energías.

—¡Pero si no me siento cansada!

—Veremos qué dices dentro de dieciséis horas —dijo Kelsier, acelerando aún más mientras se apartaba de la carretera y corría por el ancho sendero junto al canal de Luth-Davn.

¡Dieciséis horas!

Vin se quedó algo rezagada tras Kelsier, dejándose espacio de sobra para correr. Kelsier aumentó su velocidad hasta alcanzar un ritmo enloquecedor. Tenía razón: en otro contexto ella fácilmente hubiese tropezado en el irregular terreno. Sin embargo, con el peltre y el estaño guiándola, conseguía permanecer en pie... aunque hacerlo requería una atención constante mientras oscurecía y salían las brumas.

De vez en cuando, Kelsier lanzaba una moneda y se abalanzaba de una colina a otra. Sin embargo, los mantuvo principalmente corriendo a un ritmo regular, sin alejarse del canal. Pasaron las horas y Vin empezó a sentir la fatiga que él había anunciado. Mantuvo la velocidad, pero notaba una resistencia interior, un ansia por detenerse a descansar.

A pesar del poder del peltre su cuerpo se estaba quedando sin

fuerzas.

Se aseguró de no permitir que la reserva de peltre menguara. Temía que, si lo hacía, la fatiga se apoderaría tan fuertemente de ella que no podría volver a ponerse en marcha. Kelsier también le ordenó que bebiera una cantidad de agua descomunal, aunque no tenía tanta sed.

La noche se volvió más oscura y silenciosa, sin ningún viajero que se atreviera a adentrarse en las brumas. Pasaron junto a barcos y barcazas atracadas junto al canal para pasar la noche, además de junto al campamento ocasional de viajeros, las tiendas muy juntas para protegerse de las brumas. Dos veces vieron espectros de las brumas en el camino; el primero le produjo a Vin un terrible sobresalto. Kelsier pasó de largo ignorando por completo a los terribles restos transparentes de las personas y animales que habían sido ingeridos y cuyos huesos formaban ahora el esqueleto del espectro.

A pesar de todo Vin siguió corriendo. El tiempo se volvió difuso y la carrera llegó a dominarlo todo. Moverse exigía tanta atención que Vin apenas podía concentrarse en Kelsier, que corría delante de ella en medio de la bruma. Seguía poniendo un pie delante del otro y su cuerpo conservaba sus fuerzas, pero al mismo tiempo se sentía terriblemente agotada. Cada paso, por rápido que fuera, se convertía en un esfuerzo. Empezó a anhelar el descanso.

Kelsier no se lo dio. Seguía corriendo, obligándola, manteniendo la increíble velocidad. El mundo de Vin se convirtió en un ente atemporal de dolor forzado y debilidad ignorada. Reducían el ritmo ocasionalmente para beber agua o tragar más perlas de peltre... pero nunca dejaban de correr. Era como... como si no pudieran

hacerlo. Vin dejó que el agotamiento embotara su mente. Avivar peltre lo era todo. Ella no era nada más.

La luz la sorprendió. El sol empezó a salir y las brumas se desvanecieron. Pero Kelsier no dejó que la claridad los detuviera. ¿Cómo podía hacerlo? Tenían que correr. Tenían que... seguir... corriendo...

Voy a morir.

No era la primera vez que a Vin se le ocurría ese pensamiento durante la carrera. De hecho, la idea volvía una y otra vez, dando vueltas y picoteando su cerebro como un ave carroñera. Siguió moviéndose. Corriendo.

Odio correr, pensó. Por eso he vivido siempre en la ciudad, no en el campo. Para no tener que correr.

Algo en su interior sabía que la idea no tenía ningún sentido. Sin embargo, la lucidez no era en ese momento una de sus virtudes.

Odio a Kelsier también. Solo sigue corriendo. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que salió el sol? ¿Horas? ¿Semanas? ¿Años? Juro que no lo sé...

Kelsier se detuvo en el camino.

Vin estaba tan aturdida que casi chocó contra él. Tropezó, redujo el paso a duras penas, como si se hubiera olvidado de hacer otra cosa que no fuera correr. Se detuvo, luego se miró los pies, anonadada.

Esto está mal, pensó. No puedo quedarme aquí. Tengo que seguir moviéndome.

Sintió que empezaba a moverse de nuevo, pero Kelsier la agarró.

Ella se debatió débilmente.

Descansa, dijo algo en su interior. *Relájate. Has olvidado lo que es, pero resulta tan hermoso...*

—¡Vin! —dijo Kelsier—. No apagues tu peltre. ¡Sigue quemándolo o caerás inconsciente!

Vin sacudió la cabeza, desorientada, tratando de entender sus palabras.

—¡El estaño! —dijo él—. Avívalo. ¡Ahora!

Ella lo hizo. La cabeza le ardió con un repentino dolor que casi había olvidado y tuvo que cerrar los ojos para protegerse de la cegadora luz del sol. Le dolían las piernas y los pies todavía más. Sin embargo, la súbita oleada de percepción sensorial le devolvió la cordura. Parpadeó y miró a Kelsier.

—¿Mejor? —preguntó él.

Ella asintió.

—Acabas de hacerle a tu cuerpo algo increíblemente injusto —dijo Kelsier—. Debería haberse desmoronado hace horas, pero tenías el peltre para que siguiera adelante. Te recuperarás... Incluso mejorarás al forzarte así, pero ahora mismo tienes que seguir quemando peltre y continuar despierta. Ya dormiremos más tarde.

Vin volvió a asentir.

—¿Por qué...? —espetó—. ¿Por qué hemos parado?

—Escucha.

Ella así lo hizo. Oyó... voces. Gritando.

Lo miró.

—¿Una batalla?

Kelsier asintió.

—La ciudad de Holstep está a cosa de una hora al norte, pero

creo que hemos encontrado lo que buscábamos. Vamos.

La soltó, arrojó una moneda y saltó por encima del canal. Vin lo siguió hacia una colina cercana. Kelsier la rebasó y se detuvo en la cima para mirar al este. Vin se puso a su lado y vio la batalla en la distancia. Un cambio en el viento le permitió oler.

Sangre. El valle estaba sembrado de cadáveres. Los hombres seguían luchando al otro lado del valle: un pequeño grupo maltrecho con ropa variopinta estaba rodeado por un ejército mucho más grande y uniformado.

—Llegamos demasiado tarde —dijo Kelsier—. Nuestros hombres deben de haber eliminado a la Guarnición de Holstep y luego han tratado de volver a las cuevas. Pero la ciudad de Valtroux está solo a unos pocos días de distancia y su guarnición cuenta con cinco mil hombres. Esos soldados han llegado antes que nosotros.

Entornando los ojos y usando estaño a pesar de la luz, Vin vio que él tenía razón. El ejército más grande vestía el uniforme imperial y, si la línea de cadáveres resultaba indicativa de algo, habían emboscado a los soldados skaa, que no habían tenido ninguna oportunidad. Los skaa empezaban a alzar los brazos, pero los soldados seguían matándolos. Algunos de los que quedaban luchaban a la desesperada, pero caían con la misma rapidez.

—Es una matanza —dijo Kelsier, furioso—. La Guarnición de Valtroux seguramente tiene órdenes de aniquilar a todo el grupo. —Dio un paso hacia delante.

—¡Kelsier! —dijo Vin, agarrándolo por el brazo—. ¿Qué vas a hacer?

Él se volvió a mirarla.

—Todavía hay hombres ahí abajo. Mis hombres.

—¿Qué vas a hacer..., atacar a un ejército entero tú solo? ¿Para qué? Tus rebeldes no tienen alomancia: no podrán escapar corriendo velozmente. No puedes detener a un ejército entero, Kelsier.

Él se soltó de su tenaza: ella tampoco tenía fuerzas para sujetarlo. Se tambaleó y cayó al áspero suelo negro, levantando una polvareda de ceniza. Kelsier empezó a bajar la colina hacia el campo de batalla.

Vin logró ponerse de rodillas.

—Kelsier —dijo, temblando de fatiga—. No somos invencibles, ¿recuerdas?

Él vaciló.

—No eres invencible —susurró ella—. No puedes detenerlos a todos. No puedes salvar a esos hombres.

Kelsier se detuvo, los puños apretados. Entonces, lentamente, agachó la cabeza. En la distancia, la masacre continuaba, aunque no quedaban muchos rebeldes.

—Las cuevas —susurró Vin—. Nuestro ejército habrá dejado hombres allí, ¿no? Tal vez puedan decirnos por qué el ejército se ha descubierto de esa forma. Tal vez puedas salvar a esos otros. Los hombres del lord Legislador sin duda buscarán el cuartel general del ejército... si no lo están haciendo ya.

Kelsier asintió.

—Muy bien. Vamos.

Kelsier bajó a la caverna. Tuvo que avivar estaño para ver en la oscuridad, iluminada apenas por un poco de luz reflejada en las

alturas. El roce de Vin asomada a la grieta le sonó como un trueno en los oídos amplificados. En la caverna en sí... nada. Ningún sonido, ninguna luz.

Así que estaba equivocada, pensó Kelsier. No quedó nadie atrás.

Kelsier soltó aire despacio, tratando de encontrar una salida a su frustración y su furia. Había abandonado a los hombres en el campo de batalla. Sacudió la cabeza, ignorando lo que le decía la lógica en ese momento. Su furia estaba todavía demasiado fresca.

Vin se posó en el suelo junto a él, su figura apenas una sombra para sus ojos.

—Vacía —declaró él, y su voz resonó en la caverna—. Te equivocabas.

—No —susurró Vin—. Allí.

De repente, echó a correr con la agilidad de un gato. Kelsier la llamó en la oscuridad, luego apretó los dientes y siguió el sonido.

—¡Vin, vuelve aquí! No hay nada...

Kelsier se detuvo. Apenas pudo distinguir el fluctuar de una luz en el pasillo. *¡Demonios! ¿Cómo lo ha visto desde tan lejos?*

Todavía oía a Vin por delante. Kelsier avanzó con más cuidado, comprobando sus reservas de metal, preocupado de que los agentes del Ministerio les hubieran tendido una trampa. Mientras se acercaba a la luz, una voz llamó.

—¿Quién anda ahí? ¡Di la contraseña!

Kelsier continuó avanzando, mientras la luz se volvía lo suficientemente intensa para permitirle ver una figura que empuñaba una lanza, recortada en el corredor. Vin esperaba agazapada en la oscuridad. Miró a Kelsier cuando pasó por su lado, vacilante. Parecía haberse recuperado de la falta de reservas de peltre, por el

momento. Cuando finalmente se detuvieron a descansar, sin embargo, lo había sentido.

—¡Puedo oírte! —dijo ansiosamente el guardia. Su voz era familiar—. Identifícate.

El capitán Demoux, se dijo Kelsier. Uno de los nuestros. No es una trampa.

—¡Di la contraseña! —ordenó Demoux.

—No necesito ninguna contraseña —dijo Kelsier, avanzando hacia la luz.

Demoux bajó su lanza.

—¿Lord Kelsier? Has venido... ¿Significa eso que hemos triunfado?

Kelsier ignoró la pregunta.

—¿Por qué no estás vigilando la entrada de atrás?

—Nosotros... pensamos que podríamos defendernos mejor retirándonos al complejo interno, mi señor. No quedamos muchos.

Kelsier miró hacia el pasadizo de entrada. *¿Cuánto tiempo pasará hasta que los hombres del lord Legislador encuentren a un cautivo dispuesto a hablar? Vin tenía razón, después de todo: tenemos que llevar a estos hombres a un lugar seguro.*

Vin se incorporó y se acercó, estudiando al joven soldado con aquella mirada tranquila suya.

—¿Cuántos sois?

—Unos dos mil —dijo Demoux—. Nosotros... nos equivocamos, mi señor. Lo siento.

Kelsier lo miró.

—¿Os equivocasteis?

—Pensamos que el general Yeden actuaba a ciegas —dijo

Demoux, ruborizándose de vergüenza—. Nos quedamos atrás. Nosotros... pensamos que estábamos siéndote leales, a ti y no a él. Pero tendríamos que haber ido con el resto del ejército.

—El ejército ha sido destruido —dijo Kelsier, cortante—. Reúne a tus hombres, Demoux. Tenemos que marcharnos ahora mismo.

Esa noche, sentado en un tocón con las brumas congregándose a su alrededor, Kelsier finalmente se obligó a enfrentarse a los hechos del día.

Estaba sentado con las manos cruzadas, escuchando los últimos débiles sonidos de la tropa al acostarse. Por fortuna, alguien había pensado en preparar al grupo para partir velozmente. Cada hombre tenía un petate, un arma y suficiente comida para dos semanas. En cuanto Kelsier descubriera quién había sido tan previsor, pretendía concederle un buen ascenso.

No es que hubiera mucho que mandar. Muchísimos de los dos mil hombres habían dejado atrás la juventud. Quedaban hombres lo suficientemente sabios como para ver que el plan de Yeden era una locura y hombres lo bastante jóvenes para tener miedo.

Kelsier sacudió la cabeza. *Tantos muertos*. Habían reunido a casi siete mil hombres antes de ese fiasco y la mayoría había muerto. Yeden había decidido al parecer poner a prueba el ejército atacando de noche la Guarnición de Holstep. ¿Qué le había llevado a tomar una decisión tan estúpida?

Yo, pensó Kelsier. *Es culpa mía. Les había prometido ayuda sobrenatural*. Se había promocionado a sí mismo, había convertido a Yeden en parte de la banda y había hablado con ligereza de hacer

lo imposible. ¿Era extraño que Yeden hubiera pensado que podía atacar de frente al Imperio Final, considerando la confianza que Kelsier le había mostrado? ¿Era extraño que los soldados lo acompañaran, considerando las promesas que Kelsier había hecho?

Ahora estaban muertos y Kelsier era el responsable. La muerte no era nueva para él. Ni el fracaso. Ya no. Pero no podía evitar tener las tripas revueltas. Ciertamente, los hombres habían muerto combatiendo al Imperio Final, lo cual era mucho más de lo que los skaa podían esperar. Sin embargo, el hecho de que hubieran muerto esperando tal vez algún tipo de ayuda divina por parte de Kelsier... eso era preocupante.

Sabías que esto sería duro, se dijo. Comprendías la carga que habías reclamado para ti.

Pero ¿qué derecho tenía? Incluso los miembros de su propio grupo, Ham, Brisa y los demás, asumían que el Imperio Final era invencible. Lo seguían porque tenían fe en él y porque había dado forma a sus planes como si de un golpe de ladrones se tratara. Bueno, ahora el patrón de ese golpe estaba muerto: un explorador enviado a comprobar el campo de batalla había confirmado, para bien o para mal, la muerte de Yeden. Los soldados habían clavado su cabeza en una pica junto al camino, junto a la de varios oficiales de Ham.

El golpe había finalizado. Habían fracasado. El ejército estaba destruido. No habría ninguna rebelión, ninguna toma de la ciudad.

Se acercaron unos pasos. Kelsier alzó la cabeza, preguntándose si tenía fuerzas para levantarse. Vin estaba enroscada junto al tocón, dormida en el duro suelo, con solo su capa de bruma como colchón. Recurrir tanto al peltre había cobrado su precio en la

muchacha y se había desplomado en el momento en que Kelsier había dado por terminada la noche. Deseó poder hacer lo mismo. Sin embargo, tenía más experiencia utilizando peltre que ella. Su cuerpo cedería tarde o temprano, pero podía aguantar un poco más.

Una figura apareció entre la bruma, cojeando hacia él. El hombre era viejo, mucho más viejo que ningún otro que Kelsier hubiera reclutado. Debía de formar parte de la rebelión desde mucho antes: uno de los skaa que vivía en las cuevas antes de que Kelsier se apoderara de ellas.

El hombre eligió una piedra grande junto al tocón de Kelsier y se sentó con un suspiro. Era sorprendente que alguien tan viejo pudiera mantenerse en pie. Kelsier había hecho moverse al grupo a ritmo rápido, con la intención de distanciarlo lo máximo posible de las cuevas.

—Los hombres dormirán mal —dijo el viejo—. No están acostumbrados a las brumas.

—No tienen elección —contestó Kelsier.

El anciano sacudió la cabeza.

—Supongo que no. —Permaneció en silencio un instante, los ancianos ojos ilegibles—. No me reconoces, ¿verdad?

Kelsier vaciló, luego negó.

—Lo siento. ¿Te recluté yo?

—Más o menos. Yo era uno de los skaa de la plantación de lord Tresting.

Kelsier abrió la boca sorprendido y, de pronto, reconoció levemente la cabeza calva del hombre y su postura cansada y, sin embargo, fuerte.

—El viejo de aquella noche. Te llamabas...

—Mennis. Después de que mataras a Tresting, nos retiramos a las cuevas. Allí nos aceptaron los rebeldes. Muchos acabaron por marcharse en busca de otras plantaciones. Algunos nos quedamos.

Kelsier asintió.

—Estás detrás de todo esto, ¿no? —dijo, indicando el campamento—. Los preparativos.

Mennis se encogió de hombros.

—Algunos no podemos combatir, así que hacemos otras cosas.

Kelsier se inclinó hacia delante.

—¿Qué ha pasado, Mennis? ¿Por qué ha hecho esto Yeden?

Mennis sacudió la cabeza.

—Aunque la mayoría espera que los jóvenes sean necios, he advertido que un poco de edad puede hacer que un hombre sea mucho más necio que un niño. Yeden... Bueno, era de los que se dejan impresionar con demasiada facilidad... tanto por ti como por la reputación que dejaste para él. Algunos de sus generales pensaron que sería buena idea permitir que los hombres hicieran un experimento práctico y librarán una batalla, y supusieron que un ataque nocturno a la Guarnición de Holstep sería un movimiento astuto. Al parecer, resultó más difícil de lo que habían pensado.

Kelsier sacudió la cabeza.

—Aunque hubieran tenido éxito, descubrir al ejército era volverlo inútil para nuestros planes.

Kelsier suspiró y echó atrás la cabeza. Contempló las cambiantes brumas. Resopló lentamente y el aire de su aliento se mezcló con las volutas.

—Bueno, ¿qué va a ser de nosotros? —preguntó Mennis.

—Os dividiremos y os llevaremos a Luthadel en grupos pequeños,

para que os mezcléis entre la población skaa.

Mennis asintió. Parecía cansado, exhausto, pero no se rendía. Kelsier podía comprender ese sentimiento.

—¿Recuerdas nuestra conversación en la plantación de Tresting?
—preguntó Mennis.

—Un poco. Trataste de disuadirme para que no creara problemas.

—Pero eso no te detuvo.

—Crear problemas es prácticamente lo único que hago bien, Mennis. ¿Recuerdas lo que hice allí, en qué os obligué a convertiros?

Mennis vaciló, luego asintió.

—Pero, en cierto modo, agradezco ese momento. Creía que mi vida estaba acabada... Me despertaba cada día esperando no tener fuerzas para levantarme. Pero... Bueno, encontré de nuevo un sentido en las cavernas. Por eso, me siento agradecido.

—¿Incluso después de lo que le he hecho al ejército?

Mennis bufó.

—Te das demasiada importancia, joven. Esos hombres se hicieron matar ellos solos. Puede que fueras su motivación, pero no decidiste por ellos.

»En cualquier caso esta no es la primera rebelión skaa que es masacrada. Ni de lejos. En cierto modo, has conseguido mucho: congregaste un ejército de tamaño considerable y luego lo armaste y lo entrenaste más de lo que nadie tenía derecho a esperar. Las cosas se han desarrollado un poco más rápidamente de lo que preveías, pero tendrías que estar orgulloso de ti mismo.

—¿Orgulloso? —preguntó Kelsier, poniéndose en pie para controlar su agitación—. Se suponía que este ejército iba a ayudar a

derrocar al Imperio Final, no a dejarse matar en una batalla sin sentido en un valle que está a semanas de Luthadel.

—Derrocar al... —Mennis alzó la cabeza, el ceño fruncido—. ¿De verdad esperabas conseguir algo así?

—Por supuesto. ¿Por qué si no iba a reunir un ejército semejante?

—Para resistir —dijo Mennis—. Para luchar. Por eso vinieron esos muchachos a las cuevas. No era una cuestión de ganar o perder, sino de hacer algo, cualquier cosa, contra el lord Legislador.

Kelsier se volvió, el ceño fruncido.

—¿Esperabas que el ejército perdiera desde el principio?

—¿Qué otro final podía haber? —preguntó Mennis. Se levantó, sacudiendo la cabeza—. Puede que algunos empezaran a soñar lo contrario, muchacho, pero el lord Legislador no puede ser derrotado. Una vez te di un consejo: te dije que tuvieras cuidado con las batallas que decidías librar. Bueno, me he dado cuenta de que ha merecido la pena librar esta.

»Ahora, déjame que te dé otro consejo, Kelsier, Superviviente de Hathsin. Tienes que saber cuándo renunciar. Lo has hecho bien, mejor de lo que nadie habría esperado. Esos skaa tuyos mataron a toda una guarnición de soldados antes de ser rodeados y destruidos. Es la mayor victoria que los skaa han conocido en décadas, quizás en siglos. Ahora es el momento de retirarse.

Dicho esto, el anciano asintió con la cabeza en señal de respeto y volvió al campamento.

Kelsier se quedó allí de pie, aturdido. *La mayor victoria que los skaa han conocido en décadas...*

Contra eso luchaba. No solo contra el lord Legislador, no solo

contra la nobleza. Luchaba contra mil años de condicionamiento, mil años de vida en una sociedad que consideraba la muerte de cinco mil hombres una «gran victoria». La vida albergaba tan poca esperanza para los skaa que habían quedado reducidos a encontrar consuelo en las derrotas esperadas.

—Esto no ha sido una victoria, Mennis —susurró Kelsier—. Yo os enseñaré lo que es una victoria.

Se obligó a sonreír. No con placer, ni con satisfacción. Sonrió a pesar de la pena que sentía por la muerte de sus hombres; sonreía porque así era como demostraba al lord Legislador, y se demostraba a sí mismo, que no estaba derrotado.

No, no iba a retirarse. No había terminado todavía. Ni soñarlo.

FIN DE LA TERCERA PARTE